



NOCHE
a media luz

Jacque D'Alessandro

eLit

Noche a media luz

Jacque D'Alessandro

2º Mult. 24 horas: Apagón

Sinopsis

Si no hubiera sido por aquel largo apagón... nunca habría vivido el encuentro sexual más increíble de su vida.

Mallory jamás se habría atrevido a seducir a su fotógrafo, y primer amor, Adam, si no hubiera habido aquel apagón. Mallory sabía que estaba dolida por cómo había acabado su última relación, pero aquello no duraría más que una noche. Una noche que tendría que bastarle...

Adam jamás habría pensado que acabaría en la cama con Mallory solo unos días después de hacerle aquellas sensuales fotos para otro hombre. Pero lo cierto era que estaba disfrutando de lo lindo... Desgraciadamente, todo aquello era de lo más inoportuno porque él se marchaba del país al cabo de una semana. Sin embargo, no podía decirle que no aquella noche...

Capítulo 1

Una semana antes del apagón

Adam Clayton miro alrededor del estudio fotográfico y se pregunto qué diablos estaba haciendo. Una cosa era ayudar a Nick con el papeleo mientras su amigo se hallaba en el hospital a punto de ser papá, y otra sacar las fotos de las citas del estudio para ese día. Era agente de la Bolsa, no fotógrafo. O al menos solía ser agente de la Bolsa. En ese momento era...

Se paso las manos por el pelo. ¿Qué era en realidad? Profesionalmente, no lo sabía, y cada día lo había tenido más claro desde que se marchara de Wall Street hacía dos meses, mientras alcanzaba el objetivo de minimizar el estrés en su vida. Y eso no le gustaba. Para alguien que siempre se había definido por su carrera, en ese momento se sentía como un barco sin puerto.

Frunció el ceño. Ese desasosiego debía de ser temporal. Solo necesitaba más tiempo para acostumbrarse a estar fuera de la competencia feroz. Pero siempre había sido tan disciplinado, su agenda tan controlada, su tiempo tan consumido por el trabajo, que le representaba un verdadero desafío tomárselo con calma.

Echaba de menos la pasión y la energía que había inspirado su frenético trabajo. Necesitaba encontrar otra salida para esa energía y pasión. Algo que le aportara la misma clase de satisfacción pero que le evitara el susto de salud que había vivido hacia poco. No había nada más realista que tener a un cardiólogo de rostro serio preguntándole si quería terminar como su padre. Entonces se había dado cuenta de que necesitaba cambiar su vida... ya. De modo que dos semanas después de que aquellos dolores de pecho lo hubieran

llevado a Urgencias, un mes después de su trigésimo cumpleaños, oficialmente se había «jubilado» de Wall Street.

Y en ese momento, sin nada ni nadie de quien preocuparse salvo el mismo, al fin estaba libre para hacer algunas de las cosas que siempre había querido, para las que nunca había tenido tiempo. Lo primero de su lista era pasar tres meses en Europa. En la universidad, dos veces había planeado pasar un verano viajando por Europa, pero en ambas ocasiones sus planes se habían visto frustrados. La primera vez por la enfermedad. Y la segunda...

Contuvo el caudal de recuerdos que amenazó con escapar del lugar donde los mantenía cerrados. La segunda vez lo había cancelado porque se había enamorado apasionada y locamente y no había querido pasar ni un minuto lejos de ella.

Movió la cabeza para desterrar la imagen que surgió en su mente de la joven risueña que había capturado su corazón aquel verano.

Desde pequeño había querido ir a algún lugar lejano y quedarse más de treinta y seis horas. Conocer la cultura, tomarse tiempo para explorar la ciudad. Era algo que aun no había pasado. Con su demencial ritmo de trabajo, no se había tornado unas vacaciones prolongadas en más de cinco años. En ese momento tenía la oportunidad de hacerlo y nada lo detendría.

Sin embargo, y a excepción de sus planes de viaje, no había tomado ninguna decisión de la dirección que quería emprender en ese momento. En algún momento tendría que tomarla, pero gracias a una cuidadosa planificación financiera, la cuestión no era apremiante. Y con seis meses todavía pagados de su apartamento, no tenía que preocuparse por trasladarse. Lo cual era estupendo, ya que no tenía idea de donde pensaba vivir... aparte de saber que ya no sería en la frenética Manhattan.

Mientras tanto, haría lo que le había recomendado el médico. Descansar. Relajarse. Disfrutar de una vida despreocupada de soltero. Potenciar más la vida social y el contacto con las mujeres. Y

en unos años, después de haber visto mundo, recuperado el tiempo perdido con las citas e iniciado una nueva carrera, se pondría a buscar a la Mujer Perfecta.

«La encontraste una vez», intervino una voz astuta en su mente. «La tuviste. Pero dejaste que se marchara...».

La imagen mental, vivida y precisa, que unos momentos atrás había conseguido bloquear de Mallory Altman, reapareció, llenándolo con la misma sensación de pérdida y pesar que generaba el pensamiento de ella.

¿De verdad ya habían pasado diez años desde que se vieron por primera vez? ¿Nueve años desde aquel verano inolvidable en que su amistad se había encendido y transformado en una apasionada relación amorosa? Aunque cuando se permitía pensar en aquel verano, los recuerdos eran tan claros que no parecía posible que hubieran tenido lugar tantos años atrás.

Si cerraba los ojos, todavía podía oír su risa contagiosa. Ver su sonrisa burlona. Le había encantado su sentido del humor, la forma mágica en que podía convertir la tarea más aburrida en algo divertido. Se había enamorado perdidamente... tanto, que la profundidad de los sentimientos lo había aterrado. Sí, la había tenido, pero el momento no había sido el apropiado. Para ninguno de los dos.

Habían sido demasiado jóvenes, las emociones demasiado intensas. Ella acababa de cumplir los dieciocho años e iba a marcharse a una universidad a cientos de kilómetros, mientras él apenas había tenido veintiuno, preparado para emprender su aventura de Wall Street. Cuando se descubrió pensando en «para siempre»... en el matrimonio, los hijos y una hipoteca, el pánico lo devoró y le había sugerido que se tomaran un descanso. Que vieran a otras personas. Ella había aceptado y él había suspirado aliviado.

No había tardado mucho en darse cuenta de que había cometido un error, pero había sido suficiente para que ella encontrara a otro

hombre. Y para dejar claro que Adam en ese momento era «solo un amigo». Perderla, comprender que los sentimientos de ella no habían sido tan profundos como los suyos, había sido como clavarle un cuchillo en el corazón.

Sus caminos se habían cruzado algunas veces después de aquello, pero en cada ocasión habían estado saliendo con otras personas. Hacía cinco años que no la veía. No obstante, la imagen de su maravillosa sonrisa y de sus ojos cálidos y achocolatados permanecía tan vibrante como siempre. Lo último que sabía de ella databa de tres años atrás, al leer en el periódico que estaba comprometida.

Al ver la noticia había experimentado un entumecimiento perturbador en el pecho y todos los recuerdos, hasta entonces contenidos, lo habían atrapado. La primera vez que la había visto. La primera vez que la había besado. Acariciado. Hecho el amor con ella. La última vez que la había tocado... Se había torturado con el recuerdo de aquellas pocas e increíbles semanas que habían sido las más felices de su vida. Luego le había deseado mentalmente lo mejor antes de desterrarla de su mente... proeza que casi siempre lograba.

Se dijo que Mallory era el pasado. Ante él se extendía el futuro como una despedida de soltero llena de mujeres deseables, de sexo sin ataduras y del viaje a Europa con el que siempre había soñado, más mujeres deseables y más sexo sin ataduras. Había trabajado duramente y ése era el momento de relajarse y de recoger algunos de los beneficios.

La campanilla que sonó, indicando que alguien había entrado en el estudio, lo sacó de su ensoñación. Debía de ser la cita de la una. Cuando Nick había volado esa mañana para ir junto a Annie, que iba a dar a luz, le había pedido que reprogramara todas las citas del día. Adam había podido contactar con todo el mundo menos con los huecos de la una y de las dos. Con un poco de suerte, entenderían la ausencia de fotógrafo. No quería perder ningún cliente para Nick durante la ausencia de su amigo.

Salió del estudio y avanzó por el pasillo hacia la parte delantera de la tienda. Al entrar, vio a una mujer de cabello oscuro con un vestido de color turquesa sin mangas de pie delante del mostrador de cristal, de espaldas a él.

—Hola —saludo con una sonrisa.

Ella se volvió, y fuera lo que fuese que él hubiera planeado decir, se evaporó con la seguridad de su andar al detenerse. Los ojos castaños de ella se abrieron mucho y pareció tan aturdida como se sentía él. Si ello era posible, se la veía más hermosa, más deseable, más tentadora. Y real.

Pensó que era irónico que apareciera en su vida cuando la había invocado mentalmente.

Caminó hacia ella y carraspeó para pronunciar las palabras que jamás pensó que tendría la oportunidad de repetir.

—Hola, Mallory.

—Sube la rodilla un poco más. Ooooh, sí. Justo ahí. Mallory... eso es perfecto.

Mallory Altman se movió sobre las suaves sábanas de satén, sintiendo el material fresco en su piel encendida. Desde luego, no era así como había esperado sentirse esa tarde. Pero tampoco había esperado encontrarse en compañía de Adam Clayton.

A pesar de no verlo en cinco años, el sonido de su voz ronca le provocaba cosquilleos por la espalda. En ese tiempo, muchas veces se había preguntado si alguna vez volvería a verlo. Pero nunca, ni siquiera en sus fantasías más descabelladas, se le había ocurrido que pasaría de esa manera.

De tan sorprendida que estaba, apenas había podido preguntarle que hacía ahí. Para su asombro, se enteró de que había dejado el trabajo en Wall Street y que la presencia de él en el estudio se justificaba por ayudar a un amigo. Casi no habían tenido tiempo de decir nada más. Ella tenía que ver a un cliente en una hora y él tenía otra cita. En cuanto se puso la lencería para la sesión de dormitorio,

todo había ido demasiado deprisa y hablar había sido lo último que había tenido en la mente.

Seguro que era esa situación provocativa lo que la sumía en semejante estado de excitación... nada que tuviera que ver con el propio Adam. Después de todo, lo que habían compartido juntos había sido hacia mucho. Además, ¿qué mujer no se sentiría excitada sobre unas sábanas de satén, con una exquisita ropa interior de seda mientras un hombre sexy y magnífico la fotografiaba?

El siempre había sido atractivo de un modo muy masculino, con su pelo oscuro y profundos ojos azules. Le había gustado nada más verlo hacia diez años.

Tenía diecisiete años y estaba resentida, convencida de que la vida se terminaba porque su madre y ella habían vuelto a trasladarse, por sexta vez en doce años, desde Chicago a Long Island, Nueva York, lo que la obligó a asistir a su último año de instituto en una nueva escuela.

Como violoncelista profesional y madre soltera, Emily Altman se trasladaba a la ciudad cuya orquesta le hiciera la mejor oferta. Debido a su estilo de vida y al hecho de que el dinero siempre llegaba justo, habían vivido en habitaciones... hasta Long Island, donde como concesión a Mallory por haber tenido que dejar a los amigos y al chico con el que salía, Emily había alquilado una casa pequeña.

Para Mallory, la profunda sensación de estabilidad, de permanencia, que había sentido al vivir al fin en una casa casi había compensado el nuevo traslado. Incluso había llegado a pensar en quedarse en Chicago con la familia de una amiga para terminar el último año del instituto, pero al final no fue capaz de dejar a su madre sola. Desde que su padre se había marchado antes de que ella naciera en vez de aceptar la responsabilidad de una novia embarazada, su madre y ella siempre habían sido las dos mosqueteros. De modo que había hecho las maletas y se había

mudado. Otra vez. Y había conocido a Adam.

Él tenía veinte años y era abierto, y estaba en Long Island pasando las vacaciones después de terminar su segundo año de universidad. Aquel día estaba cortando el césped de la casa de Mallory. A las ocho y media de la mañana de un sábado. Ella había tenido ganas de tirarle un zapato por la ventana, pero entonces se asomó y sonrió... pensando que Nueva York no estaba tan mal. Entre ellos nació una amistad y una camaradería relajada. Un año más tarde, esa amistad se encendió y durante un tiempo hermoso y breve, había ardido fuera de control. Una década después de aquel primer encuentro, su sonrisa aun tenía el poder de afectarla.

Un recuerdo vívido y tierno se materializó en su mente de aquel increíble verano... de la primera vez que habían hecho el amor. De cómo la había llevado a la cama con sus brazos fuertes.

Ella había sido virgen y, dominada por los nervios, había esperado incomodidad, pero habían reído de sus intentos, y entonces... pura magia. Esas manos grandes recorriéndole el cuerpo, tocándola por doquier, seguidas de sus labios, que habían demostrado ser tan mágicos como sus manos. Ella también lo había explorado con boca y manos. Piel encendida, palabras susurradas, sábanas enmarañadas.

Y el modo en que la había mirado, con deseo, reverencia y necesidad mientras la penetraba despacio, había sido... único.

Cerró los ojos y trató de visualizar a Greg... el hombre en el que debería estar pensando. Su novio. El hombre para el que se sacaba esas provocativas fotos de dormitorio. Su plan había sido reencender su estancada vida amorosa con ese regalo. Sin embargo, desde que entrara en el estudio y descubriera, para su sorpresa y consternación, que Adam iba a sacar las fotos, el plan se había desintegrado como vapor en una tormenta de viento. Y hablando de vapor... sentía como si le saliera de cada poro.

—Ponte de costado —pidió Adam—, y muestra el hombro... así. Ahora agita el pelo y humedécete los labios... perfecto. Eres preciosa,

Mallory. Deslumbrante. Y condenadamente sexy.

«Eres preciosa, Mallory». Otro recuerdo. Una calurosa noche de verano. Los padres de Adam fuera el fin de semana. La piscina. Sus piernas enroscadas en torno a la cintura de Adam, la erección enterrada en su cuerpo, de modo que no sabía dónde empezaba ella y dónde terminaba el. Los dedos acariciándole las facciones como si tratara de memorizarlas. La voz ronca sobre su piel mojada... «Eres preciosa, Mallory».

Parpadeó y logró decir:

—Apuesto que se lo dices a todas las mujeres a las que fotografías.

La miró por encima de la cámara.

—No, no lo hago.

Experimentó una oleada de calor y de pronto se sintió preciosa. Deslumbrante. Sexy. De ese modo que él siempre había logrado hacer que se sintiera. Un modo que hacía tiempo que no sentía.

Miro hacia la cámara, al sitio donde sabía que los ojos de él la observaban a través de la lente, y despacio rodó hasta quedar de costado; luego se puso de rodillas, disfrutando con la deliciosa fricción de las medias y del ligero contra sus piernas.

«¿Te acuerdas, Adam?», la pregunta surgió en su mente. «¿Estás recordando, igual que yo, cómo era entre nosotros? «¿Cómo nos resultaba imposible no tocarnos?».

Alzó las manos y se las pasó por el pelo suelto, imaginando a Adam... eh, a Greg... no, era Adam... acercándose, bajando la cabeza para besarla. Cerró los ojos y entreabrió la boca, anticipando el roce de los labios de él, como la primera vez...

—Se ha terminado el primer carrete.

Al oír la voz profunda de Adam, abrió los ojos. Lo vio salir de detrás de la cámara y observarla con una expresión indescifrable.

Roto el hechizo, sintió que se ruborizaba, aunque la desconcertó sentirse abochornada. No había hecho nada malo. De hecho,

intentaba hacer algo bueno. Para Greg. Era normal revivir recuerdos, fantasear. Sin embargo, agradeció que Adam no pudiera leerle la mente. Y tampoco Greg.

Pero no pudo evitar pensar si la mente de Adam también había revivido recuerdos de imágenes sensuales mientras le sacaba las fotos. Probablemente, no. El fuego sexual que había ardido entre ellos había sido efímero y había muerto hacía mucho. Y así como ocupaba un lugar especial en su corazón, la devastadora facilidad con que había finalizado la relación no le dejaba duda alguna de que apenas había sido una muesca más en su cama.

Con una tos tímida, miró alrededor en busca de la bata. Como si le leyera la mente, en contradicción con el pensamiento anterior, él recogió un albornoz rosa de la silla próxima a su cámara y luego fue hacia ella.

—Toma —dijo, entregándosela—, aunque es una pena cubrir esa fina lencería.

¿Había subido la temperatura del estudio? ¿Acaso no había aire acondicionado? Estaban en julio, por el amor del cielo. Aunque sentía como si se estuviera derritiendo, se puso el albornoz y se anudó el cinturón.

Ya estaba mejor. Sintiéndose más en control una vez tapada de cuello a pantorrillas y cuando ya no se notaba que tenía los pezones duros, se levantó del colchón y se plantó ante él. Aunque los separaban unos respetables dos metros, tuvo que plantar las rodillas para no establecer más distancia entre ellos.

Quería hacerle una docena de preguntas sobre su vida y lo que había hecho en los últimos cinco años, pero un vistazo al reloj de pared le indicó que no tenía tiempo antes de reunirse con el cliente.

—¿Cuándo estarán las fotos? —preguntó, orgullosa de no sonar tan jadeante como se sentía.

—En una semana. Te llamaré cuando estén terminadas.

Mallory dio dos vacilantes pasos hacia atrás, en dirección al

vestidor, donde había dejado su ropa.

—Será mejor que me vista —dio la vuelta con celeridad y cruzó con rapidez el estudio.

Después de salir cinco minutos más tarde, sintiéndose más tranquila una vez vestida y con la lencería sexy en una bolsa, se dirigió a la parte delantera del estudio. Adam se hallaba detrás del mostrador, escribiendo en un bloc próximo al teléfono. Al oír el sonido de los tacones, alzó la vista y sus ojos se encontraron.

Salió de detrás del mostrador y la acompañó a la puerta.

—Ha sido estupendo volver a verte, Mallory —le dedicó una sonrisa pícaro y provocativa al tiempo que movía las cejas con exageración—. En especial ver tanto de ti.

El calor inundó el rostro de ella.

—Lo mismo pienso, Adam —imitó su gesto con las cejas—. Aunque vieras más de mí que yo de ti.

Los ojos de él reflejaron un destello de interés.

—Quizá en esta ocasión en particular—. Aunque es un problema que se podría haber solucionado así —chasqueó con los dedos.

El calor que sintió antes descendió con rapidez y se extendió hasta la punta de los pies.

—Imagino que no es una buena idea cuando se están sacando fotos —comentó ella con igual tono jocoso—. Creo que a eso se lo llama doble exposición.

Él rio.

—Lamento que no tuviéramos tiempo para ponernos al día.

—Yo también. Me habría encantado escuchar el gran cambio de carrera que has dado.

—Y a mí me habría encantado oír cómo va tu negocio inmobiliario y cómo es el tipo para el que te sacas estas fotos. Es un hombre afortunado.

—Gracias.

—Cuando recojas las pruebas tal vez te apetezca tomar un café.

Una invitación perfectamente casual no debería haberle acelerado el corazón de esa manera. Por el amor del cielo, se trataba de un viejo amigo. Nada más. Evidentemente, pasar una hora luciendo lencería sexy le había afectado la libido.

—Suenas estupendo, Adam.

—Bien. Te llamaré cuando las pruebas estén listas —sonrió y le abrió la puerta.

—Nos vemos.

Salió a la acera. De hecho, le dio la bienvenida a la ráfaga de calor que la envolvió, porque le proporcionó algo a lo que poder echarle la culpa de su incomodidad. Fue hacia su coche y se sentó al volante. Había conducido tres calles antes de recobrar la respiración normal... algo que se negó a examinar detenidamente.

Al fin su vida estaba tal como ella quería. Estable. Segura. Sin constantes traslados por el país ni vivir en habitaciones. Su carrera marchaba viento en popa y hacía poco había logrado un objetivo importante y comprado su primera casa. Tenía un novio estable y un trabajo estable... todo era perfecto y... estable.

Sí, quizá las cosas no eran perfectas con Greg, pero había besado a suficientes ranas como para saber que tenía potencial de príncipe. Estaba dispuesta a trabajar los puntos que necesitaban retoques... como su vida sexual. No todos podían ser Adam Clayton en la cama. De hecho, al final se había forzado a reconocer que nadie sería como Adam en la cama.

Lo último que quería o necesitaba era a alguien que sacudiera la estable barca por la que tanto había luchado. No lo permitiría. Nueve años atrás, Adam la había hecho naufragar. No pensaba darle la oportunidad para que lo repitiera.

Capítulo 2

Una semana después, sábado, 12:00 horas

Con el sol que enviaba titilantes haces de oro a través del escaparate de Picture This, Adam miraba las pruebas de la sesión con Mallory y suspiró.

Se la veía... increíble. Suave y femenina. Perversa pero inocente al mismo tiempo. Tentadora, excitada y tan condenadamente sexy, que tuvo que moverse incómodamente para aliviar el estrangulamiento que tenía lugar detrás de la cremallera de los vaqueros.

No cabía duda de que su novio era el hombre más afortunado de Nueva York. Y durante un tiempo breve y mágico, él había sido ese tipo afortunado.

Verla otra vez había sido un golpe al corazón. El libro de citas había puesto «Mallory»... o el menos eso fue lo que él había pensado que ponía, ya que la caligrafía de Nick era atroz. Un simple vistazo a su sonrisa, a esos ojos castaños y los años se habían disuelto, inundándolo con un torrente de recuerdos que lo habían acosado toda la semana y amenazado con tomar el control.

Se centró en una foto. Mallory estaba tendida de lado en la cama, el pelo oscuro cayendo sobre sus hombros, con la cabeza apoyada en una mano y el otro brazo sobre la curva sinuosa de su cadera. Tenía una rodilla doblada, los labios un poco húmedos y los ojos clavados directamente en la cámara. Parecía un delicado y succulento bocado a la espera de ser retirado de la bandeja de canapés.

Los ojos parecían decir «soy todo lo que alguna vez podrás desear y haré que todas tus fantasías se vuelvan realidad». Palabras que a cualquier hombre le gustaría oír. Que sin duda el hombre que había

en su vida había oído.

Experimentó una oleada de algo sospechosamente parecido a los celos y movió la cabeza. Estaba perdiendo la razón. Sentía celos de un tipo que jamás había visto. Pero quizá no fueran celos... quizá fuera envidia. Sí, era eso. Envidia. ¿Qué hombre no desearía a una mujer que se tomaba la molestia de sacarse fotos sexys para él? El hecho de que se hubiera sacado esas fotos demostraba que aún poseía el sentido de diversión aventurero que tan cautivador le había resultado. Quienquiera que fuera el hombre de Mallory, era un canalla con suerte, y Adam esperaba que apreciara lo que tenía. Desde luego, era algo que desearía tener él.

¿En qué diablos estaba pensando? Él no quería eso. Una mujer no dedicaba el tiempo y el dinero a sacarse unas fotos tan íntimas a menos que estuviera en una relación. Y eso era lo último que quería Adam en su agenda de soltero con un viaje de tres meses pensado para Europa. Y Mallory era la clase de mujer que podía causar estragos en los planes de cualquier soltero. Agradeció que no estuviera disponible.

Había perdido el contacto con ella justo después de que su vida hubiera dado un giro dramático con la muerte inesperada de su padre. Desde entonces no la había visto.

Y en ese momento le gustaba lo que había vuelto a ver.

Y lo había asombrado descubrir que no estaba casada. Durante la fugaz charla de la semana anterior, Adam había hecho un comentario acerca de si las fotos eran para su marido, y ella le había contado que eran para su nuevo novio... que su compromiso había terminado antes de que tuviera lugar la boda.

Apartó la vista de las fotos y miró el reloj. Pasadas las doce del mediodía. Se preguntó si iría a recoger las pruebas ese día. La había llamado esa mañana y después del tercer timbre había saltado un contestador automático y una voz grabada le había pedido que dejara un mensaje. Después de comunicarle que tenía listas las pruebas,

había colgado, sintiéndose ridículamente decepcionado por no haber podido hablar con ella.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos al abrirse la puerta de entrada. Su corazón se sobresaltó brevemente antes de ver que se trataba de Nick Daly. Amigos desde el instituto, Nick era el hermano que jamás había tenido... pero en todo ese tiempo jamás lo había visto más ojeroso o extenuado.

—¿Cómo es posible estar tan agotado y feliz al mismo tiempo? — le preguntó Adam con una sonrisa.

—Si esperas que conteste alguna pregunta complicada, has perdido el juicio —comentó con sonrisa débil—. Lamento llegar tan tarde.

—No pasa nada. Para eso estoy aquí... para defender el fuerte en nombre del orgulloso papá.

—Adam, no creo que jamás haya habido un bebé más hermoso en la historia de los bebés que Caroline.

—No puedo discutirte. He sido el tío honorífico más orgulloso del mundo cuando la visité en el hospital. Pero apuesto que tus padres dijeron lo mismo de ti cuando naciste —lo inspeccionó de arriba abajo—. Aunque quizá no lo hicieran.

—Ja, ja. Ve con cuidado, amigo mío. Tratas con alguien que ha dormido solo unas siete horas en los últimos siete días —contuvo un bostezo—. Las cosas serán más llevaderas cuando pasado mañana llegue la madre de Annie para echarnos una mano. No hay nada como tener a una abuela cariñosa cerca. Finalmente, Annie y yo podremos dormir y yo regresar al trabajo.

Adam se pasó una mano por el pelo.

—Escucha, aún me siento mal por irme...

Nick lo cortó alzando una mano.

—No te sientas mal. Has querido hacer este viaje desde que te conozco —movió la cabeza y sonrió—. No te preocupes, la superabuela viene al rescate.

—¿Cómo se encuentra Annie? —preguntó.

—De maravilla. Igual que yo... encantada, extenuada, enamorada de su hija. Con ganas de recibir la visita de dos semanas de su madre —bebió un trago de café de la taza que había comprado antes de entrar—. Quizá si me bebo cinco más, podré quedarme despierto hasta la hora del almuerzo.

—Ya es la hora del almuerzo.

Nick miró su reloj y volvió a mover la cabeza.

—Maldita sea. ¿Cómo están las citas para hoy? El sábado es mi día más ocupado.

—Tranquilo. Todo va bien. Te lo dije... arreglé todo para que Kevin se encargara de la boda de los Baxter. También hará en tu lugar la fiesta de mañana de los Anderson.

—Sí, sé que me lo dijiste. Mi cerebro no funciona muy bien. Gracias por ocuparte. De verdad te lo agradezco.

—No hay problema. Puede que no sea un fotógrafo experimentado, pero la organización es algo que domino. Y encima soy barato.

—Perfecto. Porque con el dinero extra que voy a tener que pagarle a Kevin, no puedo permitirme pagarte mucho. ¿Sabes cuánto cuestan las cosas de niños? Mucho, amigo mío. Lo que me recuerda que Annie y yo queremos darte las gracias por todas las cosas que le has comprado a Caroline. La ropa, los libros, las muñecas. Son estupendos. Jamás imaginé que te gustaba ir de compras.

—Nunca tenía tiempo... ni una princesa adorable para la que ir de compras. Estoy impaciente de que tenga edad para los videojuegos.

Nick rio.

—Apuesto que sí —se acercó al mostrador y con la cabeza indicó las pruebas—. ¿Qué son?

—Pruebas de unas fotos que saqué la semana pasada —al ver la sorpresa de su amigo, añadió—: Supongo que debería habértelo

contado, pero me pareció que tenías demasiadas preocupaciones ya. La semana pasada, cuando te largaste al hospital al enterarte de que Annie estaba de parto, me pediste que redistribuyera todas las citas...

—Lo recuerdo.

—Bueno, pude hacerlo con todas menos dos. De modo que cuando llegaron los clientes, les saqué las fotos.

Nick enarcó las cejas.

—¿Cómo te fue?

Adam deslizó el papel por el mostrador.

—Dímelo tú.

Nick observó las pruebas.

—Ah, las fotos de dormitorio. Se suponía que debía sacarlas yo.

—No puedo decir que me decepcionara suplirte, amigo.

—Cielos, imagino que no —acercó las pruebas.

—Era mi intención decirle que programara la sesión para otro día, pero le eché un vistazo y olvidé todo.

—No puedo culparte —Nick examinó con atención las fotos—. He de decir que son realmente buenas.

—Gracias. Pero mira con qué tuve que trabajar.

—Es preciosa —acordó Nick—. No obstante, para un tipo que pasaba todo su tiempo en el mercado de valores, tienes un gran ojo para las fotografías.

—Aunque hace tiempo de ello, aún recuerdo cómo manejar una cámara de los tiempos del instituto.

Nick sonrió.

—Sí... qué fanáticos éramos. Presidente y vicepresidente del Club de Fotografía.

—Eh, era una forma estupenda de conocer chicas.

—Desde luego —Nick se irguió—. Escucha, sé que buscas cambiar de profesión... podrías considerar la idea de subir a bordo. Quiero ampliar el negocio, y si éste es el tipo de trabajo que puedes

realizar sin saber realmente qué diablos estás haciendo... bueno, estoy impresionado.

—Lo que busco es un trabajo de poca presión y estrés, y creo que solo me estimularía sacarle fotos a las mujeres sexys con lencería.

Nick sonrió otra vez.

—Bueno, si tienes que ser bueno en algo...

Adam rio.

—Exacto —calló un momento y luego dijo—: De hecho, no se trataba de cualquier mujer. La conozco. Solía vivir a menos de diez kilómetros de aquí y a solo unas manzanas de la casa de mis padres.

—Diablos, yo vivía a solo unas manzanas de la casa de tus padres —volvió a mirar las fotos—. Su cara no me suena. ¿Cómo se llama?

—Mallory Altman.

Nick movió la cabeza.

—Nada, aunque tú siempre tuviste más chicas que las que yo podía contar.

—Tú y yo ya nos habíamos graduado del instituto cuando Mallory y su madre llegaron desde Chicago. Solía cortar el césped de su jardín durante el verano.

—La cantidad de chicas que conquistabas con eso... Mucho más que yo trabajando en el laboratorio fotográfico.

—Sí, pero fue ahí donde terminaste por encontrar a Annie, y te quedaste con el primer premio.

—Así es —con la cabeza señaló las fotos de Mallory—. Y bien, ¿alguna vez pasó algo entre vosotros?

Titubeó. Nunca le había contado a Nick su relación amorosa con Mallory. Nick había pasado aquel verano viajando como parte de su curso de fotografía. Y cuando regresó, la relación con Mallory se había acabado y no había querido hablar de ello.

—Fuimos buenos amigos.

Nick dedujo todo lo que necesitaba saber en la vacilación de Adam y asintió.

—¿Por qué rompisteis? ¿Era horrible en la cama?

—El momento no fue el correcto.

—¿Y el momento cómo está ahora?

—Le saqué estas fotos para su novio.

—Vaya, tío.

—No. Forma parte del pasado. Yo miro hacia el futuro. Además, la considero una mujer de «largo plazo»... y ahora mismo, mi «largo plazo» es de tres, quizá cuatro horas.

Nick se volvió hacia el escaparate y carraspeó.

—Hablando del diablo... ahí viene tu amiga de la lencería.

Adam siguió la dirección de la mirada y el corazón le dio un triple salto mortal al ver a Mallory cruzar la calle con un top rosado sin mangas y una falda de color marfil con toques de rosa a juego que le llegaba justo por encima de la rodilla. Con las sandalias de tacón alto estaba preciosa, femenina y... realmente tentadora. Como un helado que se quiere lamer un día de calor.

Terminaba de introducir las pruebas en el sobre cuando ella entró en el local.

—Hola, Adam —sonrió—. Recibí tu mensaje acerca de las pruebas.

—Hola, Mallory —después de pronunciar esas dos palabras, su capacidad de habla pareció frenarse y solo pudo mirarla. Se había recogido el cabello lustroso en una coleta suelta y atractiva que le dejaba el cuello al desnudo.

Ese pensamiento hizo que recordara un trío de pecas que formaban un triángulo bajo su pecho izquierdo. Y el único lunar que adornaba la curva de su glúteo derecho. Puntos maravillosos y succulentos que había explorado con los labios y los dedos, aparte de probar también con la lengua.

El carraspeo sonoro de Nick lo sacó de esa ensoñación. Después de presentárselo, Mallory le dijo:

—Felicidades por tu bebé.

—Gracias. ¿Quieres ver una foto?

—Me encantaría —sonrió—. Siendo fotógrafo, apuesto que llevas una o dos encima.

—Unas doscientas, querrás decir —rio Adam mientras Nick sacaba su cartera.

—Oh, es preciosa —comentó Mallory al mirar la imagen de Caroline.

Después de unos comentarios más, Adam le entregó el sobre con las pruebas.

—Aquí tienes.

—Gracias. ¿Cómo han salido?

«Increíbles. Demasiado increíbles. No he sido capaz de quitármelas, ni a ti, de la cabeza».

—Creo que están muy bien, si se me permite decirlo, pero lo que importa es lo que pienses tú —miró en dirección al reloj—. ¿Tienes tiempo para ese café? ¿O quizá para comer?

Ella vaciló unos segundos antes de asentir.

—Dispongo más o menos de una hora antes de ver a mi próximo cliente.

—Estupendo —comentó aliviado. Se dirigió a Nick—: ¿Crees que puedes mantenerte despierto una hora?

—Sí. Quizá. Probablemente. Diablos, no lo sé. Mientras no me siente y cierre los ojos, hay una posibilidad —alzó la taza grande de café—. Tráeme otra como ésta y un sándwich, ¿de acuerdo?

—Cuenta con ello.

Con un gesto de la mano, se despidió de Nick y guio a Mallory a la salida. Le mantuvo la puerta abierta y el hombro de ella le rozó ligeramente el torso al cruzar el umbral, haciendo que contuviera el aliento ante el contacto. Luego frunció el ceño para sus adentros, preguntándose cómo diablos podía afectarlo tanto un contacto tan ínfimo.

«Porque es Mallory», afirmó una voz interior, y se dio cuenta de

que era verdad. Siempre había sido así con ella y era evidente que las cosas no habían cambiado.

Captó una deliciosa fragancia floral femenina y experimentó una oleada de calor que no tuvo nada que ver con el clima.

Apretó los dientes. Si un roce podía afectarlo de esa manera, no quería pensar lo que le sucedería si ella lo tocara de verdad... si él la tocara de verdad.

Basándose en la antigua relación, no tuvo ninguna duda. Habría fuegos artificiales. Combustión espontánea.

Pero gracias a sus planes de viaje y a la relación que mantenía ella con ese otro hombre, esas cosas no figuraban en el menú.

Capítulo 3

Sábado, 13:00 horas

En cuanto Mallory salió de Picture This, la envolvió una descarga de aire caliente y contuvo una mueca. Gracias al roce accidental con Adam, necesitaba más calor como necesitaba un agujero en la cabeza.

—No hay nada como una oleada de calor en Nueva York en julio —comentó ella con tono casual, a pesar de que no se sentía así—. Se supone que, hoy y mañana, las temperaturas van a dispararse.

Adam gimió.

—Repíteme por qué estamos trabajando y no nos encontramos en la playa.

—El motivo es porque es evidente que estamos locos —señaló el edificio de la esquina siguiente—. ¿Qué te parece el Diner?

Sus miradas se encontraron y él esbozó una sonrisa lenta. El corazón de ella se desbocó. ¿Estaría pensando en aquella única vez en que fueron a esa cafetería? Adam satisfizo su curiosidad diciendo:

—The Stardust Diner. Por los viejos tiempos. Suena estupendo.

Menos de cinco minutos más tarde, se hallaban sentados en un reservado cercano a la parte de atrás del ajetreado local, disfrutando del bendito aire acondicionado y de unos vasos helados con agua. Mallory bebió un trago y con irritación notó que la mano que sujetaba el vaso no se veía muy firme.

Se dijo que era ridículo que se sintiera de esa manera. Pero no había modo de negar que así era, lo cual la irritaba. Igual que la culpabilidad constante inducida por Greg. «No es más que un almuerzo», le dijo a su conciencia hiperactiva. Disfrutaría de una

comida con un viejo amigo, recordaría anécdotas, se pondrían mutuamente al día de sus respectivas vidas y ahí se acabaría todo. No había nada de malo.

Sintiéndose mejor después de ese desglose mental de las actividades que tendrían, no abrió el menú y lo deslizó por la mesa.

—¿Ya sabes lo que quieres? —inquirió él con una sonrisa.

«A ti. Desnudo y sudoroso». El pensamiento inapropiado surgió en la mente de Mallory con la súbita conmoción del ataque de una cobra, y apenas fue capaz de contener el ¡aj! horrorizado que escapó de sus labios.

No debería haber aceptado la invitación. Pero su orgullo idiota había hecho a un lado su sentido común. «Si te niegas, cualquier excusa que ofrezcas sonará a eso... a excusa. Entonces Adam se preguntará por qué no quisiste tener un simple e inocente almuerzo con él». Desde luego, no quería que pensara que la verdadera causa era que había estado pensando en él toda la semana. Recordándolo desnudo y sudoroso. Preguntándose si aún tenía el mismo sabor.

—¿Estás bien, Mallory?

La voz preocupada la devolvió a la realidad.

—Sí. Solo un poco... acalorada.

—¿Qué vas a pedir?

—Lo de costumbre.

—¿Una *cheeseburger* con acompañamiento de aros de cebolla y batido de chocolate?

Una oleada de placer no deseado rompió sobre ella.

—Vinimos aquí una vez. ¿Recuerdas lo que pedí?

—Sí. Me quedé impresionado. Las demás chicas habrían pedido una ensalada. Y más si iban vestidas de gala para el baile de fin de curso.

Se miraron y Mallory no pudo contener la cascada de recuerdos. En esa misma cafetería a las cinco de la mañana después del baile de graduación. Llevaba un vestido verde pálido y Adam el esmoquin

negro de su padre. Su novio de Chicago se había puesto malo y no había podido viajar a Nueva York para acompañarla. Adam se había ofrecido galantemente a ocupar el sitio vacante. Fue la noche que había marcado el comienzo del cambio en la relación que mantenían. La noche en que se había dado cuenta de que no podía obviar la poderosa atracción que sentía por él.

—Fuiste mi caballero de reluciente armadura —comentó, incapaz de contener el ligero temblor en la voz.

Él rio.

—Sería más apropiado decir que fui tu caballero con un esmoquin grande.

—¿Bromeas? Estabas magnífico. Fui la envidia de todas las chicas. Y más siendo tú universitario.

—Según lo recuerdo yo, tú estabas magnífica y yo fui la envidia de todos los chicos.

Sintió más placer al escuchar esas palabras.

—No lo creo. No obstante, jamás olvidaré lo dulce que fuiste al recogerme con tu Jeep...

—La limusina de los campeones...

—... que habías lavado y encerado para la ocasión. Y la orquídea que me trajiste. ¿Sabes que aún la guardo? Está entre dos páginas de mi anuario. Aquel verano después del baile debí de mirarla miles de veces.

Aquel verano después del baile...

Las palabras flotaron entre ambos y ella supo que también Adam recordaba cómo habían pasado aquellas semanas mágicas.

—¿Por qué la mirabas?

Titubeó, y luego decidió que no pasaba nada porque se lo contara después de tantos años.

—Me recordaba a ti.

—Una flor aplastada, marchita y disecada. Muchas gracias.

Ella rio.

—Quiero decir que me recordaba a ti aquella noche. Lo bien que lo pasé. Gracias a ti.

La estudió durante varios segundos por encima del borde del vaso de agua.

—Yo también lo pasé muy bien.

Decidida a demostrarse que el pasado juntos era algo que podía encarar con ecuanimidad, soltó una risa suave.

—Aquella noche fuiste un perfecto caballero... cuando yo anhelaba que no lo fueras.

Él bajó el vaso a la mesa.

—Si te hace sentir mejor, prácticamente me costó la vida serlo — repuso con tono también ligero—. Eras tan hermosa y olías tan bien... Con tanto baile lento, pensé que me volvería loco.

Ella recordó las sensaciones deliciosas de estar en brazos de él al son de la música. El cuerpo duro contra el suyo. La emoción prohibida que había experimentado al saber que lo excitaba. La agonía de querer besarlo, tocarlo, explorar todas las sensaciones urgentes e imposibles de ignorar. La culpabilidad que había sentido por la poderosa atracción que le inspiraba Adam cuando ya tenía novio. Parecida a la que sentía en ese...

Cortó ese pensamiento antes de que llegara más lejos.

—Supongo que se puede decir que aquella noche cambió las cosas entre nosotros —musitó Adam.

Ella asintió. No se podía negar que había añadido combustible a la llama que había titilado en su corazón durante meses. Y menos de una semana más tarde, se había convertido en una conflagración en la que habían pasado de ser amigos a amantes.

Adam buscó sus ojos.

—Fue un gran verano.

—Sí, lo fue —el más memorable de su vida. Desde luego, no era necesario compartir esa información con él.

—¿Recuerdas aquel día que alquilamos la barca?

En su mente se agolparon muchos recuerdos sensuales, borrando todo lo demás. Rio casi sin aliento.

—No capturamos muchos peces, ¿verdad?

—¿Peces? No fue por eso que la alquilamos.

«Claro que no».

Él apoyó los codos en la mesa y la miró fijamente.

—Fue para ver cuántas veces podíamos hacer el amor en una tarde —dijo suavemente—. Si no recuerdo mal, fue idea tuya.

Sintió que la recorría el fuego al recordar aquel glorioso día pasado en desnudo esplendor en la completa intimidad de una cala tranquila que habían encontrado.

Tuvo que tragar saliva para recobrar la voz.

—Idea mía —convino—. Aunque no oí ninguna queja por tu parte.

—Diablos, no.

El fuego amenazaba con consumirla. Necesitaba desviar el tema a aguas más seguras.

—Y míranos ahora, casi diez años más tarde, de vuelta en el viejo Stardust Diner.

—Todo porque la semana pasada apareciste en Picture This —la miró con expresión indescifrable—. Creo que lo que dicen sobre la oportunidad del momento es cierto.

—Sí —y se le ocurrió que todo su pasado había estado sometido a eso. Primero había tenido un novio. Luego Adam le había sugerido que eran demasiado jóvenes para embarcarse en una relación exclusiva. Y después, en todas las ocasiones en que se habían visto, habían estado saliendo con alguien.

Tampoco era mejor la oportunidad que se les presentaba en ese instante. Ya habían dejado atrás su aventura juvenil, pero no podía negar que le causaba una emoción especial saber que él recordaba los detalles del tiempo que habían pasado juntos.

En ese momento apareció la camarera y Mallory agradeció la

interrupción de sus pensamientos descarriados.

— ¿Están listos para pedir?

Adam dejó su menú sin abrir encima del de Mallory.

— Dos *cheeseburger* con beicon, dos de aros de cebolla y dos batidos de chocolate.

— No es una comida que tome a menudo — comentó ella cuando se quedaron solos —, pero en las raras ocasiones en que vengo a esta cafetería, es obligatoria. Por los viejos tiempos.

— No hay nada de malo en darse un gusto. Por los viejos tiempos.

De nuevo sus miradas se encontraron y Mallory creyó que algo brillaba en los ojos de él. Lo último que quería hacer era darse un gusto estando a cincuenta metros de distancia de Adam Clayton.

Apoyó los codos en la mesa de fórmica y dijo:

— Muy bien, suéltalo. ¿Qué has estado haciendo en estos últimos cinco años?

— Puedo resumirlo en una sola palabra: trabajar. ¿Y tú?

— Oh, no. No escaparás tan fácilmente.

Él se encogió de hombros.

— No exagero. Completé y aprobé todas las entrevistas y cualificaciones necesarias para comprar mi propio asiento en la Bolsa de Nueva York cuando mi padre murió.

Hizo una pausa y ella captó la tristeza en sus ojos. La última vez que había visto a Adam había sido en el funeral de su padre. Aún recordaba la tristeza de toda su familia. Sin pensárselo, alargó la mano y la apoyó encima de la suya.

Y al instante comprendió su error.

Lo había hecho como un gesto de simpatía, una manifestación inocente de comprensión, pero no hubo nada inocente en la sacudida de deseo que la recorrió nada más tocarlo. Su primera reacción fue apartar la mano como si la hubiera quemado, pero eso la haría quedar como una idiota.

Después de humedecerse los labios súbitamente secos, murmuró:

—Lo siento mucho, Adam. Sé lo próximos que estabais tu padre y tú.

Bajó la vista a la mano de ella y un músculo se contrajo en su mandíbula.

—Solo tenía cuarenta y ocho años.

—Lo sé —con suavidad retiró la mano y luego la apoyó en su regazo, para poder cerrar los dedos con el fin de retener el calor de la piel de él sin que Adam lo supiera.

—No hay duda de que el estrés del trabajo contribuyó mucho al ataque al corazón que sufrió y vi que en unos años a mí me esperaba lo mismo. Me legó su asiento en el mercado de valores y mi primera reacción fue venderlo. Irme. Y casi lo hice. Pero sentía una gran conexión con él ahí. Descubrí que no podía abandonar todos los planes que habíamos hecho juntos.

—Te quedaste.

—Sí. Pero me prometí que no dejaría que lo que le había sucedido a él me sucediera a mí. No iba a cavarme una tumba prematura. Me di de plazo hasta mi trigésimo quinto cumpleaños para ahorrar y planificar y también era una buena edad para reevaluar mi vida y mis objetivos. De modo que durante los últimos cinco años he trabajado como un burro. He ahorrado e invertido bien. Menos mal, porque hace tres meses el destino intervino en forma de dolores de pecho.

Al ver la expresión de intensa preocupación de Mallory. Adam movió la cabeza.

—No fue un ataque al corazón. El doctor lo achacó al estrés. Dijo que si no cambiaba mi estilo de vida, reducía mis niveles de tensión y aprendía a relajarme, iría en la dirección que había jurado que jamás tomaría. Un par de semanas más tarde, vendí mi asiento en la Bolsa.

—¿Y has estado trabajando en Picture This estos dos últimos meses?

—No. Mi madre y mi abuela se fueron a Carolina del Sur tras la muerte de mi padre. Dedicué las tres primeras semanas a visitarlas

—sonrió—. Fue estupendo. No tomaba vacaciones en cinco años. Comidas caseras todos los días, acostarme tarde. No recuerdo la última vez que me sentí tan relajado.

»Luego dediqué el siguiente mes a terminar el sótano de la casa de Nick. Con el bebé de camino, él necesitaba espacio extra y yo realmente disfruté trabajando otra vez con las manos. Nada como la extenuación física para despejar la mente.

Un recuerdo de Adam sin camisa, sudoroso, magnífico, con un martillo en la mano mientras construía el cobertizo en la parte de atrás de la casa de sus padres, centelleó en su mente, dejando un rastro de calor.

—Cuando terminé el sótano, Nick me preguntó si quería suplantarle en el estudio hasta que naciera el bebé. Como tenía tiempo y aún no había decidido qué quería hacer en el ámbito profesional, me dije: ¿por qué no? Empecé dos días antes de que tú entraras en el estudio.

—¿Dos días? —enarcó las cejas—. ¿Cuánta experiencia tienes como fotógrafo?

Él sonrió.

—Tú fuiste mi primera clienta.

El fuego se extendió por las mejillas de ella.

—Olvidaste mencionarlo antes de que posara en lencería.

—Tienes toda la razón. ¿Crees que soy tonto?

—Yo diría que incorregible.

—Hace un minuto era un caballero de reluciente armadura.

—Los tiempos cambian.

Él alzó las manos en fingida rendición.

—Eh, no era la primera vez que usaba una cámara. Estás ante el antiguo vicepresidente del Club de Fotografía del Instituto Kennedy —y no añadió «te he visto con menos ropa», aunque no fue necesario—. Échale un vistazo a las fotos —pidió—. Si no te gustan, te organizaré otra cita para que te las saque Nick.

Y de pronto se le ocurrió que ese almuerzo no había sido una buena idea. Verla, pasar un rato con ella, recordar cómo había sido tenerla en brazos, debajo de él, encima, abrazada a él, no servía a otro propósito que torturarlo... algo que no había esperado. Ella no estaba libre. Él iba a marcharse a Europa para un viaje de tres meses. Decididamente, no eran el uno para el otro.

Pero aun sabiéndolo, el simple hecho de verla parecía volverlo del revés.

—Estoy ansiosa por ver las fotos, pero ya viene la camarera con nuestros platos. Será mejor que espere hasta terminar, para no mancharlas.

Obligándose a redirigir sus pensamientos hacia el almuerzo, él dijo:

—Buena idea —en cuanto la camarera se fue, Adam alzó su hamburguesa en brindis, decidido a terminar el almuerzo y largarse de allí cuanto antes—. Por los viejos tiempos.

—Y los viejos amigos —añadió ella. Después del primer mordisco, Mallory sonrió—. Vaya. Siento como si necesitara un cigarrillo... y ni siquiera fumo. Y eso solo con un mordisco —se llevó un aro de cebolla a la boca y gimió—. Ooh, cielos. Está delicioso —alargó la mano—. Pruébalo.

Al instante Adam recordó cómo le gustaba compartir la comida. Tuvo un recuerdo claro de ambos compartiendo un cucurucho de chocolate, riendo, lamiendo, las lenguas dulces tocándose. Después del helado, habían aparcado en una calle tranquila y oscura y habían hecho el amor en el asiento de atrás de su coche.

Con ese recuerdo fresco en la mente, e incapaz de contenerse, adelantó el torso y mordió. Sin darse cuenta, los labios le rozaron las yemas de los dedos, aunque ella no pareció notarlo.

Esa condenada comida se estaba convirtiendo en una tortura por momentos. Y temía que si no terminaba pronto, Mallory vería la bruma de lujuria que lo envolvía.

Mientras masticaba, la observó llevarse el último trozo a la boca. Luego ella centró su atención en el batido y bebió un largo trago.

—¿Cómo está? —preguntó Adam, con la vista clavada en los labios carnosos y brillantes que rodeaban la pajita roja y blanca. Tuvo que tragar saliva para contener un gemido. Se preguntó cuándo demonios se había vuelto algo tan erótico observar beber a una mujer.

—Maravilloso.

Adam probó su batido y asintió.

—¿Y cuáles son tus planes para el futuro? —añadió ella.

Agradeció poder concentrarse en algo diferente que sus labios. Y en los recuerdos ardientes de cuando succionaban otra cosa que no era la pajita.

—Para mi futuro inmediato, viajar. Pasado mañana inicio mi tan postergado viaje por Europa.

—Recuerdo que siempre quisiste ir... —calló unos momentos al recordar que había planeado hacerlo el verano después de su graduación universitaria—. ¿Nunca llegaste a realizarlo?

—No. Estaré fuera tres meses. Después, planeo un safari en África. En mi lista también figuran Australia, Sudamérica y Asia. En algún punto intermedio, tendré que encontrar un lugar para vivir. El contrato de mi apartamento de Manhattan caduca dentro de seis meses.

—¿Alguna idea?

—No en Manhattan. Mi médico me sugirió una cabaña en alguna playa. Me recomendó Hawái —sonrió—. Tal vez me traslade allí y abra un bar.

—Suená... estimulante. ¿Qué me dices de tus planes profesionales de futuro?

—Desde un punto de vista financiero, no me corre prisa, así que lo estoy meditando —bebió otro sorbo de batido—. Y ahora que te he contado mi vida, ¿qué has hecho tú en estos últimos cinco años?

—Lo mismo que tú. Trabajar. Ampliar mi cartera de clientes.

—¿Disfrutas en el negocio inmobiliario?

—Sí. Me gustan todos sus aspectos... compradores, vendedores, el desafío de encajar al cliente adecuado con la casa adecuada. El mercado inmobiliario en Long Island casi siempre ha estado en alza, pero ahora se ha disparado. He empezado a llevar algunas propiedades comerciales, lo que representa una gran oportunidad para mí —tomó otro aro de cebolla—. Hace seis meses compré mi primera casa.

Adam vio lo satisfecha que estaba y alzó el batido en brindis.

—Felicidades. Sé lo mucho que siempre deseaste tener tu propia casa. Esa estabilidad.

—Sigo siendo así. Estoy asentada, con una hipoteca, un patio trasero, vecinos, fiestas en la manzana, toda la parafernalia. Haría falta una explosión nuclear para desarraigarme.

—¿Tu madre sigue viajando por el país?

—Después de una temporada en Miami y Dallas, ha vuelto aquí y toca en la Filarmónica de Long Island. Tiene un apartamento en el condado de Suffolk. Nadie sabe cuánto tiempo se quedará, pero, por el momento, está satisfecha.

—Me alegra saber que tu vida profesional va tan bien —miró hacia el sobre con las pruebas que había apoyado al lado de su asiento—. Parece que sucede lo mismo con tu vida personal.

Algo centelleó en los ojos de ella.

—Sí. Va fantástica. ¿Y la tuya?

—Todo marcha de maravilla. Ya sabes, la típica vida de soltero.

—¿Alguien especial?

—No.

—¿Alguna cita para esta noche? —preguntó con tono de broma.

—No.

—Vamos. Apuesto a que hay decenas de mujeres haciendo cola ante tu puerta.

—No tantas —rio—. Mi única cita para esta noche es trabajar en el estudio para ayudar a Nick a ponerse al día con el papeleo.

—¿Un soltero dedicado al papeleo un sábado por la noche? —lo estudió con gesto exagerado—. A menos que tu carácter se haya desviado de forma drástica, eres un tipo bastante decente, razonablemente atractivo, heterosexual, financieramente estable. Alguien que podría atraer a una o dos mujeres. ¿Cuál es el problema?

—Ninguno. Solo me tomo una noche libre de la habitual frivolidad para ayudar a un amigo —no quiso decirle que en la última semana solo había podido pensar en ella. Aunque de pronto se le ocurrió que había estado en sus pensamientos más de una semana. Siempre había estado ahí, en un rincón de su mente, y había comparado con ella a cada mujer que había aparecido en su vida, sin que ninguna pudiera acercarse. Desterrando ese descubrimiento perturbador, dijo—: Dime, ¿cómo es que tú y... cómo se llama?

—Greg.

—¿Cómo os conocisteis?

—Es abogado. Nos conocimos en la venta de una casa.

—¿Hace cuánto?

—Ocho meses.

—¿Va en serio? —se felicitó por el tono ligero que pudo proyectar, en absoluto contraste con la tensión de cada uno de sus músculos mientras aguardaba la respuesta.

Ella se limpió la comisura de los labios con la servilleta, apartó el plato vacío y luego recogió el sobre.

—Te lo diré cuando las vea —le guiñó un ojo.

¿Qué diablos de respuesta era ésa? Si iban en serio, habría contestado con un «sí».

Algo parecido sospechosamente a un destello de esperanza cobró vida en su pecho, una diminuta llama que no podía apagar ni ignorar. ¿Es que estaba loco? No quería que Mallory se hallara disponible.

Porque eso fastidiaría por completo sus planes de viaje. Otra vez.

¿O no?

«Diablos, sí».

«Diablos, no».

Si estaba disponible, podrían tener una aventura. «Pero ella no es mujer de aventuras», le dijo su voz interior. Lo cual era absolutamente cierto. Mallory era una mujer de «para siempre».

Y por lo que Adam sabía, en seis meses quizá no tuviera donde vivir y dirigiera un bar en Hawái. Por lo tanto, era positivo que tuviera novio. Y lo que él necesitaba era quitarse de la cabeza esos pensamientos descabellados. Ya.

Se obligó a guardar silencio para no bombardearla con más preguntas sobre su relación. La observó mirar las pruebas y vio que se ruborizaba.

Tuvo que juntar las manos en torno a la copa fría para no ceder al impulso de alargar una y acariciarle el rostro.

Después de beber un largo trago de batido de chocolate, dijo:

—Te ruborizas.

Ella rio con timidez.

—Resulta un poco bochornoso que me vieras con mi lencería.

«Mallory en lencería...». Santo cielo, no iba a sobrevivir. Se movió con discreción para reducir la creciente incomodidad en sus Levi's.

—A riesgo de sonar grosero, lo que en absoluto es mi intención, yo... mmm, te he visto con menos ropa —y la imagen que proyectaron esas palabras no ayudó a mitigar su incomodidad.

El rubor se acentuó.

—Cierto... hace casi una década. Mientras nos...

—¿Acostábamos juntos? —su diablo interior lo llevó a formular esa pregunta cuando ella dio la impresión de no saber qué decir.

—Bueno, eso fue hace mucho tiempo. Esto es diferente. Y en estas fotos, parezco tan...

—¿Sexy?

Alzó la vista.

— ¿Te lo parece?

Mentalmente movió la cabeza ante la incomprensible confusión que se reflejó en los ojos de Mallory.

— Diablos, sí. ¿A ti no?

— Bueno... sí, supongo. No estoy acostumbrada a verme de esta manera.

— Créeme, Mallory, no tienes nada de lo que avergonzarte.

Ella estudió las fotos unos segundos más y luego dijo:

— Has hecho un trabajo espléndido.

— Gracias. Pero no tuvo nada que ver conmigo y todo con la modelo. Mi favorita es la última.

Observó largo rato la que él señalaba y luego alzó la vista.

— ¿Por qué es ésa la que más te gusta?

«Porque cuando la miro, fantaseo que estás pensando en mí. Recordándome a mí. A nosotros. La gran pareja que formábamos. Porque yo te estoy recordando a ti».

— Creo que realmente capta tu esencia. Tus muchas facetas. Me gusta tu expresión, el contraste que muestra. Pareces seductora, pero tímida al mismo tiempo. Tentadora, juguetona, pero con un aire de inocencia. Me gusta cómo miras directamente a la cámara. Es una expresión a la que a cualquier hombre le daría mucho que pensar — «yo, por ejemplo» —. Se te ve magnífica en todas las fotos, pero, hablando como hombre, ésa garantiza la perdición.

Mallory volvió a mirar la foto y frunció el ceño.

— Espero que tengas razón — musitó.

Adam enarcó las cejas, sin saber siquiera si ella era consciente de lo que había dicho. Si un vistazo a esa foto no hacía que George, o Greg, o como se llamara, tuviera una erección instantánea, ese tipo tenía que hacerse una revisión.

Pero... ¿era posible que no todo fuera perfecto entre ese tipo y Mallory? Si había problemas en el paraíso...

Respiró hondo y reconoció lo que no quiso reconocer.

Esperanza.

Ella miró la hora.

—Me temo que he de irme —miró más allá de su hombro en busca de la camarera.

Adam se sintió decepcionado, algo que lo irritó.

—Tranquila, vete —dijo—. Yo me encargo de la cuenta.

—No tienes que...

—Quiero. Por los viejos tiempos. Además, he de quedarme y pedir algo para llevarle a Nick.

—De acuerdo. Gracias —se deslizó hacia el borde del asiento—. La comida ha sido deliciosa.

Él se incorporó y se palmeó el estómago.

—Desde luego —con la cabeza señaló el sobre—. Cuando quieras, comunícanos qué pruebas quieres imprimir.

—Lo haré —se puso de pie, un poco insegura, como si no supiera si estrecharle la mano o darle un beso. Adam la ayudó adelantándose y posó los labios suavemente en su mejilla. Lo imitó y luego retrocedió un paso—. Ha sido agradable volver a verte.

—Lo mismo digo —de hecho, había sido demasiado agradable. Lo que significaba que debía dejar que se marchara. Pero esa estúpida llama aún ardía, de modo que se oyó decir—: Quizá esta vez podamos conseguir no perder el contacto.

En vez de sonreír y asentir, la vio fruncir levemente el ceño. Después le dedicó una sonrisa rápida que no llegó hasta sus ojos.

—Quizá —manifestó sin ninguna convicción—. Pero con tus viajes y siendo el verano la temporada más ajetreada para mí...

Era evidente que la había malinterpretado y que todo iba bien entre su novio y ella.

Se sintió aliviado. Dada la aparente atracción poderosa que le inspiraba, volver a verla no habría sido inteligente.

—Lo entiendo —forzó una sonrisa—. Espero que vendas trillones

de casas.

—Eso sería estupendo. Buena suerte con tus viajes y con tu búsqueda de trabajo y de casa.

—Gracias —incapaz de parar, añadió—: Eh, si las cosas no salen bien con George...

—Greg.

—Eso. Llámame —le dedicó un guiño—. Te invitaré a otra *cheeseburger* con beicon.

—Lo tendré en mente.

Ella se volvió para irse, y aunque la voz interior le advirtió que permaneciera en silencio, soltó:

—Seis.

Mallory giró otra vez, claramente desconcertada.

—¿Seis? ¿Qué significa?

—Es el número de veces que hicimos el amor aquella tarde en la barca.

Durante varios segundos ella no dijo nada y el silencio creció entre ellos, tenso y denso. Luego murmuró:

—Adiós, Adam —y se abrió paso con rapidez entre el laberinto de mesas.

La observó alejarse y en las entrañas tuvo una vacía sensación de pérdida que deseó no sentir.

Al llegar a la puerta, ella miró por encima del hombro. Se observaron y Adam se preguntó si sería capaz de captar el deseo que sospechaba que aún se reflejaba en sus ojos. Segundos más tarde, cruzó la puerta, giró por la esquina y la perdió de vista.

Se había ido.

Por desgracia, sospechaba que los recuerdos de Mallory se demorarían mucho, mucho tiempo en su mente.

Capítulo 4

Sábado, 16:00 horas

Mallory se hallaba en el aparcamiento de su agencia inmobiliaria despidiendo a sus clientes, los Langdon, quienes habían hecho una oferta por la casa de Maple Drive.

Para ella, unir a un comprador con el lugar perfecto para vivir implicaba mucho más que mostrar una casa... era encontrarles un hogar. Y eso precisamente creía haber logrado con los Langdon.

Entró en la oficina y trató de ponerse al día con el papeleo, pero sus esfuerzos fueron en vano, ya que su mente no dejaba de vagar... regresando al mismo tema de la última semana.

Adam Clayton.

Cerró los ojos para desterrarlo de su mente, pero la imagen brilló detrás de sus párpados. Y no solo la imagen. No, también un recuerdo de él desnudo en la ducha. Habían ido a Filadelfia para asistir a un concierto y habían pasado la noche en un motel barato. Era la primera vez que pasaban juntos una noche entera. La primera vez que hacían el amor en la ducha. Podía visualizarlo con tanta claridad... chorros de agua caliente cayendo por su cuerpo musculoso y excitado. Los ojos oscuros llenos de deseo. La lenta penetración...

Abrió los ojos y emitió un sonido disgustado. Santo cielo, ¿qué le pasaba? Eso tenía que parar. Aparte de llenarla de una profunda sensación de culpabilidad, experimentaba una frustración sexual no satisfecha.

Seguro que el único motivo por el que no podía quitarse a Adam de la cabeza era que Greg llevaba toda la semana en Los Ángeles por

un viaje de negocios y se había sentido sola.

¿O no?

—Por supuesto —recalcó en voz alta—. La soledad, echar de menos a Greg... ésa ha sido la fuente de mi frustración y descontento.

Pero su conciencia la forzó a reconocer que en realidad había disfrutado al tener una semana para ella sola. Había disfrutado de no tener que acoplar su agenda con la agenda demencial de Greg. De las veladas en apacible silencio, poniéndose al día con los libros que tenía para leer.

A Greg no le gustaban las veladas tranquilas en casa. Prefería cenas elegantes en restaurantes de moda. Así como a ella le gustaba eso de vez en cuando, también apreciaba una pizza en casa mirando una película en la tele. O acurrucarse en el sillón con un buen libro en las manos.

Por lo general quedaban dos o tres noches por semana, y otra vez los sábados y los domingos. Greg se quejaba de que ella trabajaba todo el día los fines de semana, pero esos eran sus días más ocupados.

Desde luego, no había sido así al conocerse. Entonces a él no le había importado no salir y su vida sexual había sido muy buena. En realidad, solo buena. Pero Greg era un tipo decente, inteligente, trabajador y atractivo que había sido persistente con ella y que estaba dispuesto a dedicar tiempo y esfuerzo a ver hasta dónde podía llegar su relación. Era fiable y estable. Tenía casa propia. Había trabajado para el mismo bufete durante los últimos diez años. No quería vivir en otra parte que no fuera Long Island. Quería tener familia allí.

No es que hubieran hablado de matrimonio, pero tarde o temprano tocarían el tema. No hacía mucho, ella había querido hablar del futuro, pero en los últimos meses las cosas no habían ido tan bien. Greg no se había mostrado tan atento y, para ser sincera, tampoco ella. Había estado viajando con frecuencia a Los Ángeles y

un par de veces había pasado el fin de semana allí. En su opinión, la vida sexual había bajado de adecuada a automática.

Lo que la había llevado hasta Picture This. Y a Adam. Y a una semana confusa en la que cuanto más trataba de no pensar en su ex amante, más invadía éste sus pensamientos. Lo cual sin duda cambiaría en cuanto Greg viera las fotos.

Desvió la vista al sobre en su escritorio. Incapaz de contenerse, lo abrió, sacó las fotos y las estudió con atención. Y con cada foto su culpabilidad e incomodidad se incrementaban.

Adam había dicho que estaba sexy y no podía negar que también ella lo creía. Sexy y... excitada. Que lo había estado.

Pero el único problema era que no habían sido pensamientos de Greg los que le habían inspirado la excitación. Y sí recuerdos de Adam.

Se llevó los dedos a las sienes en un intento vano por cambiar la dirección de sus pensamientos. Luego guardó las fotos de nuevo en el sobre, donde no podrían provocarla con Adam.

Era como había temido. Comer con él ese día había sido una mala idea. Un ejercicio en futilidad que había puesto seriamente a prueba su autocontrol. El esfuerzo dedicado a no tocarlo, a mantener la rienda de sus pensamientos, a suprimir los recuerdos de su relación, a resistir el impulso de ahondar más en la vida personal de Adam, la había dejado frustrada y emocionalmente agotada.

Cuando los labios de él le habían rozado las yemas de los dedos al dar un bocado a un aro de cebolla, las imágenes intensas que le habían recorrido el cerebro la habían dejado sin aliento. ¿Cuántas horas habían dedicado a alimentarse el uno al otro? Desde uvas hasta patatas fritas. Se había convertido en un juego, una forma de prelude amoroso que siempre terminaba con ellos haciendo el amor. El gesto de darle de comer ese día había dado como resultado una descarga de lujuria que prácticamente la había incinerado. Necesitó de toda su fuerza de voluntad para ocultar su reacción, y ni siquiera

estaba segura de haber tenido éxito.

Y entonces, al separarse, el beso suave en la mejilla...

Cerró los ojos y al instante recordó lo bien que olía. Limpio, con un leve toque de jabón. Jamás le había gustado ponerse colonia y era evidente que sus preferencias no habían cambiado.

Abrió los ojos y suspiró. Su sugerencia de que se mantuvieran en contacto la había golpeado con la fría realidad. Bajo ningún concepto era una buena idea. Y menos cuando le había apetecido tanto... algo que la hacía sentirse más culpable y desleal con Greg. Le había costado rechazarlo. Y también alejarse con rodillas flojas al oír esa única palabra: «Seis».

La envolvió una oleada de calor. Había recordado que aquella tarde en la barca habían hecho el amor seis veces. Qué Dios la ayudara, pero tampoco ella lo había olvidado.

El móvil la arrancó de esos pensamientos tórridos. Sacó el teléfono del bolso y la pantalla le indicó que se trataba de Kellie. Pero antes de que pudiera decirle hola, su mejor amiga soltó:

—Muy bien, cuenta. ¿Cómo han salido las fotos?

—Sorprendentemente bien.

—¿Dónde estás ahora?

—En la oficina.

—Bien. Quédate ahí. Estoy a unos minutos de distancia. Adiós.

Cerró el teléfono, y luego decidió concentrarse en el trabajo hasta que llegara Kellie. Durante diez minutos no alzó la vista, hasta que se abrió la puerta.

Kellie Straton entró en la oficina con el borboteante entusiasmo de una adolescente. Con unos vaqueros cortos y un top encima de un bañador de color rosa neón, su pelo color miel estaba recogido en una coleta y unas gafas de marca reposaban sobre su frente.

—¿Vas a la playa? —preguntó Mallory.

—Desde luego. Es el único sitio en el que se puede estar en un día como éste.

—¿Y qué pasa con El Rincón de Kellie? —preguntó, refiriéndose a la *boutique* de ropa moderna de la que era propietaria en el centro de la ciudad.

—Se rompió el aire acondicionado y el servicio técnico no puede venir hasta el lunes. Dejé abierto unas horas, pero cuando hizo demasiado calor, cerré.

—Siento lo de tu aire acondicionado.

—Yo también. Pero el negocio está flojo de todos modos. Vamos. Tengo un bañador extra en el bolso —palmeó el enorme bolso verde de playa que llevaba al hombro—. Puedes cambiarte aquí y venir conmigo. Mientras espero, le echaré un vistazo a tus fotos.

—Ojalá pudiera, pero aún me queda trabajo.

Kellie chasqueó con la lengua.

—Tanto trabajo y nada de diversión te está convirtiendo en una chica aburrida.

Mallory enarcó una ceja y empujó el sobre hacia su amiga.

—¿Aburrida? Míralas y dime si todavía piensas que soy aburrida.

Kellie sacó las fotos y abrió mucho los ojos.

—Santo cielo, Mallory. Son calientes —se dejó caer en una silla y estudió las pruebas con atención—. El fotógrafo realizó un trabajo excelente en la captura de tu sensualidad interior. Creo que tal vez pida una cita para una sesión.

No le gustó nada la idea de que Kellie pudiera posar para Adam. Después de un rápido debate consigo misma, decidió compartir los detalles.

—El fotógrafo hizo un trabajo excelente, teniendo en cuenta que es un agente de la Bolsa.

—¿Eh? —Kellie alzó la vista.

Respiró hondo y le contó su historia con Adam. Al terminar, su amiga cruzó los brazos.

—Nos conocemos desde hace cuatro años y nunca me habías mencionado a este chico...

—Supongo que lo mantuve en el pasado... donde le corresponde.

—¿Y ahora has esperado una semana entera para decirme que lo has vuelto a ver? —preguntó, entre enfadada y dolida—. ¿Qué explicación tiene eso?

—Lo siento —Mallory retorció los dedos—. De verdad. Quería hablarte del asunto, pero las dos hemos estado muy ocupadas y no... sabía qué decir —finalizó de forma poco convincente.

—Bueno, ¿cómo está Adam Clayton ahora? —quiso saber Kellie.

—Igual.

Su amiga movió la cabeza.

—Mmmm. No me lo creo. Ningún chico está igual con treinta que con veinte años. O bien está peor, con barriga y el pelo cada vez más ralo, o bien está mejor... más hecho y masculino, con un aire de cierta experiencia. ¿Por cuál te decides?

Mallory se sentó frente a Kellie y suspiró.

—Más hecho y masculino.

—Mmm. Suponía lo mismo, de acuerdo a estas fotos. ¿Has estado pensando en él toda la semana?

—No me lo puedo quitar de la cabeza —reconoció con sonrisa derrotada y carente de humor.

—Veo que estás inquieta, Mallory, pero no es un delito recordar el pasado. O pensar que otro hombre es atractivo. El mundo está lleno de tipos magníficos. Veo sus fotos en la revista *People* todo el tiempo.

Mallory intentó esbozar una sonrisa débil.

—Sí, pero la mitad de lo que pasa por mi cabeza es «X».

—¿La mitad... o mínimo tres cuartas partes? Porque no creo que constituya un problema a menos que sean tres cuartas partes.

—El problema es que durante esta última semana, los pensamientos de Adam han llenado mi mente en un noventa y nueve por ciento. No ha quedado mucho espacio para Greg... ya sabes, el chico en el que se supone que debería estar pensando. Me siento confusa, desleal y muy culpable.

—Quizá es señal de que Greg y tú estáis llegando al fin del trayecto. Hace un tiempo que se veían problemas en tu horizonte.

No pudo refutar las palabras de Kellie.

—Lo sé, pero estas fotos se suponía que iban a ayudar con los problemas... no a causar más —mover la cabeza—. Quizá estemos llegando al final, pero no lo sabré hasta que lo intente todo. Greg tiene sus defectos, pero es un buen hombre. Fiable. Estable. Sabes lo importante que es eso para mí. Y también sabes lo infructuosa que ha sido mi búsqueda de un hombre que quiera algo más que una aventura. Greg tiene sus defectos, pero ¿quién no? Dios sabe que a mí me sobran. No estoy dispuesta a dejarlo sin intentarlo.

—Bueno, si esas fotos no resucitan tu relación, es que está en encefalograma plano. ¿Verás a Greg mañana por la noche?

—Sí. Te llamaré el lunes para contarte cómo ha ido.

—Bien. Te perdonaré una vez por ocultarme las cosas, pero no dos.

—Entendido.

Con expresión inusualmente seria, Kellie la estudió varios segundos.

—Mallory, ¿amas a Greg?

Volvió a soltar una risa sin humor alguno.

—Ah, la pregunta que me he hecho al menos una docena de veces en la última semana.

—¿Y cuál fue la respuesta?

Mallory suspiró.

—¿Sinceramente? No lo sé. Y después de ocho meses de salir juntos, creo que debería saberlo. Quiero, necesito, descubrir la respuesta. Pero no sería justo para Greg o para mí que dejara que un encuentro fortuito con un antiguo amante influyera en mí. Necesito decidirlo exclusivamente por lo que Greg y yo tenemos. Es el primer hombre decente que he conocido en mucho tiempo y no quiero cometer un error descartándolo demasiado pronto.

—Eso es inteligente —le apretó la mano—. Ten en cuenta que si otro hombre puede despertar sentimientos fuertes en ti, quizá tus sentimientos por Greg no son tan profundos como habrías podido considerar.

—Buen consejo. ¿Cuánto te debo por la consulta, doctora?

—Te enviaré la factura. ¿Seguro que no te puedo convencer para que vengas a la playa?

—No, gracias. Debo limpiar mi escritorio.

Las dos se pusieron de pie y, después de intercambiar un abrazo, Kellie se marchó.

Mallory respiró hondo y situó las cosas en perspectiva. Esos pensamientos descabellados sobre Adam no eran más que un punto en su radar emocional. Un mal caso de nostalgia descontrolada. En cuanto volviera a ver a Greg y reencendiera el fuego de su vida sexual, todo volvería a su sitio.

Sintiéndose mejor, dedicó la hora siguiente a despejar sus cosas y decidió parar. La velada se extendía ante ella como una amplia playa virgen... tranquila, apacible y desierta. Con eso en mente, pensó en darse el gusto de comprar comida tailandesa, que Greg detestaba, y alquilar una película de video.

Después de recoger sus cosas, dejó la oficina y la cerró. Un calor sofocante emanaba del alquitrán del aparcamiento. Una vez a salvo en el aire acondicionado del coche, se dirigió al video-club, y después de elegir y alquilar la película, fue al restaurante Thai Palace. De camino, tomó un desvío hacia donde vivía Greg para comprobar que todo estuviera en orden, como tenía costumbre hacer cuando él no se hallaba en la ciudad.

A una calle de la pequeña casa de ladrillo visto enarcó las cejas al ver lo que parecía el Lexus plateado de Greg en la subida de coches. Segundos más tarde, aparcó detrás de lo que ya no cabía duda de que era su coche. Era obvio que había tomado un vuelo anterior.

Pero ¿por qué no la había llamado? Quizá estaba recuperando un

poco de sueño atrasado. Mmm... si ése era el caso, tal vez quisiera compañía en la cama.

Con el sobre de las pruebas en el bolso grande y una sonrisa en los labios, abrió con la llave que él le había dado. Entró en el recibidor pequeño y cerró a su espalda. Del equipo de música llegaba el sonido de una suave música de jazz. Por la distribución de la casa, pudo ver que Greg no se hallaba ni en la sala de estar ni en el comedor diario de la cocina, de modo que avanzó por el pasillo alfombrado en dirección al dormitorio. Como no quería despertarlo hasta no haberse metido en las sábanas con él, abrió con sigilo.

No tendría que haberse preocupado por despertarlo. Ni en reencender su vida sexual. Ni en pensar que podía necesitar compañía... ya tenía abundante en la forma de una rubia exuberante y desnuda que lo cabalgaba como si fuera el potro ganador del Derby de Kentucky. Debajo de la rubia, Greg gemía y con las manos coronaba los enormes pechos que se desbordaban entre sus dedos.

La correa del bolso se le escurrió del hombro y cayó al suelo con un sonido sordo. Se quedó boquiabierta.

Greg y la rubia giraron hacia ella. Entonces, también ellos se quedaron helados. La rubia, que parecía tener unos diecinueve años, pareció sorprendida e irritada por la interrupción. Greg pareció conmocionado y se quedó lívido.

—¿Quién diablos eres? —quiso saber la chica.

Mallory tuvo que tragar dos veces para encontrar la voz. Y al hablar, la acompañó con una oleada de furia.

—Yo te haría la misma pregunta, pero no hay necesidad, ya que es bastante obvio.

La rubia se apartó el pelo y suspiró.

—Escucha, sé que me parezco a Pamela Anderson, pero no soy ella.

Mallory emitió una carcajada de incredulidad mientras Greg soltaba una retahíla de maldiciones y se quitaba a la rubia de encima.

A ésta eso no le gustó mucho y se puso de rodillas y plantó las manos en las caderas.

Mallory decidió que era hora de largarse de ahí. Recogió el bolso, dio media vuelta y avanzó por el pasillo con piernas temblorosas.

—Mallory, espera —pidió Greg.

Ella aceleró el paso y acababa de abrir la puerta cuando él la sujetó por el brazo. Mallory dio media vuelta y lo atravesó con una mirada demoledora antes de bajar la vista y ver que aún seguía desnudo. Y evidentemente sobresaltado.

—Quítame la mano de encima. Ya. A menos que quieras una nueva carrera de cantante soprano entre los Niños Cantores de Viena.

Al instante la soltó.

—Mallory, escúchame. Esto...

—¿No es lo que parece?

—No lo es.

Cruzó los brazos y adoptó una expresión exagerada de sorpresa.

—¿Quieres decir que no te acabo de encontrar disfrutando de una jovencita exuberante? En ese caso, ilumíname. Estoy impaciente por aclararme.

El rostro pálido se vio inundado por el color.

—No soporto cuando eres sarcástica.

—No sabes cuánto lo siento. De verdad. Y si tuviera otras seis horas para desperdiciar contigo, me encantaría decirte todas las cosas que no soporto de ti.

El rubor de él se ahondó.

—Sé que parece que acabo de ligar con una mujer, pero no es así. Conocí a Mandy hace tres meses y, bueno, nos hemos enamorado. Mañana tenía toda la intención de contarte que había conocido a otra persona.

—¿En serio? ¿Antes o después de invitarla a comer un Happy Mac?

—No es mucho más joven que yo, maldición. Tiene veinte años.

—Es perfecto que su coeficiente intelectual coincida con su edad.

Tuvo el descaro de mirarla enfadado.

—Para que sepas —dijo con rigidez—, su ambición es ser abogada algún día.

—Bien. Mientras tanto, se dedica a acostarse con los abogados. Sois perfectos el uno para el otro —abrió la puerta. Él hizo el amago de querer sujetarla otra vez por el brazo, pero lo frenó con una mirada que habría podido calcinar carne cruda.

—¿Qué pasa con las cosas que tengo en tu casa? —preguntó Greg—. ¿Puedo ir a buscarlas mañana?

Mallory no pudo contener una carcajada.

—Mira, no te quiero ni a ti ni tus cosas en mi casa. Te guardaré todo y te lo haré llegar.

—De acuerdo, yo haré lo mismo por ti —entrecerró los ojos—. No fastidiarás mi ropa o mis CDs, ¿verdad?

—Es evidente que debo señalar que no soy yo quien se ha portado de forma deplorable. Además, no perdería ni mi tiempo ni mi energía en algo así. Sin embargo, sí te voy a pedir que me des la llave de mi casa —comenzó a sacar la llave de él del llavero.

—Bien —regresó por el pasillo al dormitorio.

—Haznos un favor a los dos y ponte unos pantalones —aconsejó con dulzura.

Entró en el dormitorio y Mallory oyó que la rubia preguntaba:

—¿Quién diablos es y qué diablos está pasando?

Carraspeó y luego dijo en voz alta:

—En cuanto a quién diablos soy... soy la novia que ha tenido durante los últimos ocho meses. Afirma que me iba a hablar de ti mañana, de modo que es posible que también te lo contara a ti mañana —sonrió al oír el jadeo de Melones—. En cuanto a qué diablos está pasando —continuó—, Casanova se va a poner unos pantalones, gracias a Dios, y a devolverme la llave de mi casa, que yo

le había dado. En cuanto la tenga en mi mano, será todo tuyo.

Segundos más tarde, Greg salió del dormitorio, con unos pantalones puestos y expresión tormentosa. Melones le pisaba los talones, sus generosos activos apenas cubiertos por la camisa de Greg.

Mallory extendió la mano y él le plantó la llave. Luego soltó la suya sobre la mano abierta de él.

La rubia le dedicó una mirada bastante desagradable.

—Era todo mío antes de devolvarte la llave, encanto.

—Mmm. Y vaya premio que tienes —movió la cabeza—. Verás, Candy...

—Mandy —corrigió la joven con los dientes apretados.

—... en realidad siento muchísima pena por ti. Este tipo ha demostrado ser un mentiroso y un tramposo. Creo que tú podrías conseguir algo mejor. Sé que yo puedo. Pero ahora él ha pasado a ser tu problema. Os deseo suerte a los dos.

Sin mirar atrás, salió y se subió al coche.

«Lárgate, lárgate», entonó su voz interior.

Al final del bloque, fuera de la vista de la casa de Greg, entró en el aparcamiento de una galería comercial y aparcó delante de una panadería italiana. Luego apoyó la cabeza en el respaldo del asiento, cerró los ojos y se obligó a respirar despacio.

Temblaba. Y aunque trató de contenerlas, las lágrimas atravesaron sus párpados y bajaron por sus mejillas. No quería llorar. Se secó la humedad con gesto impaciente, pero brotaron más lágrimas.

Se preguntó si alguna vez había estado tan indignada, humillada. No pudo recordarlo. Estaba furiosa. Con él... consigo misma. Con ese bombón de pechos descomunales. Pero principalmente con él.

Cómo había podido ser tan estúpida como para pensar que ese sujeto era fiable, estable. Al menos agradeció haber descubierto la verdad a tiempo para no humillarse y haberle dado las fotos.

Al pensar en las fotos, en su mente surgió una imagen de Adam. Qué irónico que se sintiera culpable porque la atrajera.

Manteniendo los ojos cerrados, permaneció quieta durante varios minutos, concentrándose en técnicas de relajación respiratoria mientras se serenaba. Cuando las lágrimas dejaron de fluir y el corazón se le asentó, realizó un inventario emocional.

Tuvo que reconocer que también se sentía aliviada.

Abrió los ojos, se quitó la horquilla del pelo y se lo mesó. Y reconoció que no se sentía ni dolida ni con el corazón roto.

Lo cual respondía de forma irrevocable a la pregunta de si amaba a Greg. Era evidente que no. Y eso le indicó lo afortunada que era de librarse de él.

Sin embargo, y aunque no le hubiera roto el corazón, por desgracia había algo muy negativo para su ego en el hecho de que el abandono se produjera por una jovencita que podría aparecer en las páginas centrales de *Playboy*.

Pensó en llamar a Kellie. Sabía que la ayudaría a machacar a Greg por haber dejado «a una chica tan maravillosa», pero no era eso lo que anhelaba su magullado ego.

Y una película alquilada y comida tailandesa tampoco servirían.

No, su orgullo herido exigía sentirse deseable. Atractiva. Sexy.

Y conocía al hombre exacto para el trabajo.

Capítulo 5

Domingo, 18:00 horas

Adam estaba sentado detrás del ordenador de Picture This e introducía un número de orden tras otro, eliminando lentamente el montón de facturas que se habían acumulado en el escritorio de Nick. A juzgar por el número de facturas y pedidos, el negocio de Nick florecía. Bodas, fiestas de aniversario, bautizos, mayorías de edad, graduaciones, sesiones particulares... cada día se hacían más reservas.

Acababa de terminar otra factura cuando una llamada ligera hizo que alzara la cabeza y se quedara quieto... a excepción de su corazón, que pareció darle un vuelco.

Mallory se hallaba del otro lado de la puerta de cristal, que él había cerrado cuando Nick se marchó horas antes. Se puso de pie y cruzó con rapidez la sala.

—Hola —saludó al tirar de la puerta hacia dentro—. Pasa —la sonrisa se desvaneció de sus labios al ver el rostro pálido y los ojos enrojecidos—. ¿Estás bien?

—Sí —lo tuvo que rozar para entrar.

El cuerpo de Adam se tensó ante ese breve contacto y fingió no haberlo sentido, ni haber captado una vaharada de su perfume ligero y floral. Apretó los dientes, le dio la espalda y dedicó unos segundos extra a cerrar la puerta. Se reprendió, diciéndose que no podía ponerse así solo porque pasara por el local. Probablemente, quería encargarse de unas impresiones de las fotos. Para ese tipo del que no recordaba cómo se llamaba.

Pero al darse la vuelta, Mallory lo descolocó otra vez. Se hallaba a

menos de medio metro y lo miraba con una expresión inescrutable, pero que le encendió la sangre. Y entonces lo terminó de fulminar al dar un paso adelante, pegarse contra él y acariciarle el pelo. Luego se puso de puntillas, le acercó la cabeza y lo besó. Como si lo sintiera.

Si la sangre no hubiera abandonado su cerebro para asentarse entre sus piernas, seguro que se habría preguntado qué había provocado esa reacción. Pero cualquier cosa que requiriera pensar tendría que esperar. La rodeó con los brazos, la pegó más a él y profundizó el beso iniciado por ella.

Sabía exactamente como la recordaba. Deliciosa. Cálida, dulce y seductora. Como chocolate derretido. Y causaba la misma sensación tenerla en brazos. Curvilínea, suave y femenina. La sensación erótica de su lengua le evaporó todo contenido de la mente excepto una única palabra que martilleaba con creciente urgencia.

«Más».

Pero antes de poder actuar en consonancia, Mallory volvió a modificar la situación quebrando el beso. Apoyó las manos en su pecho y se echó para atrás en el círculo de sus brazos. Con cierta satisfacción notó que la respiración de ella era tan trabajosa como la suya.

Sin duda hacían falta algunas palabras, pero con el cerebro licuado metido aún en la bruma de la lujuria, las palabras estaban más allá de su alcance.

Ella deslizó las manos por su torso, abriendo un sendero de fuego descendente.

—Me lo imaginaba —dijo ella con una voz que sonaba a terciopelo áspero.

No había duda acerca de lo que quería decir... que el calor que acababa de generar no la sorprendía. Adam quedó impresionado de que pudiera formar una frase coherente. Él aún no había llegado a eso, de modo que solo asintió. Al menos eso le pareció.

—Temía que ya te hubieras marchado. Me alegro de que sigas

aquí.

Tragó saliva dos veces y logró encontrar la voz.

—Sí. Yo también.

Pero entonces le estudió la cara y confirmó lo que había visto antes de que se le fundiera el cerebro. Tenía los ojos enrojecidos e hinchados y la coherencia retornó de golpe.

—Has estado llorando.

—¿Cómo lo sabes?

Alzó una mano y con gentileza la acarició debajo de un ojo.

—A través de un proceso maravilloso llamado «vista» —y dado el modo en que lo había saludado, no tuvo duda de que fuera lo que fuese que estaba mal, tenía que ver con el tipo con el que salía—. ¿Qué ha sucedido?

Ella lo empujó con gentileza y él la dejó ir, observando en silencio mientras establecía cierta distancia entre ambos y respiraba hondo. Luego le dedicó una sonrisa que no llegó a sus ojos.

—Me dijiste que si las cosas no salían bien con Greg, te llamara. Como andaba por aquí, se me ocurrió que lo mejor era pasar.

Tal como había pensado, había roto con su novio. Así como no podía negar que una parte de él se alegraba, odiaba ver la prueba de que había llorado. El sentido común le advirtió de ir con cuidado, ya que así como lo hacía feliz poder ofrecerle amistad, no lo entusiasmaba verse atrapado en medio del fuego cruzado.

La tomó de la mano y la llevó hacia la zona de espera en un rincón, donde había un sofá, dos sillones y una mesilla.

—Sentémonos unos minutos —la dejó en el sofá y se sentó en el sillón que había enfrente—. Muy bien, cuéntame qué ha pasado.

Ella clavó la vista en sus manos, cerradas sobre el asa del bolso.

—¿Conoces las tres palabras que menos quieres oír mientras estás haciendo el amor? —Adam negó con la cabeza y ella alzó la vista y dijo—: «Cariño, he llegado».

Sintió que lo recorría un torrente de furia. El maldito canalla la

había engañado. No solo lo enfurecía, sino que le hizo mover la cabeza en aturrida incredulidad. ¿Cómo podía ser tan estúpido? Tener a una mujer como Mallory y luego perderla...

«Eh, hace nueve años tú fuiste el estúpido», le recordó la voz interior.

Pero su estupidez había estado motivada por el miedo. Jamás la había engañado. ¿Cómo alguien que tenía a Mallory en su cama podía buscar otra cosa?

Le tomó las manos y se las apretó.

—Lamento que te haya pasado algo tan doloroso, cariño.

—Gracias —suspiró—. Fue una visión chocante y en absoluto atractiva, te lo aseguro. Y la mujer con la que estaba... —emitió un sonido de disgusto—. Una aspirante a abogada de veinte años con el pelo teñido y unos implantes en los pechos que parecían sujetos con velero. Están enaaaaamorados —hizo una mueca.

Le acarició el dorso suave de las manos.

De pronto ella emitió un gruñido y se levantó con brusquedad. Se puso a caminar delante de él.

—No te aburriré con los detalles, pero baste decir que en estos últimos meses las cosas no iban tan bien entre Greg y yo. Yo lo achaqué a nuestras agendas frenéticas, aunque empezaba a darme cuenta de que no teníamos tanto en común como en un principio había creído. Y que esas diferencias eran realmente... irritantes. Por supuesto, no era consciente de que la ecuación la formábamos tres. Desde luego, me alegro de haberlo averiguado.

—¿Lo... lo amabas?

Se detuvo y lo miró.

—Antes no estaba segura exactamente de cuáles eran mis sentimientos, pero ahora sí, y la respuesta es un «no» rotundo. Pero me importaba. Lo bastante como para darle a nuestra relación algo más de tiempo y esfuerzo. No obstante, siempre faltó algo entre nosotros. Desde luego, cualquier afecto que pude haber sentido por

él se ha extinguido por completo. Solo desearía no tener la imagen de Melones y él juntos.

Reanudó el ir de un lado a otro. Luego continuó:

—No es que tenga el corazón roto. Ni mucho menos. En realidad, me siento aliviada. Pero, maldita sea, estoy enfadada. Con él por ser un hipócrita, pero esencialmente conmigo por aguantar demasiado tiempo. Por creer que era el hombre estable y fiable que buscaba. Por ser tan estúpida.

La tomó de las manos cuando pasó a su lado, luego se puso de pie, conteniendo su propia furia con ese canalla que la había impulsado a sentirse de esa manera.

La sujetó por los hombros y la miró a los ojos.

—No eres estúpida, Mallory. No has hecho nada malo.

—Fui tan confiada...

—Te mintieron. Eso no es ningún reflejo de tu carácter. El hecho de que estuvieras dispuesta a recorrer el kilómetro extra por una relación muestra la clase de persona que eres. Eres leal. Tienes integridad. Y no abandonas.

Le tembló el mentón y le sonrió insegura.

—Haces que me sienta mucho mejor.

—Me alegro. Pero deberías sentirte bien. Aunque las circunstancias han sido una porquería, míralo de esta manera... acabas de liberarte de una relación en la que, basándonos en los hechos de que te sientes aliviada y no lo amabas, es evidente que ya no querías estar involucrada.

—Tienes razón. Lo sé. Es que desanima tanto que te dejen por alguien que parece salida de las páginas de *Playboy*.

—No hay motivo alguno para que te sientas desanimada. Es obvio que ese tipo es idiota. E increíblemente ciego.

En los ojos de ella brilló una gratitud inconfundible.

—Bueno, gracias. Cielos, ese hombre tiene treinta y cuatro años y estudió en una universidad importante. Creía que tendría el sentido

común y el gusto de dejarme por alguien lo bastante mayor como para poder comprarse su propia cerveza y con algo más que unos enormes pechos falsos —suspiró—. Pero quizá sea muy agradable.

Él le apartó un mechón de pelo sedoso.

—No tanto como tú.

—Y realmente inteligente.

—No tanto como tú.

—Lo más probable es que sea más bonita que lo que pensaba... no me concentré precisamente en su cara.

—Jamás podría ser más bonita que tú.

Sonrió.

—¿Sabes?, estás haciendo un trabajo sobresaliente en sanar mi ego herido.

—Bien —la miró a los ojos—. Ésa fue la causa del beso. Un ataque de ego.

Mallory se ruborizó.

—Supongo que necesitaba una pequeña reafirmación que me indicara que no era un trasgo —en sus ojos titiló la duda—. No estás enfadado conmigo, ¿verdad?

—¿Enfadado? ¿Porque me bese una mujer sexy y bonita? ¿Por un beso que me hizo sentir que me habías metido en el horno y encendido el grill? Diablos, no. Seguro que fue evidente que mi reacción no fue el enfado —le tomó la cara entre las manos y le acarició las mejillas—. Considera que estoy más que dispuesto a ofrecerte toda la reafirmación que necesites.

«Eh, aguanta ahí, tío», le gritó su voz interior. «¿Qué estás diciendo? ¿Has olvidado que Mallory no es apropiada para ti?».

No lo había olvidado. Solo acababa de realizar una... reevaluación. El hecho de que fuera una mujer de «para siempre», no significaba que fuera su mujer de «para siempre». Si quería una aventura que le reafirmara el ego, diablos, ¿quién mejor para la misión que el Soltero Número Uno?

Además, de eso no podía salir nada. Él estaba ahí para ayudarla en su despecho. Todo el mundo sabía que esa clase de hombres jamás terminaban siendo permanentes. Lo cual, dado el hecho de que se marchaba a Europa dos días después, hacía que la sincronización fuera perfecta... algo novedoso para los dos.

—Mmm. Reafirmarme... —repitió—. Puede que acepte tu ofrecimiento.

—¿Puede? Creo que voy a tener que encargarme de cambiar ese «puede» por algo definitivo —ella volvió a ruborizarse—. Aquí hay algo que debería ayudarte a reafirmarte. ¿Te acuerdas de nuestro almuerzo hoy? Fue una tortura. No tienes idea de la enorme cantidad de autocontrol que necesité para no tocarte. Besarte.

—Me tocaste. Me besaste.

—No como quería.

En los labios de ella danzó el fantasma de una sonrisa.

—He de reconocer que vine a verte con la esperanza de que tal vez estuvieras dispuesto a darle un empujón a mi abatida autoestima.

—Cariño, no sabes lo dispuesto que estoy —en sus ojos aún había sombras... sombras que él quería desterrar. La necesidad de besarla se tornó insostenible. Sin embargo, quería hacer mucho más que besarla. Pero por el momento...

«Solo un beso más», se prometió. «Para reafirmarla y hacerle ver lo increíblemente deseable que es».

Bajó las manos lentamente hasta sus brazos. El corazón le palpitaba como si hubiera recorrido toda la isla de Manhattan a la carrera. Inclino la cabeza y le rozó los labios con suavidad. Y al instante comprendió su error. Un solo beso no sería posible.

Volvió a besarla suavemente, un gesto que suplicaba más. Ella respondió entreabriendo la boca y pasándole la lengua por el labio inferior. Y Adam supo que ni cien besos bastarían.

Con un gemido, la acercó más e introdujo la lengua en esa boca sedosa. En un abrir y cerrar de ojos estuvo perdido, todo sentido del

tiempo y del espacio abrumados por la necesidad de tocarla. Y probarla. Deslizó una mano a su espalda para meterla entre su cabello, mientras la otra bajaba para coronar la succulenta curva de sus glúteos. Y de pronto los años se desvanecieron y se vio invadido por esa misma sensación audaz y descabellada que en una ocasión Mallory le había inspirado. Cuando no podían estar sin tocarse. Cuando jamás se saciaban.

Ella le rodeó el cuello con los brazos y se movió contra él. Su erección se sacudió. Hizo que en su mente sonaran campanillas.

Interrumpiendo el beso, Mallory jadeó:

—Teléfono.

¿Teléfono? Un sonido agudo atravesó la bruma de excitación que lo envolvía.

—¿Tienes que contestar? —preguntó ella, mordisqueándole la mandíbula.

Quiso decir que no, pero podía ser Nick.

—Sí, debería —repuso, reacio a dejarla. Estaba tan duro que no pudo caminar sin hacer una mueca. Al llegar al escritorio, alzó de mala gana el auricular—. Picture This —respondió con voz ronca.

—Adam, ¿eres tú? —quiso saber Nick.

—Soy yo. ¿Qué pasa? —bajó la vista al bulto en la bragueta y esperó que Nick no le hiciera la misma pregunta.

—Suenas raro. ¿Estás bien?

—Sí —«salvo por el estrangulamiento que siento en el pantalón»—. ¿Qué me dices de ti?

—Bien. Escucha, me acaba de llamar mi vecina para comprobar si tenía algún hueco libre la semana próxima, y como la agenda está en mi escritorio, pensé en comprobar si seguías allí. ¿Puedes mirarlo por mí?

—Claro —abrió el cuaderno de citas y pasó las páginas. Después de encontrar tres huecos, Nick eligió uno y le pidió que escribiera el nombre de su vecina, Audrey Shay—. Ya está —comentó al terminar,

cerrando el cuaderno.

—Gracias, amigo. Nos vemos mañana por la tarde.

—Adiós.

Colgó y luego se pasó las manos por el pelo.

Miró a Mallory, que seguía en el sitio exacto donde la había dejado delante del sofá. El corazón le latió con fuerza al ver la excitación que aún acechaba en sus ojos.

Hasta él llegó el sonido de risas apagadas y miró hacia la puerta. Vio pasar a dos parejas y se dio cuenta de que por ese escaparate pasaba mucha gente. Algo de privacidad iba a ser necesaria.

Regresó junto a Mallory y le tomó las manos.

—¿Estás bien?

—Sí —sonrió con picardía—. Solo sufro de un grave caso de «besus interruptus».

No pudo evitar reír.

—Yo también. No obstante, nos ha salvado literalmente la campana. Si ese beso hubiera continuado... —le besó las manos—. Bueno, dada nuestra visibilidad, mejor que nos haya interrumpido el teléfono y no un agente de policía —la acercó más. Cuando sus cuerpos se tocaron de pechos a rodillas, cuando la dura erección quedó entre ambos, dijo—: ¿Sigues albergando alguna duda de que eres increíblemente sexy?

—Decididamente, cada vez me siento menos trasgo.

—Bien... aunque espero que todavía necesites algo más de reafirmación.

—Una chica nunca tiene demasiada.

—No entiendo cómo puedes llegar a verte de otra forma que no sea deseable y hermosa. ¿Quieres que le dé una paliza a Como-se-llame?

Sonrió.

—¿Lo harías?

—Encantado.

—¿Y si te dijera que mide uno noventa y pesa ciento veinte kilos?

—Respondería que eso haría más difícil las cosas, pero al final, me encargaría de que quedara peor y más dañado que yo.

—A pesar de lo mucho que agradezco la oferta, no vale ni tu tiempo ni tu esfuerzo.

—De acuerdo. Pero la oferta sigue en pie —se inclinó y le dio un beso justo debajo de la oreja—. Tú, por otro lado —le susurró al cuello—, sí que vales mi tiempo y mi esfuerzo.

—De hecho, venía a invitarte a cenar. Si no recuerdo mal, te gustaba el marisco, y yo preparo una pasta con gambas que te mueres.

—¿Te estás ofreciendo a cocinar para mí?

—Sí. ¿Interesado?

—Desde luego que sí —se irguió y la miró a los ojos—. Pero a mí me interesa mucho más que la pasta. ¿Interesada?

Ella no titubeó.

—Desde luego que sí.

Esas simples palabras abrieron un surco de lujuria desbocada por su interior.

—¿Para cuándo lo tenías pensado?

—¿Por qué no esta noche? ¿O tienes otros planes?

Él sonrió.

—Parece que los tengo... con una mujer hermosa y pasta con gambas.

También ella sonrió.

—Estupendo —miró el montón de papeles sobre el escritorio—. ¿Has terminado por aquí?

—No me tomará más de una hora.

—Eso es perfecto, porque tengo que pasar por el supermercado —miró la hora—. Ahora son las seis y media. ¿Por qué no quedamos a las ocho? Si puedes llegar antes, estupendo.

—Suena muy bien. Llevaré el vino —la soltó a regañadientes, pero

se consoló con el hecho de que los esperaba toda la noche.

Ella sacó una tarjeta de su bolso y se la entregó.

—Ésta es mi dirección. Está a unos diez kilómetros de aquí —le indicó cómo ir y añadió—: En la tarjeta figuran los números de mi móvil y de casa. Llama si te pierdes.

—No te preocupes, Mallory. Créeme, te encontraré.

Capítulo 6

Sábado, 20:00 horas

Al oír el ruido de la puerta del coche cerrarse, Mallory realizó un rápido inventario mental para cerciorarse de que todo estaba como lo quería. Desde el equipo de música del salón flotaba la última balada de Norah Jones. Unas lámparas estratégicamente encendidas sumían el salón en una luz suave. La ensalada estaba en la nevera, las gambas peladas y una *baguette* lista para ir al horno. Y la pasta al fuego. Sus mejores copas de cristal estaban en la barra junto a unas velas de color crema. El aire acondicionado zumbaba levemente en el salón... y en su dormitorio. Donde había guardado tres preservativos en el cajón de la mesilla.

Música romántica, comida, velas, preservativos... sí, estaba preparada para todo.

Sonó el timbre y el corazón le dio un vuelco en respuesta. Respiró hondo para calmarse, y luego se pasó las manos nerviosas sobre el top gris plata de satén y la falda color turquesa que le llegaba unos centímetros por encima de las rodillas. Al ir hacia la puerta descubrió que no tenía las piernas muy firmes, y de pronto deseó haberse puesto unos zapatos bajos y no los de tacón alto que llevaba.

Volvió a respirar hondo y abrió la puerta. Y al instante se evaporó toda su serenidad.

A pesar de saber que iba a encontrarse a Adam, verlo ante la puerta de su casa, tan atractivo que daban ganas de comérselo, le provocó una descarga de calor y deseo. Y solo por estar allí de pie.

En una mano llevaba una bolsa marrón con el logo de la licorería de la zona. En la otra sostenía una única rosa de color lavanda, una

ofrenda que le causó un nudo en la garganta. Su última noche juntos, en aquel lejano verano, la noche anterior a que ella se marchara a la universidad, le había llevado una única rosa. Amarilla. Le había dicho que representaba la amistad. Luego le expuso que eran demasiado jóvenes para comprometerse. Que deberían tomarse las cosas con calma, ver a otras personas. No pudo evitar preguntarse qué representaba el color lavanda.

—Hola —saludó él con una sonrisa.

Mallory agradeció que dijera algo; de lo contrario, se habría quedado allí boquiabierta.

—Hola —abrió más la puerta y se hizo a un lado—. Pasa.

Él dejó la bolsa en el suelo de madera y lentamente giró la rosa entre sus dedos; en sus ojos había calor y admiración.

—Para ti —la extendió.

Mallory la aceptó y notó que tenía las manos como las piernas. Cerró los ojos, enterró la nariz en los pétalos aterciopelados y aspiró el aroma embriagador. Luego lo miró y sonrió.

—Gracias. Es hermosa. Nunca antes había visto una rosa de este color.

—La florista dijo que se llama «lila de plata». Me recordó a ti.

—Oh. ¿Y eso?

Dio un paso hasta que los separó menos de medio metro. Le tomó la mano que sujetaba la flor y la hizo deslizar por su mandíbula.

—Es suave —con la otra mano le acarició la línea de la clavícula—. Como tú. Y hermosa. Como tú —se inclinó para posar los labios donde se unían hombro y cuello, y aspiró—. Huele de maravilla —susurró—. Como tú —se irguió y la miró con ojos serios—. La florista me explicó que el color representa la rareza. Lo que te describe a ti perfectamente. Es única. Rara. Diferente. Extraordinaria. Como tú.

Tenía que subir el aire acondicionado, porque le daba la impresión de que sus poros emitían vapor.

—Estás preciosa —musitó Adam. Bajó la mano y pasó la rosa por

la parte superior de sus pechos. Los pezones se contrajeron con ese ínfimo contacto y la vio contener el aliento—. Me gusta este top. Esta tela. Mucho.

Le soltó la mano y extendió los brazos para plantar las palmas en la puerta, junto a sus hombros, encerrándola entre ellos.

Ella sintió que se llenaba con el aroma cálido y limpio de Adam, y aunque no la tocaba, sintió que su fortaleza la rodeaba. La envolvía en una bruma sensual. Siempre había hecho que se sintiera muy femenina por el modo en que la miraba, la tocaba.

Antes incluso de poder soltar un suspiro de placer por la prisión en la que se hallaba, él se inclinó y la besó.

El corazón de Mallory triplicó su ritmo en el instante en que sintió los labios de Adam. Él mantuvo el contacto ligero y le mordisqueó los labios, la mandíbula, el cuello, sin tocarla más que con la boca. No pudo recordar algún momento de más excitación.

Metió la lengua en el hueco sensible en la base de su cuello, el punto donde sabía que encontraría su pulso veloz y errático. Ella cerró los ojos y apoyó la cabeza contra la pared. Sintió escalofríos mientras él le daba besos por el cuello hasta llegar a mordisquearle el lóbulo.

El deseo la recorrió de arriba abajo, encendiendo una exigencia que la sacudió con su intensidad. No recordaba haber anhelado con tanta desesperación las manos de un hombre en su cuerpo. De pronto centelleó en su mente que la última vez había sido con ese mismo hombre.

Con un gemido, arrojó la rosa a la pequeña mesa rectangular de roble que había en la entrada. Luego le acarició el torso y los hombros hasta enterrar las manos en su pelo. Se puso de puntillas, pegó los labios a los suyos y prácticamente se adhirió a él.

Adam gimió y en un abrir y cerrar de ojos, comenzó a tocarla con mucho más que la boca. La rodeó con los brazos, subió una mano a su nuca y bajó la otra a su cintura.

El cuerpo y los sentidos de Mallory lo reconocieron. Su sabor. Su aroma. El cuerpo fuerte y poderoso contra el suyo. El bulto duro de la erección contra su estómago. La deliciosa fricción de la lengua sobre la suya. Saturada de sensaciones, el beso encendió una desesperación casi dolorosa de arrancarle la ropa para poder apagar el condenado fuego que él había iniciado.

Deseaba sentir su piel. Le arrancó la camisa de la cintura de los vaqueros y luego metió ambas manos para acariciarle la piel suave de la espalda. Era tan cálido... Y sólido. Y tan agradable... Y quería más.

Le agarró los bordes de la camisa y se la subió.

—Quítatela —demandó con un susurro ronco sobre sus labios—. Ahora.

Segundos más tarde la camisa aterrizaba en el suelo, eliminando los impedimentos para que sus manos impacientes le acariciaran el cuerpo. Estaba más ancho y musculoso, mejor definido que nueve años atrás.

Adam le debilitó aún más las piernas dándole otro beso y metiendo los dedos debajo de las tiras del top de satén para bajárselo por los brazos y liberarle los pechos.

Se los coronó y le frotó los pezones, provocándole un gemido bajo. Abandonó sus labios para abrir un camino ardiente por su garganta y bajar más hasta que con la lengua se puso a jugar con un pezón.

El placer la recorrió en oleadas mientras le revolvía el pelo y lo observaba lamerla antes de introducirse el capullo duro en el delicioso calor de la boca. Cada succión erótica le producía un vacío delicioso en el vientre y la impulsó a arquear la espalda en una súplica silenciosa de más.

La respiración entrecortada se le paró cuando las manos de Adam descendieron por sus caderas y por los muslos para introducirse por debajo de la falda. Los dedos ascendieron lentamente por las piernas desnudas y se metieron debajo de la escueta braguita de encaje. Con

celeridad se las bajó por las piernas y la ayudó a quitárselas.

Al erguirse, las miradas chocaron un instante y el calor que ardía en los ojos de él la abrasó. Luego se puso a besarla otra vez y enganchó una mano en su rodilla para subírsela. De inmediato ella le rodeó la cadera con la pantorrilla.

Le asaltó los sentidos en todos los frentes... los labios y la lengua, una mano larga que jugueteaba con el pezón, la otra mano que subía por la parte de atrás del muslo alzado para masajearle el trasero y después ponerse a jugar con su sexo palpitante.

Al primer contacto de los dedos sobre los pliegues mojados e inflamados, gimió... una vibración profunda que se convirtió en un ronroneo de placer. La provocó sin piedad, y con tal precisión para encontrar el ritmo que anhelaba su cuerpo, que fue como si solo hubieran pasado horas y no años desde la última vez que le había hecho el amor. Como si recordara con precisión todo lo que le gustaba.

Sintió que primero introducía un dedo, y después dos, dentro de ella, acariciándola, embistiéndola, llevándola cada vez más cerca del abismo. Tuvo que quebrar el beso para respirar y apoyó la cabeza sin fuerza contra la puerta. De inmediato él se dio un festín con su cuello, besándolo, mordisqueándolo, lamiéndolo, mientras los dedos la enloquecían. «Una sola penetración más...».

El orgasmo la machacó y la recorrió con temblores que le arrancaron un grito... que se disolvió en un gemido lleno de placer a medida que los espasmos iban disminuyendo.

Jadeante, derretida, el corazón palpitándole como un martillo neumático, abrió los ojos. Adam la miraba, su expresión llena de excitación, su propia respiración alterada. Agradeció que la hubiera abrazado, ya que sus brazos eran lo único que la mantenían de pie.

—Vaya —logró decir—. Deberías venir con un cartel de advertencia: «Peligro. Pérdida de control más adelante» —aunque no le extrañaba en absoluto, ya que de esa manera la había afectado en

el pasado. Aunque habría imaginado superada esa reacción.

Al parecer, no.

—En ese caso, tú también necesitas un cartel de advertencia: «Peligro. Esta mujer te hará olvidar el tiempo, el lugar y tu propio nombre... solo con mirarte». Pero eso no es de extrañar, ya que siempre fue así contigo.

La sorpresa penetró en su neblina postorgásmica al oír esas palabras. Para ella, hacer el amor con Adam, el modo en que la hacía sentirse, había sido casi milagroso, y en su ingenuidad, había dado por hecho que para él era lo mismo, ya que siempre parecía satisfecho. Pero cuando le sugirió que se dieran un descanso, que empezaran a ver a otras personas, había sacado la conclusión de que evidentemente no había estado satisfecho.

Bajó las manos para acariciarle el trasero a través de la falda, desterrando todo pensamiento de su cabeza.

—Lo creas o no —comentó él con voz ronca—, no era mi intención saltar sobre ti nada más cruzar la puerta. Me gusta pensar que he adquirido algo más de delicadeza, pero, bueno, te encuentro... —se enderezó y la miró a los ojos—. Irresistible.

Mallory le rodeó el cuello con los brazos y lentamente frotó la pelvis contra el bulto duro de sus vaqueros.

—No quiero ser quisquillosa, pero creo que yo salté sobre ti.

—Mmmm. ¿Has oído muchas quejas?

—Ninguna. Pero fui yo quien recogió los beneficios.

Los dedos hábiles le subieron la falda y las manos se curvaron sobre su trasero desnudo, alzándola contra él.

—Yo no diría eso. Además, la noche aún es joven.

—Mmm. Ya puedo ver cuál va a ser mi mayor debilidad en mis tratos contigo.

—¿Cuál?

—Mis rodillas.

—Ah. Lo que representará mucha horizontalidad. Un problema

terrible, pero tienes toda mi simpatía.

—Horizontalidad... eso sí que suena a gran idea —bajó las manos y con gentileza le apartó las suyas para soltarse.

Entrelazaron los dedos. Mallory estaba a punto de conducirlo al dormitorio cuando de pronto las luces titilaron. Se detuvo y volvieron a parpadear de forma frenética antes de extinguirse y sumir la habitación en la oscuridad.

Capítulo 7

Sábado, 21:00 horas

—Eh, ¿quién apagó las luces? —preguntó Adam, lamentando el hecho de que el mejor paisaje de Nueva York hubiera desaparecido delante de sus narices en un abrir y cerrar de ojos. Se situó justo detrás de Mallory, con el torso pegado a su espalda. Apoyó las manos en su estómago liso y le acarició levemente la parte baja de los pechos con los dedos pulgares—. ¿Te has olvidado de pagar la factura de electricidad?

Ella se apoyó contra él y alzó los brazos para rodearle el cuello.

—No. Debe de haberse producido un corte. Probablemente vuelva en unos minutos. Mmm... —calló cuando los dedos se concentraron en estimularle los pezones.

—Mientras tanto, te tengo toda para mí en la oscuridad.

—Eso parece —meneó el trasero contra la erección tensa que provocó en él un gruñido bajo.

—Como sigas haciendo eso, no llegaremos al dormitorio —le advirtió, besándole la nuca.

Sintió el temblor delicado que experimentó Mallory y sonrió. Aún le gustaba ese punto en particular. Y aún respondía al estímulo de forma extraordinaria. Desinhibida. Fascinante. Excitante. Pero todo en ella lo había fascinado y cautivado, dentro y fuera de la cama. Su risa. Su espíritu. Su naturaleza amable y generosa.

—Puede que no nos movamos de este mismo punto —giró en sus brazos, apoyando una mano en su cabeza para besarla mientras bajaba la otra para acariciarlo a través de los vaqueros—. ¿Por casualidad no tendrás un preservativo a mano? —susurró jadeante

sobre sus labios.

—En la bolsa que traje —lo que significaba que su suministro se hallaba a menos de tres metros... que en ese momento parecían tres kilómetros.

—Mmmm. Has traído vino, una rosa y preservativos —murmuró—. Buena combinación.

Le acarició la espalda desnuda y repuso:

—Lo mismo pensé yo. Pero es posible que no trajera una cantidad suficiente.

—Oh. ¿Cuántos has traído?

—Solo una docena.

Ella rio entre dientes y volvió a pasarle por encima las yemas de los dedos, nublándole la visión.

—Eso debería bastarnos hasta la cena. Después, podemos recurrir a los míos. Por supuesto, si la electricidad no regresa pronto, la comida también va a ser imposible.

—No pasa nada. Me basta con lo que estamos cocinando aquí y ahora. La cocina... no es necesaria —introdujo las manos debajo de su falda y le encantó cómo contuvo el aliento con el gesto—. No importa lo que se cene, sino con quién lo cenas.

—Me alegra que pienses eso, aunque había planeado impresionarte con mi plato de pasta.

—Cariño, ya me has impresionado. Sería feliz con mantequilla de cacahuete. Créeme, el camino al corazón de un hombre no es por el estómago... sino más al sur.

—Comprendo —con un movimiento diestro de los dedos, le abrió el botón de los vaqueros y lo oyó suspirar aliviado—. Tarde o temprano, vas a tener hambre, Adam.

—Estoy hambriento ahora —se inclinó y le mordió levemente el cuello—. De hecho, estoy famélico.

Ella le bajó despacio la cremallera y él se quedó quieto en una agonía de anhelo por su contacto.

—Bueno... ¿prefieres el dormitorio o el sofá? —preguntó Mallory. Cerró los dedos en torno a la erección y apretó con suavidad. Después de varios segundos de acariciarlo, chasqueó con la lengua y dijo—: Pareces tener dificultad para tomar una decisión.

Él emitió la única palabra que pudo:

—¿Eh?

Sus ojos se habían acostumbrado a la oscuridad y vio la sonrisa sexy que curvaba los labios de ella mientras seguía volviéndolo loco con sus caricias.

—¿Dormitorio o sofá?

En respuesta, la alzó en brazos y la llevó hacia el largo sofá de la sala de estar, ya que era lo más cercano.

—Mi elección eres tú —le dio besos a lo largo de la mandíbula mientras cruzaba la estancia—. En el sofá. En la cama. No me importa. Mientras seas tú. Ahora.

—Ahora me parece perfecto.

La depositó en los cojines mullidos. Incluso a media luz, no se podía confundir la excitación que ardía en los ojos de ella. Miró los pechos con los pezones duros y la falda levantada que revelaba el triángulo de rizos oscuros en la unión de los muslos. La temperatura le subió unos cuantos grados y cerró las manos para evitar extenderlas hacia ella. A pesar de lo mucho que odiaba dejarla unos instantes, sabía que lo mejor era que se pusiera ya un preservativo. En cuanto volviera a tocarla, perdería el control.

Regresó con rapidez adonde había dejado la bolsa en el recibidor y hurgó en su interior entre las cosas que había comprado. Acababa de encontrar la caja de preservativos cuando llamaron a la puerta.

Durante varios segundos se quedó quieto, con respiración agitada, luego miró a Mallory, que parecía sobresaltada. Antes de que alguno pudiera decir algo, o incluso moverse, volvieron a llamar.

—¿Mallory? —preguntó una voz femenina apagada, acompañada de más llamadas insistentes—. ¿Estás ahí, querida? Soy yo, la señora

Trigali. Holaa-aaa. ¿Estás ahí? Oh, espero que sí. Por favor, responde.

Por el modo en que Mallory se incorporó de un salto y se afanó por ponerse el top, Adam sospechó que, por desgracia, no iba a necesitar un preservativo tan pronto como había creído.

Sus sospechas quedaron confirmadas cuando ella dijo:

—Estoy aquí, señora Trigali. Deme un minuto.

Acomodándose todavía el top, corrió junto a él y le susurró:

—Lo siento... Si fuera otra persona, no habría contestado — recogió las braguitas y la camisa de él del suelo—. Pero se trata de mi vecina; vive sola y suena preocupada.

Volvió a soltar la caja de preservativos en la bolsa, desgarrado entre el deseo de tirarse del pelo por la frustración y el inexplicable impulso de reír. Algunas cosas nunca cambiaban. La falta de sincronización que los había asolado en el pasado seguía activa en el presente.

—No pasa nada —con una mueca, se subió la cremallera, luego le quitó su camisa de las manos—. Pero voy a querer una invitación para otra ocasión.

—Yo también.

—De acuerdo, dos invitaciones.

Ella rio y se puso las braguitas.

—Holaaa —les llegó la voz apagada de la señora Trigali, seguida de más llamadas—. ¿Mallory?

—Voy —dijo en voz alta. Luego se puso de puntillas y le dio un beso en la boca—. De verdad lo siento. Te debo una.

—Hace un segundo dijiste dos.

—Vale, dos.

—¿Y qué me dices de tres?

—Lo pensaré. ¿Por qué no vas a la sala de estar y te sientas?

—Me temo que esa postura todavía no será cómoda. ¿Quieres que desaparezca?

—Solo si tú quieres —dijo, y se dirigió hacia la puerta—. Pero si te

quedas aquí, prepárate para una andanada de preguntas.

Antes de que pudiera contestar, abrió la puerta. Un haz poderoso de luz atravesó el recibidor y Adam tuvo que alzar la mano para protegerse.

—Aquí estás, querida —dijo la señora Trigali, cruzando el umbral, agitando la linterna hasta posar la luz sobre Mallory.

—¿Se encuentra bien, señora Trigali? —quiso saber Mallory.

—Oh, sí, estoy bien. Al no contestar a la primera, solo me preocupó que iniciaras la reunión sin mí.

—¿Reunión?

—De la comunidad. Sin duda que en semejantes circunstancias, celebraremos una.

—¿Circunstancias?

—El apagón, por supuesto —entró en el recibidor y el haz de la linterna cayó sobre Adam—. Ah, veo que no soy la primera en llegar.

Adam pensó que esas palabras sonaban ominosas.

La señora Trigali se acercó a él y lo miró por encima del borde de sus bifocales.

—Usted tiene que ser nuevo.

—De hecho, yo no vivo en este edificio. Soy un amigo de Mallory —extendió la mano—. Adam Clayton.

La señora Trigali entrecerró los ojos y lo estudió. Adam supuso que debió de pasar el examen de esa mujer menuda de cabello blanco, porque asintió y le estrechó la mano.

—Sophia Trigali.

—Encantado de conocerla, señora.

—¿Qué es eso de un apagón? —inquirió Mallory.

La señora Trigali enarcó las cejas y alternó su mirada entre ambos.

—¿Es que no has notado que se ha ido la luz?

—Lo hemos notado —repuso ella—, pero supusimos que se trataba solo de un corte momentáneo de electricidad.

—Nada de momentáneo —informó la señora Trigali—. ¿Quiere

sostenerme esto, joven? —le pidió a Adam, entregándole la linterna.

—Claro —guió la luz mientras la señora Trigali se quitaba un bolso de lona del hombro y lo dejaba en el suelo. Luego sacó de su interior un objeto negro del tamaño de un libro de tapa dura.

—Mi radio para emergencias —expuso la anciana, girando uno de los diales—. Funciona a baterías. «Siempre preparada», ése es mi lema.

—De hecho, creo que ése es el lema de los *boy scouts* —indicó Mallory con una sonrisa.

—Listos que son esos jovencitos.

Ajustó un poco el dial y la voz de un locutor atronó:

—... han confirmado que el corte eléctrico, que afecta a los estados de Nueva York y Nueva Jersey y parte de Connecticut, es resultado de un fallo en el sistema. Aún se desconoce la causa exacta del fallo, pero las autoridades no creen que se deba a algún atentado. Los funcionarios y técnicos trabajan para devolver la energía, pero todavía no han anunciado cuándo se podrá restablecer. Ahora continuaremos con nuestra programación habitual, pero los mantendremos frecuentemente informados sobre los progresos en la situación. Una vez más, las autoridades creen...

La señora Trigali quitó el sonido y movió la cabeza.

—Fallo del sistema. Puedes apostar que no van a arreglarlo en las próximas horas. Por eso supuse que celebraríamos una reunión de emergencia de la comunidad —con la cabeza indicó su bolso—. Traigo mi equipo de emergencia: velas, cerillas a prueba de agua, tres linternas más, baterías adicionales, una caja de galletas, un poco de jamón y de queso provolone, un bote de aceitunas, una botella de Chianti y unas cartas por si a alguien le apetece jugar a la canasta.

Justo en ese momento oyeron una voz masculina.

—¿Hay alguien en casa? No empecéis la reunión sin mí.

—Oh, es ese pesado de Ray Finney —musitó la señora Trigali, haciendo un mohín de evidente desagrado—. Debí imaginar que se

presentaría. Como crea que va a probar mi jamón y mi provolone, está equivocado.

Mallory apretó los labios para ocultar su diversión y fue hacia la puerta. Desde el primer día en que el señor Finney se había mudado a la casa pequeña junto a la de la señora Trigali, se habían irritado mutuamente. Ella se quejaba de que hacía mucho ruido con sus herramientas, y él la consideraba una entrometida.

Al abrir la puerta, aparte de recibir una oleada de calor, vio que el señor Finney llevaba una linterna y un bolso similar al de la señora Trigali. Como siempre, su mata de pelo blanco estaba bien peinada y sobre la nariz apoyaba unas bifocales de carey. Llevaba su atuendo habitual veraniego de camisa floreada de manga corta, unas bermudas arrugadas color caqui y unos náuticos viejos.

—La reunión aún no ha empezado, ¿verdad? —entró en el recibidor con una sonrisa. Antes de que Mallory pudiera contestar, vio a la señora Trigali y se quedó quieto, al tiempo que la sonrisa le fallaba. Movié la cabeza en asentimiento—. Buenas noches, Sophia.

Ella alzó el mentón.

—Ray.

Mallory le presentó a Adam y los dos hombres se estrecharon las manos.

—¿Qué tienes en ese bolso, Ray? —inquirió la señora Trigali, observando el bolso de loneta como si contuviera serpientes.

—Mis suministros de emergencia. Una radio, linternas y baterías, velas, cerillas, una botella de whisky de malta, una baraja y fichas de póquer, galletitas de chocolate y una lata de espaguetis con albóndigas, además de un abridor de latas.

—¿Espaguetis enlatados con albóndigas? —frunció la nariz con evidente disgusto—. ¿Qué clase de hombre come espaguetis con albóndigas enlatados?

—El que no sabe cocinar nada que no pueda colocar en una parrilla —centró su atención en Mallory—. Cari y Tina Webber están

fuera de la ciudad, de modo que no vendrán a la reunión. No estoy seguro de Wanda Newton.

—Wanda ha ido a Nueva Jersey este fin de semana a visitar a su hijo —expuso la señora Trigali.

—Así que solo estamos nosotros —anunciaron el señor Finney y ella al unísono.

Se volvieron y se miraron con ojos centelleantes.

Mallory intervino con celeridad para evitar cualquier discusión.

—Señora Trigali, yo guardo mis suministros de emergencia en la cocina. ¿Cree que podría acompañarme con la linterna para ayudarme a encontrarlos?

—Por supuesto, querida —apuntó el haz de luz hacia el arco que conducía a la cocina y avanzó.

—Enseguida volvemos —murmuró Mallory, dedicándole a Adam una sonrisa fugaz. Para su alivio, le respondió con un guiño y comprobó que el buen humor de él seguía intacto.

En cuanto entró en la cocina, la señora Trigali la tomó de la mano y la llevó al rincón más alejado. Hasta ellas llegó el murmullo de voces masculinas, indicándoles que Adam y el señor Finney charlaban.

—Muy bien, cuéntamelo todo —susurró la mujer mayor.

—¿Todo sobre qué? —replicó Mallory también con un susurro.

La señora Trigali miró hacia el techo.

—Sobre tu nuevo amigo. Puedes empezar diciéndome qué le pasó al otro, a Greg.

—Ya no estamos juntos.

La señora Trigali asintió.

—Aja. Sabía que algo no iba bien ahí.

—¿Sí?

—Por supuesto. Saliste con él durante meses, pero seguías sin estar enamorada. Si después de tanto tiempo no te enamoras, es que jamás sucederá.

—¿Y por qué no me lo dijo antes? —comentó ella, bromeando a medias.

—No me lo preguntaste. Además, es el tipo de cosas que una mujer ha de descubrir por sí misma. Y ahora dime, ¿cuándo y dónde conociste a este Adam?

Mallory contuvo una sonrisa. Había sabido que la pregunta surgiría. La señora Trigali era simpática y maternal. Su marido había fallecido hacía cinco años después de cuarenta años de matrimonio y sabía que a veces sufría de soledad. Al menos una vez al mes cenaban juntas para intercambiar historias y recetas.

—Adam y yo nos conocemos desde hace años, incluso salimos brevemente, pero perdimos el contacto hace cinco años. Nos encontramos por casualidad la semana pasada y...

—Y aquí está. Bien. Me gusta tu Adam. Es un joven agradable y educado, se nota.

—Solo somos amigos.

—Quizá de momento.

—Llevamos... vidas muy diferentes. Ni siquiera planeo que volvamos a vernos después de esta noche —obvió con firmeza el cosquilleo perturbador que sus palabras provocaron en su estómago.

La señora Trigali la estudió por encima del borde de sus gafas durante largos segundos y dijo:

—Puede que eso sea lo que tú has planeado, querida, pero no creo que sea lo que él tiene en mente.

—¿A qué se refiere?

—He visto cómo te miraba —se acercó y bajó la voz—. Está muy interesado.

Sí... muy interesado en retomar la relación donde la habían dejado. Igual que ella. Pero no había nada más. Desde luego, no iba a compartir algo tan personal con la señora Trigali.

—Pasado mañana se marcha a un viaje largo por Europa, y después solo Dios sabe adónde irá y por cuánto tiempo. Luego hay

muchas posibilidades de que se vaya de Nueva York. Solo hemos quedado para vernos esta noche —repitió con la firmeza que se lo permitía el susurro—. Y eso es todo.

La señora Trigali movió varias veces la mandíbula, tal como hacía cuando su cerebro funcionaba a toda máquina. Luego asintió con decisión y dijo:

—Bueno, si solo tendréis esta noche, entonces no puedes perder el tiempo con una reunión de la comunidad. En cuanto hayamos recogido tus suministros de emergencia, me llevaré a Ray Finney de aquí para que podáis disfrutar de vuestra velada juntos. Te dejaré mi jamón, mi provolone y mi Chianti —agitó el dedo—. Recuerda mis palabras... el camino al corazón de un hombre pasa por su estómago.

Mallory apretó los labios para contener la carcajada que quería soltar. Nunca le contaría a la señora Trigali lo que Adam había opinado acerca de esa teoría.

—Gracias, pero tengo abundancia de vino y de comida aquí —dijo.

—¿Qué clase de comida? Espero que no estés hablando de espaguetis enlatados —experimentó un escalofrío.

—Nada enlatado —le prometió con una sonrisa—. Preparé un pisco labis.

—Ah. Excelente elección. Es ligero y ofrece una amplia selección de cosas que picar.

Dedicaron los siguientes minutos a buscar velas, media docena de las cuales Mallory encendió, junto con otras más grandes que sumieron la cocina en un acogedor resplandor dorado que se proyectó hacia el resto de la casa. Después de poner pilas nuevas en dos linternas, regresaron al recibidor, donde Adam y el señor Finney se hallaban enfrascados en una conversación.

—Ahora que estoy jubilado, tengo tiempo para dedicarme a mis aficiones —decía el señor Finney—. Cuando quiera, me encantará mostrarle el taller que he montado en mi garaje.

—Gracias —repuso Adam con una sonrisa—. Siempre he tenido debilidad por las herramientas.

—Típico de hombres —bromeó Mallory mientras le entregaba una de las linternas—. Les gusta todo lo que hace ruido.

Sus dedos se rozaron y sintió una descarga por su brazo. Ridículo. O quizá la descarga la provocó el modo en que él la miraba.

—Bueno, ya podrán hablar de eso en cualquier otro momento, ahora es hora de marcharnos —le dijo la señora Trigali al señor Finney.

Éste frunció el ceño, desconcertado.

—¿Irnos?

—La reunión ha sido cancelada.

—¿Qué quieres decir con cancelada? Hay temas importantes que deben tratarse...

—Perfecto —concedió ella mientras recogía sus cosas—. No ha sido cancelada. Pero sí trasladada de sitio. A mi casa —dejó la radio en la pequeña mesa que había junto a la puerta—. Te la dejaré para que puedas estar al tanto de las noticias sobre el apagón.

—¿Y usted? —preguntó Mallory.

—Tengo otra en casa —miró a Ray—. Vamos —fue hacia la puerta con el haz de luz oscilando delante de ella.

La mirada confundida del señor Finney pasó de la señora Trigali a Adam, de la radio a Mallory.

—¿No vas a asistir a la reunión? —le preguntó a ésta.

—No, no viene —repuso la señora Trigali con voz seca desde el umbral de la puerta.

—Pero ¿por qué...? —el señor Finney calló y volvió a mirar a Adam y a Mallory. La comprensión se asomó a sus ojos, seguido de un destello de diversión—. Entiendo.

—Ya era hora —afirmó la mujer mayor—. Como aquí me hago vieja, pongámonos en marcha. Supongo que no sabrás jugar a la canasta, ¿verdad?

El señor Finney la miró.

—Supongo que tú no sabrás jugar al póquer, ¿verdad?

La señora Trigali musitó algo inaudible en italiano. Todos fueron a la puerta, donde Adam estrechó las manos del señor Finney y de la señora Trigali, mientras Mallory los despedía con unos abrazos.

—Tengan cuidado —les dijo desde la puerta abierta, observándolos bajar por el pequeño camino de cemento que llevaba hasta la acera. Con gesto galante, el señor Finney tomó el brazo de la señora Trigali.

—Puedo caminar sola, viejo cascarrabias —le dijo ella.

Pero Mallory notó divertida que no apartaba el brazo. Riendo entre dientes, cerró y echó el cerrojo. Al volverse, descubrió que tenía a Adam justo delante de ella, perfilado por el pálido resplandor dorado procedente de la cocina, donde ardían las velas.

Antes siquiera de que pudiera respirar, él se inclinó y la alzó en brazos.

—Y ahora... —murmuró sobre sus labios—. ¿Por dónde íbamos?

Capítulo 8

Sábado, 22:00 horas

Adam la llevó con celeridad hacia el pasillo en penumbra, que dio por hecho que conducía a los dormitorios.

—¿Dónde está tu cuarto? —preguntó.

—Por ahí —encendió la linterna y señaló con el haz—. La última puerta a la derecha —le mordisqueó el lado del cuello y él incrementó el paso—. ¿Has abandonado el sofá?

—Consideraré mejor alejarnos lo más posible de la puerta. Apenas he sido capaz de sobrevivir a una interrupción, e incluso tus vecinos me han caído bien a pesar de lo inoportuno de sus visitas, pero no es un escenario que quiera repetir.

—Bien pensado. ¿Sabes?, sin el aire acondicionado, no va a tardar mucho hasta que aquí haga mucho calor.

—Por lo que a mí concierne, ya siento el calor.

—Sí. Creo que lo mejor sería que nos quitáramos la ropa.

—No podría estar más de acuerdo.

—¿Qué te parece si el primero en desnudarse gana un premio? —sugirió ella, introduciendo los dedos en la «V» de la camisa para tocarle el pecho.

—Por mí, perfecto... y más cuando no habrá perdedor en esta competición —nada más terminar de hablar, oyó un leve sonido musical. Se detuvo y escuchó unos momentos—. ¿Has dejado la radio encendida?

—No. Es mi móvil —se mordió el labio inferior—. Debería...

—Que ni se te pase por la cabeza —reemprendió la marcha hacia el dormitorio, pero antes de haber dado dos pasos, oyó otro sonido.

Se detuvo otra vez y gimió.

—¿Qué es eso? —preguntó Mallory.

—Mi móvil.

Ella enterró la cara en su cuello y emitió un sonido que pareció una carcajada apagada.

—Probablemente deberíamos contestar.

—Tienes que estar bromeando. Quienquiera que sea, puede esperar —no se molestó en añadir «yo no puedo», ya que parecía algo obvio. Reanudó la marcha.

—Nos volverán a llamar.

—Para eso están los buzones de voz.

—Podría ser mi madre —dijo ella—. Preocupada por el apagón. Si no contesto, quizá decida presentarse aquí.

Eso lo detuvo como si hubiera chocado contra un muro.

—¿Dónde está tu teléfono?

—En la encimera de la cocina.

—El mío en el bolso en el recibidor —musitó una letanía de maldiciones, dio media vuelta y regresó con rapidez por el pasillo. Un sonido peculiar vibró contra su cuello—. No te estarás riendo, ¿verdad?

—Tienes que reconocer que es gracioso.

—¿Sí? Quizá lo sea luego. Ahora no lo es.

—Creo que podemos olvidar los sonidos y llamar a quien sea dentro de diez minutos.

—¿Diez minutos? ¿Diez minutos? Cariño, si piensas que solo estarás diez minutos en ese dormitorio... —él movió la cabeza y la depositó con suavidad en el suelo—. Ni lo sueñes. Por supuesto, primero tengo que conseguir que lleguemos, algo que se está convirtiendo en una tarea cada vez más complicada.

Adam fue al recibidor, recogió el bolso y regresó a la cocina. Se acomodó en el rincón más alejado, sacó el móvil y notó que ella ya había contestado su llamada. Miró la lista de llamadas perdidas y

descubrió que había sido Nick el último en llamarlo. La frustración se vio amortiguada por un toque de culpabilidad. Un apagón no podía ser una situación agradable con un bebé recién nacido.

Apoyó las caderas contra la encimera y vio a Mallory hacer lo mismo en la otra pared. Marcó el número de Nick, pero recibió señal de ocupado. Entonces, en un intento por impedir otra interrupción en caso de que se enterara del apagón en las noticias, marcó el número de su madre en Carolina del Sur. Saltó el contestador automático y le dejó un breve mensaje asegurándole que se encontraba bien y que volvería a llamarla al día siguiente. Después marcó otra vez el número de Nick y logró conectar. Mientras aguardaba que su amigo contestara, vio que Mallory había finalizado la llamada y dejado el teléfono en la encimera. Le lanzó una mirada encendida que recordaba bien y que lo inflamó. Luego caminó lentamente hacia él con andar sinuoso y eso le disparó la temperatura corporal.

La voz de Nick sonó en su oído.

—Hola.

Con la vista clavada en Mallory, dijo:

—Hola, Nick. ¿Todo va bien?

—Salvo por la falta de luz y de electricidad, sí, estamos bien. De hecho, Caroline está dormida y Annie ha encendido unas cuantas velas. Llamaba para ver cómo te encontrabas tú. ¿Dónde estás?

Todo pensamiento de contestar desapareció de su cabeza cuando Mallory se pegó a él, se puso de puntillas y le dio un mordisco suave el cuello.

—Diablos... —exhaló en voz baja.

—Sí, hace un calor de todos los demonios. Pero ¿dónde estás? ¿Sigues en el estudio?

—No —logró pronunciar esa palabra antes de apretar los dientes cuando ella le metió las manos por debajo de la camisa. Quiso tocarla con la mano libre, pero Mallory sonrió y movió la cabeza.

—Termina tu llamada —murmuró, deslizando las uñas por sus abdominales—. No te preocupes por mí.

Claro.

—Maldición, no estarás atrapado en la autopista, ¿verdad? —inquirió Nick—. Según los últimos partes radiofónicos, el tráfico se está convirtiendo en una pesadilla.

Ella le bajó la cremallera e introdujo las manos en el interior de sus calzoncillos.

—Es... estoy aquí en la isla —logró responder—. Eh... sano y salvo.

Mallory liberó su erección y lentamente se puso de rodillas delante de él.

—Bien. ¿Quieres venir a casa a pasar la noche?

Bajó la vista y la observó mover lentamente en círculos la lengua sobre la cabeza de su pene. De su garganta salió un sonido gutural.

—Adam, amigo, ¿estás bien? Apenas puedo oírte. Malditos teléfonos móviles.

—Estoy... bien.

Lo introdujo en el calor satinado de su boca y Adam echó la cabeza atrás y cerró los ojos.

—He de irme, Nick.

—¿Vas a venir?

—¿Eh?

—¿Vas a venir a casa?

—No. Gracias —repuso con respiración entrecortada—. Ya tengo un... mmm... sitio donde quedarme.

—De acuerdo. Hablamos mañana.

—Mañana. Sí. Adiós.

Cerró el aparato y lo soltó. Antes incluso de que cayera al suelo, ya estaba metiendo las manos en el cabello de Mallory. Irguió la cabeza y la observó introducirse aún más en la boca. Todas sus terminales nerviosas se tensaron y se encendieron con la atracción

erótica de la boca de ella, del contacto de la lengua. Involuntariamente flexionó los músculos y buscó el calor cálido y húmedo.

El sudor rompió en su frente y apretó la mandíbula para frenar el creciente deseo de llegar al orgasmo. Cuando ya no pudo aguantar más, la agarró por los hombros y la instó a ponerse de pie. Después de abrocharse el botón de los vaqueros para evitar que se le cayeran, la alzó en brazos y se dirigió al dormitorio. De pasada, ella recogió la linterna de la encimera.

—No juegas limpio —dijo él.

—Eh, todo vale en el amor.

—Ya verás cuando llegue mi turno.

—Mmm. ¿Eso es una amenaza... o una promesa?

—Las dos cosas.

—Con suerte, no tendré que esperar mucho. Pero no sé... ya hemos venido por este pasillo.

—Y nada nos detendrá esta vez. Apagué mi maldito móvil.

Ella le pasó los dedos por el pelo.

—Es evidente que estamos en la misma onda. Yo hice lo mismo. Y ya he hablado con mi madre y mi mejor amiga, para tranquilizarlas.

—Bien —entró en el dormitorio y luego la dejó al pie de la cama—. Y ahora, si no recuerdo mal, antes de que nos interrumpieran de forma tan grosera... habíamos acordado que deberíamos quitarnos la ropa.

—Lo recuerdo —los ojos le brillaron a la luz tenue—. Preparados, listos, ya.

Adam no creyó que jamás hubiera existido un hombre más rápido que él en toda la historia.

—He ganado —dijo, mirando la falda y las braguitas que ella solo había conseguido bajarse hasta las rodillas.

Soltó las prendas y se deslizaron al suelo, dejándola desnuda. Despacio lo recorrió con la mirada y se demoró en la erección.

La imagen erótica de Mallory de rodillas e introduciéndoselo en la boca, lo machacó. Casi pudo sentir sus labios e involuntariamente el pene se agitó en respuesta.

Cuando los ojos se encontraron, los de ella ardían con una intensidad pareja a la suya.

—O bien has hecho trampas o bien has establecido alguna especie de récord mundial —comentó ella con voz ronca.

—Récord mundial —la agarró por las caderas y se acercó hasta que su erección le rozó el estómago—. Además, ¿cómo iba a poder hacer trampas? Es evidente que no tengo nada guardado en la manga. ¿Acaso insinúas que no gané de forma justa?

Ella extendió las manos sobre su torso y despacio se frotó contra él. La poca sangre que le quedaba en el cerebro descendió a velocidad de vértigo a su entrepierna.

—De hecho, pensaba que no era realmente justo para ti, porque es evidente que me voy a beneficiar de tu victoria.

—No pasa nada. No me importa compartir.

—Sin embargo, dispusiste de una ventaja injusta. Yo ya te había bajado la cremallera de los vaqueros...

—Por lo que te doy las gracias...

—... y tuve que dejar la linterna —el haz de luz se elevaba desde la mesilla hacia el techo—. Eso me costó varios segundos cruciales.

—Podrías, simplemente, haberla tirado al suelo.

—Cierto, pero pensaba en ti —enarcó una ceja—. ¿Aún te gusta hacer el amor con la luz encendida?

—Me halaga que lo recuerdes.

—Oh, recuerdo muchas cosas. Y estoy impaciente por averiguar si todavía te gustan.

—He de decirte que existen pocas probabilidades de que algo que hagas tú no me guste. Siéntete libre de hacer lo que consideres que debe hacerse.

Deslizó la yema de un dedo sobre la henchida cabeza del pene.

—Es evidente que te alegra mucho estar aquí.

—No tienes ni idea.

Se inclinó para darle un beso, pero Mallory movió la cabeza y retrocedió.

—Oh, no. Ya te has divertido conmigo.

—Y tú conmigo en la cocina.

—En realidad, no. Eso fue para calentar el ambiente.

Adam soltó una risa breve.

—Como si no hubiera estado a punto de explotar desde el momento en que te vi.

—Entonces, para mantenerte en atmósfera.

—Créeme, no lo discutía. Pero misión cumplida.

Ella lo volvió a acariciar y él cerró los ojos.

—Eso veo —musitó—. Pero sigue siendo mi turno.

—Bueno, si insistes... No deseo discutir con una mujer que es evidente que ha tomado una decisión —la rodeó con los brazos y la pegó a él, y luego se dejó caer sobre el colchón.

—Buena respuesta —lo hizo retroceder hasta que quedó con la cabeza apoyada sobre la hilera doble de almohadas. Alargó un brazo y abrió el cajón de la mesilla, de donde retiró un preservativo que soltó sobre la cama al alcance de ambos. Luego le abrió las piernas y se movió hasta quedar de rodillas entre sus muslos. Le acarició la parte interior—. Relájate y disfruta.

—¿Relajarme? —suspiró—. No puedes hablar... —las palabras se convirtieron en un gemido cuando ella metió la mano entre sus muslos y lo sopesó —en serio —concluyó.

—Oh, hablo en serio. Estoy en deuda contigo por el recibimiento que me diste en el vestíbulo. Y yo siempre pago mis deudas.

—Es bueno saberlo —logró decir Adam—. Pero según recuerdo, acordamos que me debías dos. Posiblemente... ahhhhh... tres.

—Mmm, eso es cierto. Y todavía te debo tu recompensa por desnudarte primero. Parece que va a ser una noche larga.

—Es una pena. De verdad... —contuvo el aliento cuando una mano se cerró sobre él y lo apretó con suavidad mientras la otra lo recorría con parsimonia. Su capacidad para formar una frase coherente se desvaneció, de modo que se dedicó a observarla tocarlo, excitarlo y dejar que viera lo profundamente que lo afectaba.

Apretó los dientes ante el intenso placer y soportó la dulce tortura de la estimulación a que lo sometía tocándole los testículos, manipulándole el pene, apretándolo hasta llevarlo al borde del éxtasis. Entonces tuvo que aferrarle las muñecas para detener esas manos exploradoras.

—No puedo soportar más —manifestó con voz llena de necesidad.

Notó el destello de satisfacción que brilló en los ojos de Mallory, pero le interesó más ver que alargaba la mano hacia el condón. Apenas logró contener la necesidad que lo carcomía mientras se lo enfundaba. En cuanto terminó, se montó a horcajadas sobre él y lentamente se hundió en su erección.

Esa penetración lenta le hizo cerrar los ojos y le arrancó un gemido desde lo más hondo de su ser. Durante varios segundos, ella se quedó quieta y Adam absorbió la sensación increíble de ese calor compacto en torno a él.

Pero fue el único respiro que le concedió. Se puso a moverse y él la agarró de las caderas y embistió hacia arriba, el control sufriendo un creciente y veloz deterioro. Una y otra vez al ritmo de sus movimientos, más fuerte y profundo con cada embate.

Un gemido prolongado y femenino llenó sus oídos y la vio echar la cabeza atrás. En el instante en que sintió la primera oleada del orgasmo tensándose a su alrededor, se dejó llevar. Su liberación lo sacudió y lo impulsó a soltar un sonido gutural.

Se derrumbó encima de él con la cara pegada a su cuello.

Cuando la respiración se le calmó, alzó la cabeza y sus ojos se encontraron. Adam experimentó una sensación rara, como de querer

entregarle todo su corazón... una reacción sin precedentes para él después del sexo.

Por lo general, después del sexo tampoco le costaba entablar una conversación intrascendente. Pero mirándola a los ojos, nada de lo que apareció en su mente pudo ser clasificado como «intrascendente». No, no había nada ligero en «Dios, te he echado de menos». O en «¿Cómo diablos pude dejarte escapar?» O en «nadie me ha hecho sentir así desde... ti».

Ella esbozó una sonrisa a medias.

—Como en los viejos tiempos, ¿eh?

Adam se sacudió mentalmente, pero siguió perturbado por sus pensamientos. Reflejó la media sonrisa y dijo:

—Pensaba lo mismo.

—Eso se llama «estar en la misma onda».

—Sí. Salvo que yo pensaba que a pesar de lo que cuesta creerlo, ahora es mejor.

—Y otra vez está eso de la onda. O quizá los dos seamos realmente listos.

—Lo somos. Siempre me gustó que fueras tan lista.

Ella movió la cabeza.

—No es así. No siempre.

—¿Sí? ¿Cuándo?

—Cuando te daba palizas al *Scrabble*.

—Me ganabas porque yo estaba más interesado en ti que en el juego. De modo que en vez de perder el tiempo tratando de pensar en una palabra que encajara con la máxima puntuación, ponía algo como «ello», o «dos» o «la» para que el juego avanzara.

Ni la luz tenue pudo ocultar la expresión de incredulidad de ella. Tuvo que apretar los labios para no soltar una carcajada.

—¿Hablas en serio?

—Diablos, sí. ¿Qué...? ¿Es que creías que no conocía más palabras que de tres letras?

—Bueno... la verdad es que pensé que tenías una mala ortografía.

—No. Solo quería que el juego se acabara lo más pronto posible.

Ella entrecerró los ojos.

—También solía ganarte al *Monopoly*.

—Cierto. Porque solía hacer negocios que eran muy ventajosos... para ti. En un abrir y cerrar de ojos quedaba en bancarrota, tú ganabas la partida y te quitabas la ropa. Lo cual, en mi opinión, me convertía en el ganador.

Ella movió la cabeza.

—Increíble. No puedo creer que me engañaras de esa manera.

—Yo no puedo creer que me consideraras lo bastante estúpido como para venderte media docena de propiedades por unos pocos cientos de dólares.

Mallory alzó el mentón.

—Mmm. Bueno, si de verdad hubieras sido listo, podrías haber sugerido una forma alternativa de que me quitara la ropa con más rapidez.

—¿Como qué?

—*Strip Monopoly*.

Sonrió al pensar en tratos inmobiliarios con la mitad de la ropa puesta.

—Suena divertido. No tendrás el juego, ¿verdad?

—De hecho, sí. Y también el *Scrabble*. Quizá después de la cena pueda interesarte en una pequeña competición.

—Cariño, me encantará jugar contigo a cualquier juego que involucre quitarse ropa. De hecho, recordé lo mucho que te gustaban los juegos y traje uno conmigo.

—¿Cuál?

—Es una sorpresa. Para más tarde. Por ahora, ¿Qué te parece si abro la botella de vino que he traído?

—Estupendo. ¿Tienes hambre?

Se incorporó y le mordió un poco el cuello.

—Estoy famélico.

Le dio un beso rápido en los labios y después de rodar por encima de él, se levantó.

—El cuarto de baño está justo enfrente del pasillo —le dijo, entregándole una linterna—. No te golpees un pie, ni ninguna otra cosa. Te veré en la cocina.

Cinco minutos más tarde, enfundado en sus calzoncillos, Adam entró en la cocina iluminada por velas con la rosa y la radio de la señora Trigali, que había recogido del recibidor. Mallory, con una corta bata rosa de satén, se hallaba delante del fregadero mirando por la ventana.

Después de dejar la flor y la radio en la encimera, se situó detrás de ella.

—¿Qué pasa? —le rodeó la cintura con los brazos y le besó el cuello.

—Afuera hay una oscuridad completa.

—Se llama «noche».

—No, quiero decir que no hay luces... ni farolas ni iluminación en las casas de los vecinos, nada.

—Oh. Eso se llama apagón —murmuró, apartándole el pelo de la nuca para besársela. Y absorber el temblor que la recorrió—. Tú, yo, solos en la oscuridad... la cita perfecta. De haberlo sabido, habría traído un par de gafas de visión nocturna.

Se volvió en sus brazos y le lanzó una mirada escéptica.

—¿Gafas de visión nocturna?

—Para verte mejor, querida —afirmó con su mejor voz de lobo malo.

Ella rio, luego se separó y recogió el sacacorchos de la encimera.

—Mientras abres el vino, encenderé la radio para ver si hay alguna noticia sobre el apagón.

Se concentró en la botella que había comprado mientras Mallory buscaba en el dial. Segundos más tarde, la voz de un locutor llenó la

cocina.

—... los técnicos trabajan en la tarea de restablecer la energía, pero aún no han anunciado cuándo podría volver la electricidad. La policía pide que la gente evite conducir, ya que los semáforos no funcionan y eso produce condiciones de elevado peligro.

—Supongo que eso significa que voy a tener que quedarme un rato —dijo Adam, sirviendo el vino blanco en las copas que ella le entregó.

—Supongo. Entonces será mejor que comamos ya... para mantener la fuerza.

Tomó una aceituna y se la ofreció. Él le sujetó la muñeca y se introdujo la aceituna y los dedos en la boca. Después de retirarlos lentamente, le dedicó un guiño.

—Delicioso.

Mientras masticaba, miró alrededor. La cocina era acogedora, con brillantes armarios blancos en los que resaltaban antiguos tiradores de latón y una encimera verde de granito. Daba a un comedor diario con una mesa de azulejos blancos y cuatro sillas de roble ante un enorme ventanal que mostraba lo que creyó que sería un pequeño pero cuidado patio trasero.

—Me gusta tu casa.

—Gracias. A mí me encanta esta zona. Tiene una combinación estupenda de familias jóvenes y casas vacías. Las casas son pequeñas, pero era lo único que podía permitirme el lujo de comprar... eso y el hecho de que ésta se hallaba cerrada y necesitaba una rehabilitación completa.

—Supongo que ayuda que estés en el negocio.

—Desde luego. De lo contrario, jamás me habría enterado de su existencia. A pesar de los arreglos que había que hacerle, con la constante subida del mercado, era una buena inversión. De hecho, una vez rehabilitada, su valor ha subido considerablemente. Yo misma la pinté.

Miró las paredes de amarillo sol y rebordes blancos, y luego asintió.

—Buen trabajo.

Trazando círculos lentos alrededor de la rodilla de Mallory, volvió a mirar el entorno y comprendió que no se trataba simplemente de una casa, sino que era un hogar, con pequeños toques personales por doquier, desde las plantas que adornaban los alféizares hasta las bonitas cortinas y los marcos de roble barnizado llenos de fotos de familia.

—Eres feliz aquí —comentó—. Me alegro.

—Soy más que feliz. Estoy... satisfecha. Comprar esta casa, asentarme en un sitio, me ha brindado la sensación de estabilidad que siempre he querido. De todos los lugares en los que viví mientras crecía, Long Island fue el que más me gustó. Fue el sitio donde viví en una casa por primera vez, aunque fuera alquilada. Fue el primer sitio que alguna vez sentí como... un hogar —sonrió y se llevó otra aceituna a la boca—. Y ahora al fin tengo el hogar, la casa que siempre he querido. No más apartamentos, no más residencias temporales. Diablos, hasta me gusta cortar mi propio césped.

Tomó un colín de pan envuelto en jamón y pensó en la amigable camaradería que compartía con la señora Trigali y el señor Finney, y experimentó una añoranza extraña.

—Es agradable que tengas una relación tan estrecha con tus vecinos. Salvo para intercambiar un saludo esporádico, yo apenas veo a los míos, y, por supuesto, menos aún los conozco.

—Quizá eso cambie ahora que ya no vas a tener un horario loco de trabajo.

—Quizá —pero lo dudaba.

Había algo en un apartamento que, simplemente, no tenía la cualidad hogareña de una casa. Dado el pasado de Mallory, podía entender por qué ella había anhelado tener una casa propia. De pronto se le ocurrió que, así como su apartamento estaba donde

vivía, no era un hogar. No como esa casa pequeña, acogedora y rehabilitada.

Frunció el ceño y se dijo que estaba perdiendo el juicio. Su apartamento era perfecto. Sí, era un poco minimalista en cuanto a decoración se refería, pero tenía lo esencial que necesitaba un soltero... cerveza en la nevera, restaurantes con comida para llevar a distancia de paseo, un sofá cómodo, un televisor de pantalla grande y una cama enorme. Además, ¿qué importaba? Se iba a trasladar en seis meses, cuando se le acabara el contrato.

Decidió cambiar la conversación de los temas domésticos.

—¿Qué le dijiste a la señora Trigali para que trasladara el lugar de la reunión? —preguntó.

—Cuando le dije que tú y yo nos veríamos solo esta noche, sumo dos más dos y se dio cuenta de que cuatro conformaban una multitud.

Solo esta noche...

Esas palabras reverberaron en su cabeza, y a pesar del hecho de que eran absolutamente ciertas, le dejaron una sensación de desasosiego que no le gustó. Experimentó la impaciencia de volver a tenerla.

Se puso de pie, le tomó la mano y tiró con suavidad.

—¿Adónde vas? —preguntó, bajando del taburete.

Le soltó el cinturón de la bata e introdujo las manos dentro de la tela separada para acariciarle las curvas tentadoras de la cintura.

—Tomemos una ducha —se inclinó para besarle la garganta fragante—. Quiero hacer el amor en la ducha. Comprobar si es tan estupendo como lo recuerdo.

—Suena magnífico. Pero con el apagón, puede que el agua no se mantenga caliente mucho tiempo.

—¿Tienes problemas con uno rápido y caliente?

—Es la pregunta más retórica que he oído en la vida.

Capítulo 9

Sábado, 23:30 horas

Mallory se hallaba debajo del chorro de agua templada, con las palmas de las manos apoyadas sobre los azulejos verdes y la cabeza levemente inclinada entre los brazos mientras disfrutaba de las sensaciones increíbles que vibraban por su cuerpo, cortesía de las manos enjabonadas de Adam.

Alzó la cabeza y lo miró por encima del hombro.

—Para un chico que afirmaba querer uno rápido, te estás tomando tu maravilloso tiempo.

—Yo jamás dije que quería uno rápido... esta vez. Solo que estaba dispuesto a ello si el agua se enfriaba —adelantó las manos para deslizarse por sus pechos y provocarle los pezones—. Prefiero tomarme mi tiempo —bajó aún más una mano y ella le abrió las piernas.

—Por mí, perfecto.

Los labios vagaron por la parte de atrás de su cuello y por el hombro, despertando otra vez recuerdos de duchas juntos. Mientras una mano seguía excitándole los pechos, los dedos de la otra se introdujeron entre sus piernas para acariciarla con lentitud enloquecedora.

Cerró los ojos y sus sentidos se tambalearon con la mezcla del beso que le daba en la nuca y la excitación pausada e implacable que los dedos le provocaban en el sexo.

Su mente se quedó en blanco cuando curvó la mano sobre su trasero y luego la avanzó por sus pliegues empapados. Desde atrás la penetró con dos dedos, mientras continuaba con los de la otra mano

con los enloquecedores círculos sobre la piel inflamada y excitada. Empujándose hacia atrás, onduló las caderas en busca de más y él le satisfizo tocándole los puntos precisos de las formas precisa.

Durante varios segundos permaneció al borde del precipicio, luego el orgasmo palpitó por todo su cuerpo, arrancándole un gemido largo y ronco que disminuyó junto con los espasmos hasta convertirse en un ronroneo de placer.

—Quédate ahí, tal como estás —susurró Adam en su oído.

Como si fuera a ir a alguna parte. Como si ella fuera capaz de hacer otra cosa que tratar de recuperar el aliento. Se apartó de ella, forzándola a bloquear las rodillas para no caer. Un sonido de celofán al romperse la despertó lo suficiente como para mirar por encima del hombro. Adam, mojado y excitado, con remolinos de agua cayéndole por el cuerpo musculoso, se ponía un preservativo. Mallory alzó la vista y el fuego que ardía en sus ojos le provocó oleadas de calor por la espalda. Sin dejar de mirarla, le aferró las caderas y la penetró por detrás con una larga y profunda embestida.

Durante unos instantes eternos, se quedaron absolutamente quietos y ella absorbió las sensaciones carnales que rebotaban por su cuerpo. Luego Adam comenzó a moverse contra su cuerpo, penetrándola más y más. Cerró los ojos y emitió un largo «oooohhh» de placer. En un momento, él se retiró casi por completo de su cuerpo para penetrarla luego con un embate hondo. La rodeó con una mano y descendió por su estómago hasta que con dedos seguros y hábiles la tocó en el núcleo más palpitante de su ser.

—Adam... —jadeó, arqueando el cuello, la espalda, ahogándose en la sensación.

El orgasmo la inundó con un torrente de placer convulsivo. Él gimió y la embistió hasta el fondo, haciéndole sentir los temblores que lo sacudieron mientras se liberaba dentro de ella.

Con respiración aún entrecortada, sintió que él se retiraba con gentileza de su cuerpo, oía que abría la puerta de la ducha para

deshacerse del condón usado y volvía a cerrarla. Luego sintió que la giraba con las manos en los hombros.

—No me sueltes todavía, ¿de acuerdo? —pidió, luchando para abrir unos párpados pesados por la languidez posterior al coito—. Mis rodillas son gelatina y todo por tu culpa.

La ancló contra él con un brazo fuerte y luego le pasó con suavidad los dedos por los labios.

—No te soltaré —confirmó.

Logró alzar los párpados a media asta.

—Según recuerdo, eras muy bueno en la ducha...

Calló al ver la expresión que tenía. Parecía aturdido... algo comprensible si el orgasmo había alcanzado la misma intensidad de la escala Richter que el suyo, pero también parecía... ¿confuso? Lo vio fruncir el ceño y estudiarle la cara, acariciándole las facciones como si tratara de descubrir quién era ella y cómo había terminado desnuda en la ducha con él.

—¿Estás bien? —se sintió impulsada a preguntarle.

La mirada de Adam, oscura e intensa, encontró la suya. Luego parpadeó y la expresión se le aclaró.

—Unas cien veces mejor que bien. ¿Y tú?

Subió las manos por su torso y le bajó la cabeza para un beso apasionado.

—Muy bien. Al menos por ahora. Pero he de advertirte que voy a querer repetirlo.

Le pasó la lengua por el labio inferior y luego le mordisqueó la piel sensible.

—No sé cuándo he recibido mejores noticias.

—¿No te hace querer huir?

—Tienes que estar bromeando.

Se reclinó en el círculo de sus brazos y le sonrió.

—Bien. Porque la noche aún es joven y acabo de darme cuenta de que tengo que compensar varios meses de insatisfacción.

—No me lo creo —enarcó las cejas.

—Me temo que sí —pero le agradó la expresión que puso de «tu novio debía de estar chiflado», aunque no quería pensar en ello, y mucho menos hablar de Greg. Le dedicó una sonrisa traviesa—. Hasta que llegaste esta noche, podías resumir mi situación con dos palabras... «sola» y «excitada».

La sonrisa de él le quitó el aliento.

—Sola y excitada —repitió, bajando las manos para acariciarle el trasero—. Una enfermedad que ataca a miles de personas desprevenidas cada año. Por suerte para ti, conozco la cura.

—Soy afortunada.

Le apretó el trasero con gesto juguetón.

—Yo también. Así que empecemos.

—¿Empezar?

—Diablos, no pensarás que he terminado, ¿verdad?

—No —respondió con una risa—. Pero creo que ya hemos dejado atrás el punto de partida. ¿Qué viene a continuación?

En respuesta, los situó a ambos para que el chorro de agua cayera sobre sus cabezas y entre sus cuerpos.

—Un enjuague rápido.

—Muy rápido... el agua se está enfriando.

Entre risas y besos, se enjabonaron y enjuagaron rápidamente. Después de cerrar los grifos, ella apenas tuvo tiempo de escurrirse el pelo y de envolverse en una toalla cuando Adam recogió la linterna, la tomó de la mano y la condujo de vuelta al dormitorio.

—¿Y ahora qué? —repitió Mallory.

—Ahora te relajas en la cama durante unos minutos mientras yo preparo el siguiente paso para tu cura, que, coincidencia, es casi idéntica a la cura de «reafírmale que es poderosamente sexy».

—Comprendo. De modo que, en otras palabras, eres bueno para todos mis achaques.

—Sí. Lo que me convierte en un tipo realmente afortunado —le

dio un beso delicado y luego la empujó hacia la cama—. Túmbate. Relájate. Vuelvo en cinco minutos.

Como aún tenía las rodillas flojas, tumbarse le sonó muy bien. Con un suspiro de placer, lo observó abandonar la habitación y llegó a la conclusión de que ningún hombre había estado jamás tan atractivo solo con una toalla alrededor de las caderas.

«Es una pena que solo lo tengas para esta noche», susurró una voz en su interior.

Y al instante, el suspiro de placer se convirtió en otra clase distinta de suspiro.

«Sí», se dijo, era una pena que únicamente lo tuviera para esa noche.

Pero, siendo como eran sus naturalezas tan diferentes, era mejor que nada. Y tenía toda la intención de aprovechar al máximo las horas que les quedaban. Todo estaría bien mientras no olvidara que Adam y ella, una vez más, recorrían caminos que iban en direcciones opuestas.

Adam entró en la cocina de Mallory y apagó la linterna, ya que la multitud de velas aportaba suficiente luz, aparte de engalanar el aire con un aroma a vainilla. Luego apoyó las manos sobre la encimera de granito, bajó la cabeza y trató de integrar el tornado de emociones que remolineaba por su interior en cierto orden.

Se sentía completamente... desmadejado. Como si alguien hubiera tirado de un hilo suelto y, después de haber girado como una peonza, hubiera terminado sin camisa.

Entre Mallory y él estaba sucediendo algo. Algo que era mucho más que sexo. Al menos para él.

Era algo... intenso. En un sentido que lo desconcertaba, que no podía recordar haber vivido jamás con nadie.

Excepto ella.

Alzó la cabeza y miró la oscuridad a través de la ventana, viendo solo su reflejo apagado en el cristal. Sus ojos parecían aturdidos. Ese

escenario parecía tan familiar. Mallory inundando cada rincón de su mente. Llenándolo con risas, felicidad y excitación. E igual que antes, descubría que sentía demasiado, demasiado pronto. Como había sucedido en el pasado, lo aterraba. Necesitaba recordar que solo era por una noche. Que solo representaba un bálsamo para el ego magullado de ella. Cada uno tenía una vida propia que, otra vez, iba en sentido opuesto. En menos de cuarenta y ocho horas, iniciaría el viaje de su vida. Había esperado mucho tiempo esa oportunidad de disfrutar sin las presiones y el estrés del trabajo, de viajar sin preocupaciones por Europa, para gozar de los paisajes, la comida, el vino y de mujeres sexys.

En cuanto acabara esa noche, en cuanto dejara de estar sometido a ese continuo estímulo sexual, colocaría de nuevo todo en perspectiva.

Únicamente se sentía... nostálgico. Estar con Mallory era como estar con un diluvio de recuerdos de sensaciones y emociones que había sentido por ella años atrás. De lo mucho que disfrutaba de su compañía, dentro y fuera de la cama. Sí, no eran más que eso... recuerdos.

Lo único que necesitaba era poner un poco de espacio físico entre ellos durante unos minutos para que la cabeza se le despejara y los pensamientos volvieran a alinearse correctamente. Porque, ¿cómo se podía soñar con pensar claramente besándola, tocándola, enterrado en ella?

Sin embargo, no podía quitarse la sensación de que le habían dado en el blanco, justo en el corazón.

Seguro que era resultado de los recuerdos. De recordar todas las cosas que había sentido al estar con ella. La excitación embriagadora. La felicidad profunda. Lo mucho que la había admirado y que le había gustado. Lo profundamente que la había amado. Después de esa noche, seguirían sus respectivos caminos, tal como habían hecho en el pasado. E igual que entonces, era lo mejor para ambos.

Movió la cabeza. ¿Cómo era posible que hubiera estado insatisfecha durante meses? El hecho de que su exnovio pudiera no tocarla durante más de varios minutos... increíble.

Quizá debería enviarle una nota de agradecimiento. De no haber sido un imbécil, él no hubiera tenido esa noche con Mallory. Y durante esa noche, ella era suya.

Dedicó unos minutos a recoger lo que quería, y luego puso todo en una bandeja de plástico con forma de palmera que había encontrado en un armario. Justo antes de regresar al dormitorio, hizo una rápida llamada... y recordó apagar el móvil al terminar. Luego recogió la bandeja cargada y volvió al dormitorio.

Al entrar, Mallory se puso de lado y observó con evidente interés mientras él depositaba la bandeja en el borde de la cama y retiraba las velas gordas para colocar una en la mesilla y la otra sobre la cómoda, lo que sumió la habitación en un pálido resplandor dorado.

—¿Qué es esto? —preguntó, indicando la bandeja con un gesto de la cabeza.

—Un poco de iluminación romántica. El vino. Los bombones.
Ella se sentó.

—¿Bombones? Has saqueado mi despensa, ¿verdad?

—No. Los traje yo —alzó la caja envuelta aún en celofán—. Pedí la extragrande.

—Fabuloso. Nunca hay suficientes.

Se inclinó y le dio un beso.

—Lo mismo que pensaba yo. También traje la música —se irguió, puso la radio en la mesilla y ajustó el volumen.

—Bienvenidos de nuevo a *Canciones sensuales y dedicatorias decadentes*. Espero que todo el mundo esté seguro durante el apagón, y que si por casualidad os encontráis con alguien sensual, aprovechéis la oportunidad. Llamadnos y decidnos qué canción le daría más sentido a vuestras horas en la oscuridad. La canción que os voy a poner a continuación la solicitó J.D., de Brooklyn, para

Kathleen. Eh, Kathleen... tu chico dice que no ha sido el mismo desde que te vio. Un vistazo bastó para que le robaras el corazón. Aquí va *Can't Take My Eyes Off of You*...

Con la música sonando suavemente de fondo, Adam se sentó en la cama, lo bastante cerca como para que sus rodillas se tocaran. Sirvió dos copas de vino mientras Mallory abría la caja de bombones.

—Vaya —comentó mientras quitaba el papel plateado que cubría las delicias de chocolate—. Proporcionas orgasmos, luego música, comida y bebida. Si eso no sale de algún catálogo de fantasía, no sé de dónde viene.

—Me alegro de que estés satisfecha. También proporciono entretenimiento —mezcló la baraja que había llevado.

—¿Quieres jugar a la canasta? —mordió la mitad de un bombón y le ofreció a él la otra mitad. Inclinandose, Adam le sujetó la muñeca y se llevó el chocolate a la boca con dos dedos suyos.

Después de lamer todo el chocolate de las yemas de los dedos, repuso:

—No se trata de una baraja corriente. Son unas cartas de *Atrevimiento o Verdad*.

—Mmm. No se me da bien ese juego.

—¿Por qué? Jamás pensé que tendrías problemas para decir la verdad.

—Oh, no es la parte de la verdad. Es la del atrevimiento. No se me da bien eso de «comerme un bicho» o «beber leche cortada».

—No te preocupes. Es la baraja *Atrevimiento o Verdad, Edición para Amantes*.

Capítulo 10

Domingo, 1:00 horas

Vio que en los ojos de Mallory surgía el interés y sonrió para sus adentros. Al comprarlo, había dado por hecho que le gustaría. A los dos.

—*Atravimiento o Verdad, Edición para Amantes* —repitió—. Suena divertido.

Mientras él mezclaba, le dio otro bombón y luego tomó uno para ella. Al terminar de mezclar, dejó la baraja en la colcha entre ambos.

—Las damas primero. ¿Qué quieres, *Atravimiento o Verdad*?

—Cielos... elegiré verdad.

—Gallina —se burló. Con la carta sostenida a la luz de la vela, leyó—: «¿Qué es lo primero que notas en un miembro del sexo opuesto»?

Frunció los labios y reflexionó.

—Depende. Si está sonriendo, su sonrisa. Si no, sus ojos.

Un demonio interior hizo que Adam dijera:

—Vamos, primero le miras el trasero. Reconócelo.

—No. Bueno, no a menos que esté detrás de él, en cuyo caso imagino que el trasero sería lo primero —clavó la vista en el de Adam—. Ahora que lo pienso, fue lo primero que noté en ti. Tenías un trasero magnífico mientras cortabas el césped de tu casa.

—Gracias. Y luego notaste mi sonrisa, ¿verdad? —ironizó.

—En realidad, sí. Y luego, después de que te quitaras las gafas de sol, tus ojos.

—¿Y qué pensaste?

—¿Buscas cumplidos? —replicó.

—No, solo la verdad —sonrió—. Por supuesto, si da la casualidad de que la verdad es halagüeña, no me quejaré.

—Me gustó tu sonrisa. Era amigable, aunque algo pícara. Como si tuvieras un buen sentido del humor y no te tomaras demasiado en serio. Pero lo que realmente me cautivó fueron tus ojos —antes de permitirle que continuara con el interrogatorio, tomó una carta—: ¿Atrevimiento o Verdad?

Adam bebió un trago de vino, luego dijo:

—Atrevimiento.

Ella estudió las palabras y en sus labios se asomó sin pudor una sonrisa.

—Masajea los hombros de tu pareja durante un minuto mientras hablas sobre lo mucho que te gusta —riendo entre dientes, se movió para ofrecerle la espalda—. Por mí, perfecto.

—Y en absoluto una penalidad para mí —dejó la copa a un lado, alargó las manos y le masajeó los hombros, sonriendo cuando Mallory soltó un suspiro de placer. Para cumplir con la prueba, habló —: Disfruto de esto debido a ese sonido que emites cuando algo te gusta. Una especie de vibración jadeante que es medio suspiro, pero más profundo. Más sexy. Como un gruñido. Y el tacto de tu piel... tan suave. Hace que me pregunte qué te has puesto para que resulte tan agradable bajo mis manos.

Se acercó más y la masajeó con un poco más de intensidad. Ella dejó caer la cabeza hacia delante y gimió.

—Ése sí que es un sonido que podría hacer que un hombre lo dejara todo y se dedicara a hacerte gemir de esa manera otra vez. Y presentar tu nuca de esta manera... —le apartó el pelo y le besó un lunar—. Muy placentero —después de besar otra vez el cuello fragante, se echó para atrás.

—El minuto no ha pasado —protestó ella.

—De hecho, han sido más de dos minutos.

—Oh. Maldición —suspiró y se volvió para quedar frente a él—.

Tienes unas manos magníficas.

—Y tú unos hombros magníficos. Entre otras cosas —sonrió y retiró una carta—. ¿Atrevimiento o Verdad?

—Como la última vez me llamaste gallina, me siento en la necesidad de recuperar mi honor. Atrevimiento.

Adam estudió la carta y luego movió la cabeza.

—Vaya, te toca una facilita.

—¿Qué tengo que hacer?

—Eres una crítico de moda —leyó—. Analiza el atuendo de tu pareja.

Con exageración, estudió lentamente la toalla que le cubría las caderas.

—Vestido a la última en toalla blanca comprada en Bed, Bath & Beyond, mi pareja hace que los modelos de ropa interior de Calvin Klein parezcan aficionados. El modo en que esa prenda le deja el torso al desnudo... —alargó la mano y pasó las yemas por los hombros, luego las movió despacio sobre las tetillas, el abdomen, la piel que había justo encima del borde de la toalla, haciendo que los músculos tuvieran un espasmo involuntario—. Muy bonito —afirmó con esa voz ronca que solo podía describirse como un ronroneo—. Igual que el modo en que el material le ciñe las caderas y las piernas —pasó la mano sobre el algodón, y luego la introdujo por debajo para subirla por la parte interior del muslo. Cuando lo tomó en su mano cálida, lo vio contener el aliento—. El acceso fácil a sus... atributos es, decididamente, un plus. En resumen, una declaración de moda muy sexy que luce muy, muy bien.

Despacio retiró la mano, y le dedicó una sonrisa por la erección evidente que le alzaba la toalla.

Adam tardó unos segundos en encontrar la voz.

—Me pareció oírte decir que este juego no se te daba bien.

—Quizá me equivoqué.

—Cariño, prescinde del «quizá».

Sin dejar de sonreír, ella retiró una carta.

—¿Atrevimiento o Verdad?

—Creo que en esta ocasión será mejor que pruebe con verdad.

—Finaliza el poema «Las rosas son rojas, las violetas son azules...».

Ni siquiera tuvo que pensarlo.

—«Quiero volver a hacer el amor contigo».

Ella aplaudió.

—Fantástico.

—Sí. Y ahora te toca pagar.

Riendo, Mallory movió la cabeza.

—No hemos terminado el juego.

—Bien. Pero considéralo una advertencia justa... No voy a durar mucho más —extrajo una carta—. ¿Atrevimiento o Verdad?

—Verdad.

—¿Quién fue la primera persona que te rompió el corazón?

La sonrisa de ella vaciló, y al momento se desvaneció. Apartó la vista y después de lo que pareció un silencio prolongado e incómodo, volvió a mirarlo.

—Tú.

Adam no trató de ocultar su sorpresa.

—¿Yo?

—Tú.

—Yo te rompí el corazón.

—Sí, lo hiciste.

—¿Cuándo? ¿Cómo?

—¿Qué puede importar ahora? He respondido con sinceridad, así que continuemos.

—Importa porque no lo sabía. Dímelo.

Ella se encogió de hombros.

—Digamos que quedé bastante destrozada cuando dijiste que deberíamos estar libres para salir con otras personas.

Una extraña sensación de vacío le atenazó el pecho.

—¿En serio?

Ella volvió a encogerse de hombros y sonrió.

—Eh, a ninguna chica le gusta que la dejen.

Frunció el ceño y la miró fijamente.

—Yo no te dejé, Mallory.

—¿No? ¿Cómo llamas al hecho de que tu novio te dice que solo quiere que seáis amigos, que disfrutéis de libertad para salir con otros? No hace falta ser ingeniero aeronáutico para leer entre líneas.

—Estuvimos mutuamente de acuerdo en que, dada nuestra edad y situación, sería mejor que las cosas se enfriaran un poco. No amarrarnos el uno al otro.

—Fue dolorosamente evidente que representaba más que eso, Adam. Pero como ésa fue la única explicación que me ofreciste, tuve que aceptarla. Lo que tú llamas «mutuamente de acuerdo», yo lo llamo «tú decidiste».

—¡Pero tú estuviste de acuerdo! Sin reservas, si no recuerdo mal.

—¿Qué esperabas que hiciera? Era obvio que tú querías libertad o no habrías sacado el tema. A menos que quisiera parecer desesperada y que no quería soltarte, lo que no pensaba manifestar, no tenía mucha elección. Puede que no me quedara mucho orgullo, pero sí algo. Aquel verano ya me había dejado mi novio de Chicago. Dos veces era demasiada humillación de golpe.

—Aguarda un momento. Tu novio de Chicago no te dejó... tú rompiste con él.

Ella movió la cabeza.

—No. Había sido mi intención romper con él. Por mis sentimientos hacia ti. Pero antes de que tuviera la oportunidad de comentárselo, me llamó. Me dijo que había conocido a otra chica. No es que me partiera el corazón, ni que me sorprendiera. Pero contigo... fueron las dos cosas.

—¿Partirte el corazón? ¿No crees que es una exageración? Quiero

decir, te recuperaste con rapidez.

— ¿A qué te refieres?

— A que cuando te llamé en tu segunda semana en la universidad, ya estabas saliendo con un chico. Tú me contaste lo estupendo que era, lo mucho que te gustaba, lo bien que lo pasabais juntos —e incluso después de tantos años, aún recordaba el dolor profundo que le habían causado sus palabras.

Ella se mordió el labio inferior, y luego bajó la vista a sus manos.

— Quizá exagerara un poco.

— ¿Qué significa eso?

Suspiró y luego lo miró.

— Me lo inventé. No salía con nadie.

Adam sintió como si todo en su interior se hubiera movido.

— ¿No?

— No. Pero cuando llamaste, la idea de escuchar al hombre que amaba hablarme de todas las mujeres sofisticadas que conocía en su nuevo trabajo de alto *standing* en Wall Street... bueno, no pude soportar la idea. Y menos cuando todo lo que había hecho yo durante esas dos semanas había sido llorar sobre mi almohada. Así que me lo inventé.

Se quedó quieto. ¿Mallory acababa de decir...?

— ¿El hombre que amabas? ¿Estabas enamorada de mí?

— Estaba loca por ti.

Él tardó varios latidos del corazón en encontrar su voz.

— Nunca me lo dijiste.

— Nunca dije las palabras. Pero intenté mostrártelo de todas las maneras que podía.

Regresó mentalmente al pasado y se dio cuenta de que ella se lo había mostrado. De docenas de maneras distintas. Con gestos considerados. Con galletas caseras. Con notas manuscritas. Con innumerables sonrisas. Y con su cuerpo...

— ¿Por qué no me lo dijiste? —preguntó con voz ronca.

Ella se tomó varios segundos para responder.

—Tenía miedo. De asustarte y que te fueras. De que me rechazaras. De que fuera demasiado, demasiado pronto. Créeme, era muy consciente de nuestras situaciones diferentes... tú ya te habías graduado de la universidad y empezabas una carrera y yo acababa de terminar el instituto. Lo último que quería era parecer una adolescente encandilada. De modo que decidí que esperaría que tú me lo dijeras primero —el fantasma de una sonrisa cruzó por su cara—. Pero nunca lo hiciste. A cambio, me dijiste que deberíamos ser amigos y ver a otras personas —antes de que él pudiera comentar algo, soltó una risa fugaz y movió la cabeza—. No sé por qué te he contado todo esto. No es que importe después de tantos años.

—Me lo has dicho porque lo pregunté —pero ella tenía razón. No importaba después de tantos años. ¿O sí? No, claro que no.

No obstante, sintió como si le debiera la misma verdad que ella le había ofrecido.

—Cuando te llamé a la universidad... no era para contarte a cuántas mujeres sofisticadas estaba conociendo en mi nuevo trabajo.

—Oh. ¿Por qué llamaste?

—Porque me di cuenta de que había cometido un error —se pasó la mano por el pelo—. Que te amaba y que era desdichado sin ti. Y que no quería estar con nadie más.

Ella abrió mucho los ojos e incluso a la luz tenue de las velas, la vio palidecer.

—Oh... cielos. ¿Por qué no dijiste algo cuando llamaste?

—¿Qué se suponía que debía decir después de que te explayaras poéticamente sobre tu nuevo novio?

Lo miró durante varios segundos, aturdida y algo atontada. Luego emitió un sonido carente de humor.

—Que me condenen.

—Sí. Que me condenen —a él le daba vueltas la cabeza, tratando de reconciliarse con lo que le había contado.

Había estado enamorada de él. Loca por él. Dios. Cerró momentáneamente los ojos, experimentando una sensación extraña que parecía una especie de disfunción interna.

—¿Cuánto tiempo has estado enamorado de mí? —preguntó ella con voz apenas inaudible.

«Desde el primer instante en que te vi. Desde la primera vez que me sonreíste. Desde el momento en que te toqué».

—Un tiempo.

—¿Por qué no me lo contaste?

Movió la cabeza.

—Por el mismo motivo por el que tú no lo hiciste. Lo que sentía por ti, la profundidad de mis sentimientos, me aterró —enlazó los dedos con los de ella—. Lo siento, Mallory. No me di cuenta de que te importaba tanto. Debería, pero... ¿qué puedo decir? Fui un idiota. Pensé que establecer cierta distancia entre nosotros me ayudaría a sentar la cabeza, pero lo único que consiguió fue hacerme desdichado. Y luego fue demasiado tarde. Jamás fue mi intención herirte.

Ella tragó saliva.

—Parece que yo también te herí, y lo siento. Te juro que no afirmé estar saliendo con un chico para hacerte daño. Solo lo hice para protegerme. Porque tú no me deseabas más.

Que no la deseaba más.

Sintió como si lo hubieran vuelto del revés.

—Dios. Mallory, nada podría haber estado más alejado de la verdad. El problema era que te deseaba demasiado.

Y lo único que había conseguido había sido romperle el corazón. Le dolía solo pensar en ello. Y en el proceso, se partía su propio corazón. Lo cual era ridículo. No debería doler después de tantos años.

Ni siquiera sabía si se sentía feliz de haberse enterado de toda la verdad.

Ella le apretó la mano y cortó su tren de pensamientos. Luego separó los dedos de los suyos y emitió una risa leve.

—Míranos, tan serios y atrapados por el pasado. Todo sucedió hace mucho tiempo, y lo hecho, hecho está. La buena noticia es que logramos mantenernos como amigos. ¿Cuántos antiguos amantes pueden confirmar eso?

No lo sabía. Ni le importaba. Lo único que sabía era que se sentía... deshecho. Y no podía desprenderse de esa sensación profunda y perturbadora de que había perdido algo muy, muy especial.

El silencio entre ellos se quebró por la voz suave del locutor de la radio:

—El último parte sobre el apagón. Los técnicos siguen en su trabajo por restaurar la energía, pero aún no se conoce cuándo se recuperará el sistema. Llamadnos a *Canciones sensuales y dedicatorias decadentes* y os pondremos algo para ayudaros a establecer una atmósfera de seducción. Nuestra siguiente dedicatoria va para Mallory de parte de Adam. Mallory, Adam nos pidió esta canción porque siempre le ha recordado a ti —el locutor rio entre dientes con suavidad—. Supongo que todos podemos imaginar de qué color son los ojos de Mallory. Aquí va *Brown Eyed Girl*, de Van Morrison...

Ella miró la radio y el corazón le dio un vuelco. Aún no se había recobrado de la confesión de Adam, y ahí le ofrecía ese gesto romántico. Se volvió hacia él.

—¿Es del Adam que conozco a la Mallory que conozco?

—¿Conoces a otro Adam y a otra Mallory con ojos castaños?

—¿Cuándo llamaste?

—Cuando fui a la cocina —le tomó la mano—. ¿Quieres bailar? ¿Por los viejos tiempos?

Sin confiar del todo en su propia voz, asintió, se deslizó al borde de la cama y se puso de pie. Juntó la mano con la de Adam y él la acercó, apoyando las manos unidas contra el torso y pasándole el

brazo libre por la cintura. Ella subió la mano al hombro de él para rodearle el cuello, y luego cerró los ojos y apoyó la sien contra la mandíbula de Adam.

Sintió un nudo en la garganta al verse bombardeada por una miríada de recuerdos. Se echó atrás para mirarlo. Los ojos de él, intensos y con los mismos destellos de confusión que había percibido antes, buscaron en su mirada. También había algo que no podía descifrar. ¿Se estaría haciendo las mismas preguntas que ella sobre lo que habría podido pasar?

¿Y si en vez de aceptarlo cuando le sugirió que se dieran libertad, le hubiera dicho que estaba enamorada de él?

¿Y si hubiera escuchado lo que tenía que decirle cuando la llamó a la universidad en vez de dejar que su orgullo afirmara que había iniciado una nueva relación?

¿Y si...?

—Desde el día que nos conocimos —dijo él, cortando sus pensamientos—, he pensado en ti cada vez que he oído esta canción.

Ella se tragó el nudo en la garganta y desterró todos los «y si...» que quedaban en su mente. Se forzó a sonreír.

—Mmm. ¿En mí y en cuántas chicas de ojos castaños que has conocido a lo largo de los años?

No le devolvió la sonrisa.

—Solo en ti.

Intentó contener el entusiasmo que la recorrió por esa dulce admisión, pero fue como tratar de contener el océano con un rastrillo.

—No solo porque tengas ojos castaños —continuó él—, aunque sí es parte del motivo...

—Lo suponía.

Él alzó un lado de la boca.

—Pero también es la letra... Siempre me ha creado una imagen vivida de ti. En especial la parte de hacer el amor detrás del estadio.

Ella pensó unos instantes y movió la cabeza.

—Nunca hemos hecho el amor detrás de un estadio.

—Lo sé. Pero siempre he querido. Una de las muchas fantasías adolescentes que inspirabas.

—¿Por qué jamás me llevaste allí? El del instituto estaba cerca. Me habría encantado complacerte.

—Quería. Pero entonces... se nos agotó el tiempo.

«Se nos agotó el tiempo...». Las palabras reverberaron por su cerebro. Sí, entonces se habían quedado sin tiempo, tal como les sucedería en ese momento. Esa noche terminaría y ellos se marcharían por sus respectivos caminos, realidad que apartó con firmeza. Ya le llegaría el tiempo de dominarlo todo. Hasta entonces, lo único que importaba era la fantasía.

Sonrió.

—Vistámonos.

Él soltó una risa breve.

—Totalmente lo opuesto que iba a decir yo.

Le acarició la nuca.

—Si te vistes, haré que tu fantasía se haga realidad.

—Si te desnudas, mi fantasía se hará realidad mucho más rápidamente.

Mallory rio.

—Me refiero a tu fantasía de «detrás de un estadio». El instituto local se encuentra a unos quinientos metros de aquí —frotó la pelvis contra la suya—. Vistámonos, vayamos hasta allí y ocupémonos de esa fantasía no realizada. ¿Qué te parece?

En respuesta, le quitó la toalla y luego se desprendió de la suya.

—Vistámonos.

Capítulo 11

Domingo, 2:30 horas

Caminando juntos en la oscura y tranquila calle solo iluminada por el pálido resplandor brumoso y plateado de la luna, los dedos entrelazados con los de Adam, respiró hondo. El aire estaba caluroso, húmedo y olía a césped cortado y a flores.

Recordó también aquel maravilloso verano en que se había enamorado profundamente de él. Los frecuentes paseos largos, a veces por el parque, otras por la playa. La gente que conocían. Los lugares en los que habían estado y que querían visitar. Sus cosas favoritas. Deportes. Universidad. Libros. Música. Parecía que nunca se quedaban sin tema de conversación.

Le había encantado hablar con él. Escuchar su voz profunda. Su risa. Sus bromas gentiles.

Pero también había atesorado sus silencios cómodos, en los que se sentaban abrazados y, simplemente, contemplaban la puesta de sol. O a las gaviotas dar vueltas sobre la playa. Recordaba haber cerrado los ojos, apoyándose en él, y pensar que se trataba del comienzo de algo muy, muy bueno.

—¿Falta mucho? —preguntó él, devolviéndola al presente.

—A la vuelta de la esquina —sonrió para sus adentros ante esa conocida impaciencia.

—Menos mal. Me da la impresión de que llevamos horas caminando.

—Han pasado unos cuatro minutos y medio.

—Pues en mi universo alternativo, en el que me muero por ponerte las manos encima, me ha parecido una eternidad.

Giraron la esquina y el instituto apareció a la vista, con el estadio alto detrás del edificio. Adam aceleró el paso y Mallory prácticamente tuvo que trotar para mantenerse a la altura de sus zancadas.

— ¿Por qué tienes tanta prisa?

— Una mujer preciosa y sexy, que me tiene tan excitado como para casi no ver, va a sacudir mi mundo en cuanto pueda llevarla detrás del estadio. Sí, se puede decir que tengo prisa.

Cuando el estadio se alzó ante ellos, Adam emprendió la carrera, tirando de ella. Riendo y sintiéndose más atrevida y libre que en mucho tiempo, corrió con él por el césped. Al llevarla debajo de las gradas, jadeaba en busca de aire. Le rodeó la cintura con los brazos, la alzó en vilo y dio vueltas hasta dejarla mareada y débil por la risa.

Cuando paró, la bajó despacio y pegada a su cuerpo. Antes de que ella pudiera recuperar el aliento, la besó. Un beso ardiente, profundo, exigente e impaciente, que la incendió. Y se dio cuenta de que era él quien la mareaba. Como siempre había sido.

Sin quebrar el beso frenético, Adam retrocedió hasta dar con una de las gruesas columnas de cemento. De inmediato giró y con el cuerpo la fijó contra la columna. Entonces, simplemente la abrumó, inundándola con un diluvio de sensaciones.

Sus manos estaban... por todas partes. Subiéndole el top. Coronándole los pechos. Excitándole los pezones. Acariciándole el estómago. Bajando por las piernas, luego subiendo, metiéndose por debajo de la falda.

Con respiración entrecortada, quebró el beso.

— No llevas ropa interior.

— ¿Es una queja?

— No. Dios, no.

Le bajó la falda y ella se la quitó con los pies. Deslizó los dedos entre sus muslos y la acarició con un ritmo enloquecedor que le provocó un prolongado gemido... que al sentir los dos dedos que él

le introdujo se transformó en un jadeo de placer.

—Es tan agradable tu contacto... —musitó Adam sobre sus labios con voz casi desgarrada—. Tan mojada. Tan compacta. Tan caliente.

Bajó hasta llegar a un pezón que, con fruición, se dedicó a lamer, haciéndole arquear la espalda, súplica que al instante él respondió introduciéndoselo en la boca. Cada succión sobre el pecho acarreaba una introducción profunda de los dedos. La combinación le provocó un orgasmo veloz.

Jadeando en busca de aliento, las sacudidas apenas habían terminado cuando él se puso de rodillas, le abrió más los muslos y le pasó la lengua por el centro de sus labios. Cerró los ojos mientras la boca y la lengua de Adam resultaban tan asombrosamente talentosas como los dedos. Con el cuerpo aún vibrando por los temblores secundarios del último clímax, se vio sacudida por otro orgasmo que le provocó un grito entrecortado.

Con los ojos cerrados, los músculos laxos, la respiración irregular y flotando en una nube de felicidad postorgásmica, fue vagamente consciente de que él se ponía de pie. Como desde lejos, oyó que rompía un celofán. El siseo de una cremallera. Luego la levantó y se situó entre sus piernas.

—Rodéame con tus piernas —pidió con la voz excitada.

Ella juntó los tobillos detrás de él y con un gemido la embistió. Despacio, se retiró, y el movimiento la despertó de un modo que hubiera creído imposible. Otro embate hondo seguido de una retirada pausada y deslizante. Un ritmo devastador que repitió una y otra vez. Más fuerte. Más rápido.

Lo agarró de los hombros y apretó los muslos sobre las caderas de Adam a medida que los temblores se iniciaban desde lo más hondo de su cuerpo, emanando en espasmos que palpitaban con un placer ardiente por su sistema. Lo sintió embestirla una última vez y luego enterrar la cara en su cuello mientras el orgasmo lo sacudía de arriba abajo.

Ninguno de los dos se movió durante varios segundos. Mallory rezó para que no la soltara, porque si lo hacía, se deslizaría al suelo en una masa palpitante.

Pasados unos latidos, Mallory tragó saliva dos veces y logró encontrar su voz.

—Santo cielo —lo sintió asentir sobre su hombro—. Mis rodillas tardarán un rato en recobrase.

Los brazos de él la apretaron más y apoyó la frente sobre la suya.

—No hay problema. Te tengo.

Esas palabras suaves susurradas sobre sus labios reverberaron por su mente. «Te tengo... Te tengo...». Y de pronto se dio cuenta de que se hallaba en peligro real de darle más significado que él que Adam había pretendido.

—¿Estás bien? —quiso saber él.

—¿Qué clase de pregunta le haces a una mujer a la que acabas de provocarle tres orgasmos? Estoy... —calló cuando con delicadeza él se retiró de su cuerpo.

Le dio un beso rápido en los labios.

—¿Tienes las rodillas bien ya? ¿Puedo soltarte un momento?

No estaba segura, pero su orgullo la obligó a decir:

—Claro. Estoy bien.

La soltó y dio un paso atrás; luego sacó un pañuelo de papel del bolsillo de atrás de sus vaqueros. Sintiéndose aún como si flotara en gravedad cero, Mallory cerró los ojos. Lo oyó alejarse, presumiblemente para deshacerse del condón en una papelera próxima, luego el sonido de su cremallera. Cuando regresó pasados unos segundos, alzó los párpados y lo vio a dos metros de distancia, observándola con intensidad.

Le provocó una descarga de poder femenino. Sin más ropa que el top de satén, se sentía sexy, licenciosa y deliciosamente perversa.

Apoyada contra la columna de cemento, levantó los brazos y despacio se los pasó por el cabello, mirándolo con ojos entornados.

—Bueno... ¿hice realidad tu fantasía? —preguntó.

Él soltó el aliento contenido. Mirándola con ojos en llamas, redujo la distancia que los separaba hasta que no fueron ni treinta centímetros. Apoyó las manos en la columna y la encerró entre sus brazos.

—¿Hacer realidad mi fantasía? Ni siquiera creo que debas preguntarlo —un destello de preocupación titiló en sus ojos—. No te he hecho daño, ¿verdad?

—Ni siquiera creo que debas preguntarlo —respondió, imitándolo. Increíblemente, sentía que volvía a excitarse. Le pasó las manos por la camisa y le rodeó el cuello—. Yo... mmm, me ha gustado mucho tu fantasía.

—Ya somos dos. Y como sigas mirándome de esa manera, la harás realidad otra vez.

Ella soltó un suspiro exagerado.

—Sí, odiaría eso. En serio.

—Bueno, ahora que conoces mi fantasía de detrás del estadio, ¿qué te parece si compartes la tuya?

—Mmmm... La mía involucraría un encuentro inesperado con un hombre bien vestido. Todo sería muy profesional, de negocios, pero entonces se quitaría la chaqueta del traje. Se soltaría el botón del cuello de la camisa y se aflojaría la corbata. Se subiría las mangas —suspiró—. Por motivos que no puedo explicar, pensar que hace todo eso me derrite.

—¿Y luego qué?

—Y luego toda conversación de negocios se la llevaría el viento, lo llevaría a mi casa y nos divertiríamos —sonrió—. Pero tu fantasía no estaba muy alejada de otra mía.

—No me lo digas... ¿hacerlo con el capitán del equipo de fútbol?

—Bueno, reconócelo, no muchas chicas fantasean con hacérselo con el vicepresidente de un club de fotografía —dobló la rodilla y se la frotó en el muslo—. Aunque adivino que a ti no te costaría nada

modificar esa tendencia.

—Eh... yo no necesitaba el estadio, tenía el cuarto oscuro.

—Y ahora también tienes el estadio.

—Imagino que eso me vuelve muy afortunado.

—Es gracioso. Yo pensaba que eso me volvía muy afortunada a mí. Por tres veces.

Él movió exageradamente las cejas.

—¿Quieres ir por el cuarto?

—Vaya. Olvida el parque de atracciones. Éste es el sitio más feliz de la tierra. Probablemente, no haría falta mucho para que lograra el cuarto. Tu presencia me resulta muy... estimulante. Por no mencionar que parece que estoy sin falda. Ni braguitas.

—Es una pena. Pero si no recuerdo mal, desde el principio te faltaron las braguitas.

—Oh, cierto. Lo olvidaba.

—No sé cómo has podido. Desde luego, yo jamás podré olvidarlo.

Apartó una mano de la columna y con los dedos trazó un camino descendente por el centro del torso de Mallory, hasta enredarse en los rizos que había en la unión de sus muslos.

Ella contuvo el aliento al tiempo que su libido se ponía firme al sentir esa caricia suave y provocadora sobre su sexo.

Él bajó la cabeza y le besó el costado del cuello.

—Comprende que no puedo mantener mis manos lejos de ti.

—Me halagas. Y... ooooh, sí, ahí... agradecida —bajó una mano por el cuerpo de Adam y le frotó la dura extensión a través de los vaqueros—. ¿Por casualidad has traído dos preservativos?

—Claro.

La risita suave de ella se convirtió en un gemido cuando él introdujo la rodilla entre sus muslos y le abrió más las piernas para acariciarla con la misma perfección implacable que ya la había lanzado por el precipicio.

Le abrió el botón de los vaqueros y le bajó la cremallera.

—Sabes que estaríamos más cómodos en mi cama. Pero empiezo a pensar que quizá no lleguemos a casa antes del amanecer.

—Y yo empiezo a pensar que tal vez tengas razón. Además, estoy tan increíblemente duro, que la comodidad pasa a un segundo plano en este momento.

Introdujo la mano entre la cinta elástica de los calzoncillos y cerró los dedos en torno a él. «Santo cielo». No era broma el comentario de la dureza.

—¿Segundo plano? —lo apretó con suavidad—. ¿Y cuál es el primero?

—Me alegra que lo preguntaras. Porque será un placer mostrártelo.

Capítulo 12

Domingo, 4:00 horas

Mientras caminaban por la acera en la oscuridad, alzó la cabeza de su hombro y le pasó la mano por el estómago.

— ¿Le has dado vueltas al tipo de carrera que te gustaría probar?

— Mucho, pero aún no he alcanzado una decisión definitiva. Todo se ha centrado más en saber lo que no quiero hacer, así que supongo que mediante el proceso de eliminación, terminaré por descubrirlo.

— ¿Qué son las cosas que no quieres hacer?

— Luchador de sumo.

Ella rio.

— ¿Qué más?

— Chef.

— ¿No sabes cocinar?

— Sé preparar café. ¿Eso cuenta?

— ¿Qué comes?

— Vivo en Manhattan. Nadie cocina en Manhattan. ¿Por qué cocinar cuando hay dos docenas de sitios de comida para llevar en dos manzanas a la redonda?

— ¿Qué otras opciones profesionales has descartado?

— Bueno, pensé en hacerme congresista... pero está eso de la política y demás cosas.

— Mmm. Decididamente un inconveniente. ¿Y qué me dices de la fotografía? Se te dan muy bien las clientas en lencería.

— No creo que pueda superar las fotos que te saqué a ti, así que voy a descansar en los laureles.

— ¿Y qué me dices de emplear tu experiencia en Wall Street para

dedicarte a la planificación financiera?

—Lo he pensado, pero después de estar alejado de ese mundo durante estos últimos meses, no lo echo de menos. Me gusta mantenerme al corriente de mi cartera, pero creo que preferiría nadar en una piscina totalmente diferente —giraron por la esquina de la tranquila calle de la casa de Mallory—. De hecho, este último mes le he estado dando vueltas a una idea. ¿Recuerdas que te conté cómo había acabado el sótano de Nick para él?

—Sí.

—Realmente disfruté haciéndolo, y no solo porque se trataba de algo para un amigo. Me proporcionó una sensación de realización y serenidad que hacía tiempo que no tenía. Me hizo pensar en establecer mi propio negocio de contratista. Todo tipo de reparaciones y rehabilitaciones para el hogar... ese tipo de cosas. No solo me gusta esa clase de trabajo, sino que se trata de algo que podría hacer allí donde elija vivir.

Ella asintió despacio.

—Solo puedo hablar de esta zona, pero con tantas casas antiguas que hay en Long Island, existe una gran demanda para ese trabajo. Si decides que quieres funcionar en esta zona, comunícamelo. Los compradores y vendedores constantemente me piden que les recomiende contratistas y estaría encantada de trasladarles tu nombre. No te faltarían clientes, y el boca a boca funciona con rapidez. Recomendé al marido de una amiga que se encarga de poner tejados a una persona del vecindario de mi madre, y de ese encargo ha conseguido media docena más.

La miró y sonrió.

—Gracias. Lo recordaré.

—De nada —puso expresión seria y añadió—: Acabo de pensar en otra cosa que tal vez podrías querer tomar en cuenta.

—¿Cómo acelerar el regreso para que pueda volver a desnudarte?

Ella rio.

—Creo que si buscara la palabra «insaciable» en el diccionario, vería tu cara sonriente. ¿Qué vitaminas tomas?

—No tiene nada que ver con las vitaminas y todo contigo —la detuvo y le dio un beso. Su intención había sido que fuera breve y ligero, pero al instante se transformó en uno profundo y lujurioso, en el que sus lenguas parecieron expertos espadachines.

Al levantar la cabeza, la miró a los ojos y volvió a sentirse como un hombre a punto de ahogarse.

—Vaya —musitó Mallory, apoyando la frente en su mentón—. De haber sabido que los corredores de Bolsa podían besar de esta manera, desde luego que habría considerado la posibilidad de invertir en el mercado de valores. Y bajo ningún concepto habría perdido mi tiempo con abogados.

Sabía que era una broma, pero la idea de que besara a otro lo llenó de una sensación desagradable que reconoció como celos. Y en cuanto al imbécil de su ex, el pensamiento de que ese miserable solo la tocara hacía que deseara romper algo.

Si alguien como Mallory estuviera con él, jamás tocaría a otra mujer...

Cerró los ojos para cortar el pensamiento.

«Seamos sinceros, amigo», intervino su voz interior. «No se trata de no tocar a otra mujer *si alguien como Mallory* estuviera contigo». Y no pudo negarlo. No, la cruda verdad era que si Mallory estuviera con él, jamás tocaría a otra mujer. No querría hacerlo.

Soltó un gemido.

—¿Estás bien? —preguntó ella, apartándose.

Abrió los ojos. Un simple vistazo a esa mujer le confirmó que un pie le colgaba en el vacío y el otro se hallaba en equilibrio precario sobre una cascara de plátano. Necesitaba decidir qué diablos quería hacer al respecto.

—Perfectamente —le dio un beso leve en la nariz y reanudó la marcha, manteniendo el brazo alrededor de ella—. Pero estaré mejor

en cuanto te tenga otra vez desnuda —«magnífico plan». Porque tenerla desnuda lo ayudaba en sus procesos de toma de decisiones.

—Antes de que me licuaras las neuronas con aquel beso —indicó ella—, te mencioné que había pensado en otra opción profesional que tal vez quisieras considerar.

—¿Cuál es?

—Comprar y revender casas que necesiten obras importantes, no solo pulir el suelo y una capa nueva de pintura. O en algunos casos, casas cuyos interiores, principalmente la cocina y el cuarto de baño, están, simplemente, anticuados. He vendido muchas casas que habrían valorado en mucho miles de dólares más de haber estado en buenas condiciones o actualizadas. Alguien que pudiera llevar a cabo esas reparaciones podría comprar la casa, arreglarla por una fracción del coste que representaría contratar a profesionales y luego venderla obteniendo un gran beneficio.

Mientras caminaban, reflexionó en la idea.

—Es interesante. ¿De qué margen de beneficios estamos hablando?

—En Long Island, así a simple vista, diría que una inversión de veinte a veinticinco mil dólares en una cocina y cuarto de baño nuevos, se traduciría en un mínimo de cuarenta mil dólares de aumento en el valor de reventa de la casa.

Enarcó las cejas.

—No es una mala ganancia. ¿Has pensado alguna vez tú misma comprar una de esas propiedades para luego revenderla?

—Me encantaría, pero en este momento no es algo viable. Primero, el margen de beneficio para mí sería menor, porque yo tendría que contratar la mano de obra, aunque seguiría siendo lo bastante atractivo como para hacer que me lo pensara. Pero el gran obstáculo es que carezco del capital. Dentro de unos años, cuando mi negocio haya prosperado, reevaluaré la situación. Pero como tú tienes los tres ingredientes necesarios, podrías pensártelo.

—¿Los tres ingredientes necesarios?

—Sí. Tienes tiempo, tienes talento y, aunque podría ser una presunción por mi parte, conjeturo que dispones del dinero.

—¿Cómo sabes que no estoy en bancarrota?

Se encogió de hombros.

—Porque nunca te conocí por ser una persona irresponsable. No te imagino dejando tu trabajo y realizando viajes prolongados al extranjero, a menos que hubieras planificado con cuidado tus finanzas para que pudieran permitirte.

La pegó a él y la mano le rozó la suave curva exterior del pecho.

—Eso es lo que me gusta de ti... tu cerebro.

—Mmmm. ¿Eres consciente de que «cerebro» no es una clave secreta para «pechos»?

Él rio y volvió a acariciarle el pecho, adrede en esa ocasión.

Ella esbozó una sonrisa...

—Bueno, piensa en lo que te acabo de decir. Comunícame si estás interesado.

—De acuerdo —y lo haría. Pero en ese momento, lo que le interesaba era llevarla otra vez al dormitorio. Y desnudarla. Por fortuna, la casa apareció delante.

Después de cerrar y asegurar la puerta detrás de ellos, Adam la condujo directamente al dormitorio, donde abrió la ducha.

—Creo que tengo manchas de hierba en el trasero —comentó él, quitándose la camisa.

Ella sonrió y se quitó el top arrugado.

—Te ofrecí estar abajo.

Su mirada ávida le recorrió los pechos plenos y no fue capaz de contenerse de agacharse y lamer ese pezón aterciopelado. Al erguirse, empezó con los vaqueros y dijo:

—Un caballero siempre permite que una dama esté encima cuando se trata de hierba o arena.

—Ah. Es bueno saberlo —se desprendió de los zapatos y luego se

quitó la falda—. Si te hace sentir mejor, yo tengo manchas de hierba en las rodillas.

—No puedo decir que me haga sentir mejor ahora, pero desde luego lo hizo en su momento —sostuvo en alto los vaqueros que se acababa de quitar y señaló—: Notarás que yo también tengo manchas de hierba en las rodillas.

Le dedicó una sonrisa perversa por encima del hombro desnudo mientras se metía en la ducha.

—Y te lo agradezco de todo corazón —sus palabras fueron seguidas por un grito—. ¡Dios! Está fría.

Se metió detrás de ella y contuvo el aliento cuando el chorro gélido le dio en el pecho.

—Voto porque lo hagamos rápido... —dijo ella, poniéndole una pastilla de jabón contra el estómago y alargando el brazo para agarrar el champú.

—Y luego comamos algo —añadió Adam—. Me muero de hambre.

Diez minutos más tarde, se dirigían a la cocina, Mallory vestida con un top rosa y unos pantalones cortos blancos, mientras Adam iba en calzoncillos. Ella sostenía la radio, que dejó en la encimera. La encendió y del altavoz salió música.

—Hace calor aquí —comentó, abanicándose la cara con la mano—. Cómo se echa de menos el aire acondicionado.

—Primero el agua está fría, ahora la casa está caliente —se mofó—. Creo que percibo a una quejica en ti.

Se volvió hacia él y lo provocó con la mirada.

—¿Me ayudas con algunas ventanas?

—Claro. Aunque no vas a encontrar aire fresco fuera, aunque si soplara alguna brisa, tal vez la capturaríamos.

Después de abrir las ventanas, ella sacó dos botellas de agua de la nevera a oscuras y le arrojó una. Adam bebió un trago prolongado y aún fresco y se sentó en una de las sillas de roble a la mesa de la

cocina, tirando de ella hasta dejarla sobre su regazo.

—Creía que tenías hambre —comentó ella.

Le besó el cuello fragante.

—Y así es.

—Tengo algo que te calmará —le revolvió el pelo y meneó el trasero.

—Eso no va a calmarme, cariño.

Con una carcajada, se puso de pie y fue a la cocina. Al regresar, le entregó una cuchara y depositó un envase sobre la mesa.

—Helado —explicó, acercando una silla junto a él.

Él estudió la etiqueta.

—*Rocky Road*. Uno de mis favoritos.

—Supuse que deberíamos comerlo. No solo está frío, sino que sería una pena dejar que se derritiera si la electricidad tarda en venir.

—Por supuesto. Me alegro de que pensaras en ello. Además, sospecho que no nos vendrá mal el estímulo del calcio —sonrió y le tomó la mano antes de que pudiera sentarse en la otra silla, atrayéndola—. ¿Sabías que el helado sabe mejor cuando lo comes sentada en el regazo de otra persona? —movió exageradamente las cejas—. Ven aquí, preciosa, y trae tu cuchara.

Con un brillo travieso en los ojos, lo miró y luego se sentó a horcajadas en sus piernas. Él la agarró de las caderas y la acercó, de modo que su erección se acunó en el sitio donde ella mejor la sentiría.

Le acarició los glúteos con lentos movimientos circulares y sonrió.

—¿Te importa darme una cucharada? Tengo las manos ocupadas.

Sosteniendo el envase entre ellos, llenó una cucharada generosa. Pero en vez de ofrecérsela a él, se la llevó lentamente a la boca y la sacó también con gesto sensual. A Adam le brillaron los ojos.

—Delicioso —dijo ella.

—Repítelo.

—¿No quieres tú un poco?

—¿Seguimos hablando del helado?

—Sí —afirmó con voz recatada, que bajo ningún concepto encajaba con la curva seductora de sus labios.

—Luego. Ahora mismo, estoy más interesado en mirarte.

Sacó más helado y le satisfizo. La visión de sus labios sobre la cuchara le envió calor hasta la entrepierna.

—Esa mirada que me lanzas está derritiendo mi helado — comentó Mallory.

—Es tu culpa. Me estás poniendo más caliente que el infierno.

—Entonces, deja que te refresque —se introdujo otra cucharada de helado en la boca, se inclinó y le pasó la lengua fría por los labios—. ¿Más fresco? —murmuró.

—No exactamente —se lamió los labios—. Pero tu sabor es delicioso.

Sin decir una palabra, tomó otra cucharada de helado. En esa ocasión, cuando se inclinó, él la tomó por la nuca y le acercó la cabeza para darle un beso profundo. El sabor fresco y achocolatado de la boca de Mallory formó un contraste marcado con el infierno que bramaba en su cuerpo.

Se preguntó cuántas sacudidas más podría soportar su cuerpo. Esa mujer era capaz de excitarlo con solo mirarlo. Con el contacto más nimio. Desde luego, no tenía ninguna posibilidad de resistir un beso ardiente de helado.

Quebró el beso y le quitó el helado y la cuchara.

—Es mi turno —posó la vista en su pecho y con la cuchara señaló el top—. A pesar de lo bonito que es, deberá desaparecer.

—Oh. Para ti, ¿qué precio tiene mi cooperación?

—Quítatelo y te lo mostraré.

Ella cruzó los brazos, aferró los extremos de la prenda y despacio alzó la tela elástica por encima de la cabeza, mientras movía el torso de manera sinuosa, como si realizara un desnudo. Después de soltar el top en el suelo, los ojos le brillaron llenos de desafío.

—Entonces, muéstramelo.

Con suavidad, él pasó la superficie convexa de la cuchara alrededor de los pechos. Los pezones se compactaron, llamándolo, y Mallory se movió sobre su erección.

La miró a los ojos.

—La vista es espectacular.

Recogió una ración generosa de helado y dejó que se derritiera en su boca. Luego adelantó la cabeza e introdujo el pezón en su frescor.

Mallory jadeó, y por su espalda le bajó un temblor de placer mientras Adam daba vueltas la lengua sobre la cumbre sensible. Arqueó la espalda en busca de más. Él la complació, y fue alternando ambos pezones. Cada succión fría de los labios, cada lametón, le enviaba un contraste sensacional de calor a su núcleo.

Incapaz de quedarse sin hacer nada, bajó las manos por los hombros desnudos de él, la espalda, los brazos, el torso, mientras movía las caderas y mecía su intimidad femenina contra la dura extensión de la erección.

—Agárrate a mí —pidió con voz ronca.

Ella se sujetó y le enganchó los tobillos a la espalda mientras él dejaba el recipiente del helado. Con un movimiento fluido y poderoso, se incorporó. Pero en vez de emprender la marcha por el pasillo, la sentó sobre la superficie de la mesa.

—Échate —ordenó con la misma voz ronca.

Con la mirada clavada en la suya y el corazón martilleándole con intensidad por la excitación que vio en sus ojos, Mallory se apoyó sobre los antebrazos.

Con celeridad, le quitó los pantalones cortos y las braguitas. Luego le colocó las rodillas dobladas sobre sus hombros y alargó la mano hacia el helado. Ella lo vio llevarse una cucharada copiosa a la boca y luego ponerse de rodillas.

Los labios fríos se posaron sobre su piel encendida y la lengua fresca buscó su núcleo ardiente. Su jadeo de placer ante el contraste

se fundió en un prolongado gemido de ronroneante deleite.

La lengua y los labios la acariciaron y excitaron hasta que el orgasmo asomó en su horizonte interior, pero entonces él se apartó.

—Todavía no —mover la cabeza y otra vez alargó la mano hacia el recipiente del helado.

Segundos más tarde, reemprendió la magia, causándole las sensaciones más exquisitas. En esa ocasión, al llevarla al precipicio, no se detuvo y el clímax se la tragó.

Se derrumbó sobre la espalda en busca de aire mientras unas deliciosas sacudidas temblaban por su cuerpo. Cuando abrió los ojos, tenía el rostro de Adam sobre el suyo. Sin decir una palabra, ella le tomó el rostro entre las manos y lo besó. Un beso largo, profundo y ardiente que tenía el sabor de ambos más el del chocolate.

Al terminar, apoyó la frente en la suya.

—¿Adivinas en qué voy a pensar a partir de ahora cada vez que coma helado?

La risa cálida de él le abanicó los labios.

—Probablemente, en lo mismo que yo.

—¿Queda algo de helado?

—Sí. ¿Por qué? ¿Quieres más?

—Oh, sí —le acarició el pecho y bajó un dedo hasta su erección—. Salvo que en esta ocasión es mi turno para el postre. Comprobemos si te gusta.

—Estoy impaciente por averiguarlo.

Capítulo 13

Domingo, 9:00 horas

Tumbada de costado, despertó lentamente, cada uno de sus sentidos cobrando vida para descubrir algo hermoso. Y comprendió que Adam era la causa.

Tenía el cuerpo de él pegado al suyo y los brazos en torno a su cintura. Una mano grande se curvaba sobre su pecho.

Se movió detrás de ella y el brazo la ciñó más mientras los dedos le presionaban el seno. Lo oyó respirar y besarle la nuca con labios cálidos, mientras la erección de la mañana se asentaba con más firmeza contra sus glúteos desnudos. Con una sonrisa, llevó la mano atrás y le revolvió el pelo.

—Buenos días —susurró—. ¿O son buenas tardes?

—Mmmm —murmuró con voz somnolienta—. Un cuestionario. Y no he estudiado —con movimiento suave, la puso boca arriba y luego se acomodó encima, apoyando el torso sobre los antebrazos.

Lo miró. Tenía los ojos azules brumosos por el sueño y el pelo oscuro revuelto y cayéndole sobre la frente. Su aspecto era decadente y delicioso, como el de un hombre que hubiera dedicado la noche a hacer el amor para luego caer rendido en un pesado sueño después del último orgasmo.

Se lo apartó de la cara y soltó una risa baja.

Él alzó la cabeza y olisqueó el aire.

—Hueles a beicon. Dios, he muerto e ido al cielo.

—No soy yo. Es el señor Finney. Todos los domingos por la mañana prepara un desayuno copioso. Beicon, huevos, tortitas. Yo disfruto de una invitación vitalicia, que incluye llevar a un invitado.

—Tentador. Pero el beicon aún no está listo y, mmm, yo sí —la miró con expresión de lujuria desbocada.

Ella tuvo que esforzarse para no soltar una carcajada.

—No me digas que ya estás listo.

—Muy bien —se movió contra ella, provocando en ambos chispas de placer—. Pero algo me dice que vas a llegar a esa conclusión por ti misma —bajó la cabeza y lentamente se llevó el pezón a la boca.

—Mmm. ¿Cómo sabes que el beicon aún no está listo?

—Mi agudo sentido masculino del olfato —la voz vibró sobre el pecho de ella—. Sé reconocer el beicon plenamente hecho una vez que lo huelo, y ese beicon tiene otro... —levantó la cabeza y olió — como mínimo le quedan cuatro minutos.

—Oh, bien —alargó la mano hacia un preservativo—. Y yo que pensé que iríamos con prisas.

* * *

Se despidieron y después de cerrar la cancela detrás de ellos, Adam entrelazó los dedos con los de ella.

—Estupendo desayuno —se frotó el estómago con la mano libre.

—Muy bueno.

—Y compañía agradable, aunque tu estrategia de partida llegó en el momento adecuado.

—En realidad, no fue una estrategia. Necesito pasar por mi oficina y llamar a los clientes con los que tengo una cita esta tarde. Las inmobiliarias no tienen los domingos libres.

No necesitaba una lupa para leer la letra pequeña de sus palabras, y sintió una oleada de decepción.

—Imagino que eso significa que quieres que me ponga en marcha —dijo con voz perfectamente neutral.

—Me temo que sí. Pero ya sabes lo que dicen sobre las cosas buenas.

Claro. Que llegaban a un final. ¿Quién demonios había inventado esa estúpida regla?

—Además —continuó ella—, estoy segura de que tienes muchas cosas que hacer antes de marcharte de viaje mañana.

Era cierto. Lavar la ropa. Hacer la maleta. Cancelar suscripciones. Pasar por la casa de Nick para dejarle las llaves de su apartamento y de su coche. Montones de detalles pequeños. Los cuales había esperado con ganas hasta ese momento, pero que ya no tenía ningún deseo de llevar a cabo.

«Eso se debe a que en este momento no piensas, tío», se mofó su voz interior.

Lo cual también era cierto.

Pero sin duda que en cuanto se alejara de esa mujer, se sentiría distinto y recuperaría el entusiasmo por el viaje. Solo era el sexo lo que le nublabla la mente. Y hacía que experimentara renuencia a marcharse.

Llegaron a la casa y después de cerrar la puerta, ella se apoyó contra la superficie de roble y se quitó las chanclas. Luego le lanzó una mirada abiertamente sugerente que se detuvo unos momentos en su ingle antes de llegar hasta sus ojos.

Adam pensó que por el momento iba a serle imposible alejarse de ella y todo el sexo que acarreaba.

Cruzó los brazos en un afán por parecer determinado, pero en realidad se debía al esfuerzo de contenerse de no encerrarla en ellos.

Sin dejar de mirarlo, Mallory se desabotonó despacio la blusa sin mangas, y luego dejó que la prenda se deslizara por sus brazos y cayera al suelo.

Obligándose a permanecer quieto y a no acortar la distancia de un metro que los separaba, la observó llevar las manos a su espalda y soltarse el sujetador de encaje de color azul pálido. Con la vista siguió las tiras finas que cayeron por sus brazos antes de flotar hasta el suelo y aterrizar sobre la blusa. Luego apoyó los hombros contra la

puerta y se pasó lentamente las manos por el cuerpo.

Él sintió que la visión se le tornaba borrosa. Un músculo se contrajo en su mandíbula al verla coronarse los pechos y frotarse los pezones hasta transformarlos en cumbres duras.

Ella bajó la mirada al bulto obvio que había detrás de los vaqueros de Adam, gesto que pareció una caricia y que lo afectó como si de verdad lo hubiera tocado. Luego prácticamente olvidó respirar al verla bajar las manos por su torso para empujar lentamente los pantalones cortos y las braguitas por sus piernas. Después de apartar las prendas con un pie, se irguió tomándose su tiempo mientras subía las palmas de las manos por la extensión de su cuerpo.

Se pasó un dedo por el pezón y luego alargó la mano para enganchar el dedo índice en la cintura elástica de los calzoncillos y acercarlo hasta que la pelvis de Adam chocó con la suya.

Él ya se hallaba en una fase en la que le resultaba imposible pensar con claridad.

Mallory metió las manos en su pelo, subió una pierna por la suya y acomodó el muslo sobre su cadera; luego le bajó la cabeza para darle un beso ardiente e íntimo.

Con un gemido ronco, la rodeó con los brazos y la aplastó contra él, explorando con la lengua la boca plena y lujuriosa mientras con las manos recorría esa piel suave y fragante. En alguna parte de la pequeña porción de su cerebro que ella no había licuado, se le ocurrió pensar que después de hacer el amor, sería el momento en que debería marcharse. Lo que significaba que ésa era la última vez. La última vez.

La necesidad lo carcomió y su cuerpo gritó como si llevara meses sin tocarla; anheló abrirse los vaqueros y enterrarse por completo en ese calor húmedo. Pero necesitaban un preservativo y, por desgracia, se encontraban en el dormitorio. Dobló las rodillas, la levantó y se dirigió con presteza hacia el pasillo, jurando mentalmente que jamás volvería a acercarse a ella a menos que tuviera un condón a mano.

Mejor dos. «De acuerdo», concluyó. «Tres».

«No serán necesarios, ni dos ni tres», le susurró su voz interior, «ya que se trata de la última vez».

Ese recordatorio le produjo un anhelo distinto, que no pudo nombrar y que no deseaba examinar en ese momento.

Entró en el dormitorio y la depositó en el colchón con un suave bote. Apoyándose sobre los codos, con los ojos brillantes por la excitación, ella lo miró desvestirse, un ejercicio en tortura que le llevó unos interminables veinte segundos, proeza que podría haber conseguido en un tiempo considerablemente inferior de haber tenido firmes las condenadas manos.

Una vez desnudo, con rapidez se puso un preservativo y luego se acomodó entre sus muslos abiertos. Todo en él demandaba una cabalgata desbocada, veloz y rápida, con un final incendiario. Pero las palabras «última vez» reverberaban en su mente, impulsándolo, obligándolo a ir despacio. A saborear cuando le apetecía volar. A demorarse cuando no quería más que provocar una resolución veloz a la necesidad desesperada que lo carcomía. A memorizar cada matiz, cada contacto, cada mirada, cada sonido que ella hiciera. Una última vez.

La penetró despacio, apretando los dientes ante el intenso placer de hundirse en su calor compacto y húmedo. Algo titiló en los ojos de ella y percibió el cambio de ritmo de Adam. Éste se preguntó si también Mallory estaría pensando en que era la última vez que estarían juntos.

—Dame tus manos —pidió él con voz áspera.

Deslizó las manos en las suyas. Entrelazando los dedos, él las acomodó a ambos lados de la cabeza de ella. Con su peso centrado en los antebrazos, la embistió con embates lentos y profundos, retirándose casi por completo para luego volver a enterrarse en ella. La mirada de Mallory jamás dejó la suya mientras se acoplaba a cada penetración. Hipnotizado, observó cómo el placer de ella crecía hasta

verse dominada por el orgasmo, arqueando la espalda y el cuello, el cuerpo cerrándose sobre el suyo, apretándole los dedos al tiempo que emitía un prolongado ronroneo de placer. Bajando la cabeza en la curva del cuello, la embistió una última vez y su propio clímax lo sacudió de la cabeza a los pies.

Cuando pudo moverse, levantó la cabeza. Y clavó la vista en los ojos más hermosos que jamás había visto. Y su voz interior le recordó: «Es la última vez».

Capítulo 14

Domingo, 11:00 horas

Acompañó a Adam a la puerta, soslayando su voz interior que clamaba para que cerrara la condenada puerta, tirara la llave y lo arrastrara de vuelta al dormitorio.

Requirió todo su poder de voluntad para no ceder a ese deseo. En especial, después del modo exquisito en que le había hecho el amor. Exquisito, pero melancólico, porque en cada embestida, en cada mirada, solo sentía una palabra.

Adiós.

Se lo había dicho con su cuerpo. En ese momento solo faltaban las palabras. Y entonces desaparecería. Y ambos continuarían con sus respectivas vidas.

Alargó la mano, pero antes de poder girar el pestillo, él se la capturó.

—Ha sido una noche asombrosa —musitó.

Observó su rostro atractivo y el corazón le dio un vuelco.

—Sí, lo ha sido. Entre anoche y la fiesta de graduación del instituto, ya has sido dos veces mi caballero de reluciente armadura. Será mejor que vayas con cuidado, o tendré la impresión de que te gusto.

—Me gustas. Desde siempre.

Sin querer darle más significado a lo que acababa de oír, sonrió.

—Lo mismo digo. Gracias por rescatar mi ego herido.

—El placer fue mío.

—No todo tuyo, te lo aseguro —una vez llegado el momento de la despedida, necesitaba acabar cuanto antes. Por motivos que no le

apetecía analizar, sentía como si tuviera el corazón atado a un yunque
— Espero que lo pases muy bien en Europa.

Él exhibió un ligero ceño.

— Gracias. Yo, eh, ya tengo ganas de ir.

— ¿Tres meses en Europa? ¿Y quién no las tendría? ¿A qué hora sale mañana tu avión?

— A las ocho de la mañana. En British Airways —titubeó, y luego añadió—: Te llamaré cuando vuelva.

Mallory se quedó quieta, negándose a reconocer las palpitaciones desbocadas. Antes de que pudiera responder, él le alzó la mano y depositó un beso cálido en su palma.

— Quiero volver a verte, Mallory.

— Eso me gustaría, Adam...

— Mmm. Percibo que a continuación vendrá un «pero».

— Es que tres meses es mucho tiempo. En ese período, podrían cambiar muchas cosas.

— ¿Como cuáles?

— Como que tú conozcas al amor de tu vida en una plaza de Roma. Como que yo pierda la cabeza por algún magnate de la construcción. No sé. Podría suceder cualquier cosa. La cuestión es que no puedo ni quiero poner mi vida en espera durante tres meses. Y aunque lo hiciera, ¿qué sentido tendría? En cuanto vuelvas de Europa, planearás otro viaje a algún lugar remoto. Vas a trasladarte a quién sabe dónde, y yo voy a quedarme aquí. Básicamente, nos encontramos en la misma mala sincronización de hace nueve años... avanzando en direcciones diferentes.

Durante varios segundos él no dijo nada, solo la miró con expresión atribulada. Luego carraspeó.

— Entiendo lo que dices, pero no quiero irme pensando que nunca más nos veremos. Que no volveremos a hablar. Que no seguiremos siendo... amigos.

Esperó que su sonrisa no pareciera tan forzada como la sentía.

—Yo tampoco quiero eso. ¿Por qué no lo dejamos sabiendo que eres bienvenido para llamarme dentro de tres meses, cuando vuelvas? Lo peor que nos puede pasar será que mantengamos una charla telefónica agradable y nos pongamos al corriente de la vida del otro. Lo mejor es que tal vez terminemos pasando otra noche juntos antes de que partas a tu siguiente destino o hagas las maletas para irte a Hawái.

Una vez más, él guardó silencio durante unos momentos y el silencio se estiró entre ellos. Finalmente, asintió.

—Me parece justo.

Luego se inclinó y le dio un beso... un beso suave y tierno que terminó demasiado pronto y supo irrevocablemente a despedida. Con una última y leve sonrisa, se marchó, cerrando la puerta a su espalda.

Ella alargó la mano y la posó en el pomo que Adam acababa de tocar, quedándose allí de pie hasta que oyó su coche alejarse. Cuando el sonido se desvaneció, respiró hondo, se irguió y giró para ir a la cocina. Bajo ningún concepto iba a permitirse estar abatida. Tenía cosas que hacer, personas con las que hablar, una carrera y una vida en las que pensar. Y cuanto antes se dedicara a ello, antes desterraría a Adam de sus pensamientos.

«Sí, que tengas suerte», se burló su voz interior.

La desterró al rincón más perdido de su mente y encendió el teléfono móvil. Tenía dos llamadas perdidas, las dos de aquella mañana, una de su madre y la otra de Kellie.

Acercó un taburete, se sentó ante la encimera y marcó el número de su madre.

—Me alegro tanto de que llamas, cariño. ¿Estás bien?

«No».

—Sí. ¿Y tú sobreviviste bien al apagón?

—Oh, sí. Después de hablar contigo anoche, una docena de vecinos reunimos comida y bebida y tumbonas en el jardín del

complejo de apartamentos y celebramos una fiesta improvisada de apagón. Nos divertimos mucho. ¿Tú qué terminaste haciendo?

Desvió la vista a la mesa del desayuno y revivió la imagen de Adam y ella con el helado.

—Mmmm, vino un amigo.

—¿Quién?

—¿Te acuerdas de Adam Clayton?

—Por supuesto. Pero hacía años que no lo veías. ¿Dónde te lo encontraste?

Le contó la versión censurada de la historia junto con la noticia de que Greg y ella habían roto... pero como la simpatía de una madre siempre era bienvenida, decidió que de esa historia no se reservaría ningún detalle.

—El muy imbécil —soltó su madre—. Lo siento mucho, Mallory.

—Estoy bien, mamá. No tengo el corazón roto, lo prometo.

—Pues me alegro, aunque sé que ha debido escocerte —titubeó antes de preguntar—: Bueno, ¿cómo estaba Adam? ¿Igual de atractivo y encantador?

—Sí —«y sexy y dulce y divertido y sexy»—. Fue muy... agradable —la vista se le fue hacia la mesa. «Realmente agradable».

—Bueno, ten cuidado en lanzarte a otra relación demasiado pronto, cariño.

—No pienso hacerlo. Pero si aparece el hombre adecuado, créeme, no tendrá nada que ver con un rebote por una relación rota. Greg ya es un recuerdo lejano.

—Me alegro. ¿Estás libre mañana? ¿Comemos juntas?

—Lo estoy. ¿Al mediodía en mi oficina?

—Allí estaré.

Después de despedirse, marcó el número de Kellie. Su amiga respondió a la primera.

—¿Se ha ido? —preguntó Kellie—. ¿Estás sola?

—Sí. ¿Dónde estás tú?

—En mi casa. Puedo ponerme en marcha hacia la tuya en tres minutos. Tengo una botella de vino.

Mallory rio.

—No te des prisa. He de hacer unas llamadas de trabajo. Puede que luego tenga que mostrar algunas casas.

—Me tienes al borde de un síncope, ¿lo sabías? Me llamas anoche y me dices que no puedes hablar porque Adam, tu macizo y antiguo amante, está en tu casa, ¿y ahora me dices que tienes que trabajar? Hay una frase para eso, Mallory. Se llama «castigo cruel e inusual». Quizá por eso, yo no te cuente los detalles del hombre maravilloso que ayer conocí en la playa... y a quien volveré a ver esta noche. Lo que significa que solo estaré disponible para mantener una charla de chicas hasta las seis de la tarde.

—Lo quiero oír todo. Deja que me ocupe de mis llamadas y te volveré a llamar.

Después de colgar, llamó a los compradores y vendedores a los que se suponía que debía ver esa tarde. Reprogramó las citas para última hora de la tarde, con la esperanza de que por ese entonces hubiera vuelto la luz. Si no, acordaron trasladarlas para el día siguiente. Terminado eso, volvió a llamar a Kellie.

—Estoy libre las próximas horas, así que ven para aquí —le dijo a su amiga—. Pero olvida el vino. Puede que tenga que mostrar casas a última hora de la tarde. ¿Tienes refrescos bajos en calorías?

—No. Pero tengo helado *Rocky Road* en el congelador. Probablemente ya esté medio derretido, pero lo llevaré de todos modos.

Mallory cerró los ojos.

—Hurra.

La llegada de Kellie al mediodía coincidió con el regreso de la energía.

—¿Qué te parece la sincronización? —preguntó su amiga con una sonrisa, metiendo el envase de helado medio derretido en el

congelador de Mallory.

Cerraron las ventanas para aislar el calor del exterior y Mallory encendió el aire acondicionado.

—Ahhhhh —exclamó al sentir la primera bocanada de aire frío—. Qué agradable.

—Deja de monopolizar el frescor, sienta tu trasero ahí y cuéntamelo todo —demandó Kellie, ocupando el taburete más próximo al aire acondicionado.

—Tú primero. Háblame de ese chico que conociste en la playa.

—¿Por qué he de ser yo la primera?

Mallory movió las cejas arriba y abajo.

—¡Guardo lo mejor para el final!

Kellie abrió mucho los ojos, y luego, sin dilación, relató la historia de su encuentro con Mark Grainger en la fila de un puesto de comida.

—Estaba delante de mí y retrasándolo todo, ya que había pedido media docena de perritos calientes y no había llevado suficiente dinero. Solo le faltaban setenta y cinco centavos, así que le di un billete de dólar.

—Con la intención de acelerar la fila.

—Exacto. Además, tenía un gran trasero. Al volverse, la vista frontal era igual de buena. Un metro ochenta y cinco, pelo rubio, ojos verdes profundos, sonrisa devastadora y hoyuelos. Se mostró muy agradecido y descubrí que tenía un acento asombroso. Resulta que es australiano y lleva seis meses en Nueva York trabajando para algún banco internacional. Me invitó a unirme a su fiesta, así que lo ayudé a llevar las bebidas. La fiesta la componían sus dos hermanas, su hermano y su cuñada, que estaban de visita, además de un compañero de trabajo.

Mallory sonrió.

—Veo que te lo pasaste en grande.

—Eso es un eufemismo. No recuerdo la última vez que me reí

tanto. Todos eran tan agradables... ¡y creían que mi acento era estupendo! —mover la cabeza y rio entre dientes—. En cuanto a Mark... qué decir. ¿Puedes creer que insistió en devolverme el dólar? Dijo que no podía permitir que una dama le pagara la comida —se llevó una mano al corazón—. Es divertido, inteligente y guapo, aparte de caballeroso y educado. Y tiene trabajo. Y es heterosexual. Y está interesado en mí.

—Suena increíble.

—Exacto. Lo que significa que debe de tener algún secreto horrible.

Mallory rio.

—Quizá sea un chico estupendo. Sé que se trata de una especie en peligro de extinción, pero aún quedan algunos por ahí. ¿Dónde estabais cuando se fue la luz?

—Todavía en la playa. Cuando la radio aconsejó que la gente no condujera, nos quedamos allí.

—¿Toda la noche?

—Sí. Tenían una nevera portátil llena de bebidas, bolsas de patatas y bollos, así que no pasamos hambre ni sed. Todo el mundo terminó por quedarse dormido, pero Mark y yo nos quedamos despiertos toda la noche charlando. Te juro que parecía que nos conociéramos de toda la vida. Conectamos en el acto. Y por Dios que sabe besar —suspiró con expresión soñadora—. Te lo digo, Mallory, ese chico me ha dejado tontita. Nunca antes había experimentado algo así. Cada vez que me miraba, me sentía mareada.

—Créeme, sé cómo te sientes.

Kellie la miró fijamente.

—Bueno, como no has conocido a Mark, debes de estar hablando de Adam. Es tu turno. Cuéntamelo todo.

No tenía sentido endulzarlo... Kellie lo vería en un abrir y cerrar de ojos.

—La noche fue... asombrosa. Él fue asombroso. Tal como lo

recordaba, solo que mejor. Encantador, dulce, considerado. Charlamos y reímos, recordamos el pasado...

—¿Y el sexo fue...?

—Asombroso.

—¿Cuándo vas a volver a verlo?

La pregunta le atenazó el estómago.

—No sé si lo veré otra vez.

—Ja, ja. ¿Cuándo?

—En serio, no sé si volveremos a vernos —le contó rápidamente cómo habían dejado las cosas.

Al terminar, Kellie movió la cabeza.

—Mallory, entiendo que no quieras esperar, pero parece que Adam y tú tenéis algo especial.

—Cuesta descubrir si se trata de algo especial con un océano de por medio. Y no pienso esperar sentada tres meses mientras él se dedica a descubrir a las mujeres europeas.

—Volverá.

—Y luego se marchará de nuevo. O se trasladará a Hawái o a alguna otra parte.

—Seguro que después de tres meses en Europa, habrá agotado el deseo de viajar. Quizá puedas persuadirlo de no volver a marcharse.

Eso la frenó. El corazón le dio un vuelco.

—Yo... no sé. No he tenido tiempo de reflexionar sobre ello.

—Pues necesitas hacerlo. Si es el hombre de tu vida, no querrás que vuelva a irse. Lo más probable es que a él la noche pasada contigo le resultara tan asombrosa como a ti. Lo que significa que estarás en su mente. Lo que significa que cuando regrese a casa y te vea otra vez, quizá no esté ansioso de largarse a miles de kilómetros de distancia. Has dicho que quiere salir de Manhattan... no que quisiera dejar Nueva York. Dale un motivo para quedarse. En cuanto a su viaje, no olvides que la ausencia hace que el corazón quiera más.

—No olvides que... ojos que no ven, corazón que no siente. Y tres

meses es mucho tiempo.

—Pero no para siempre.

Soltó una risa.

—Tienes respuesta para todo.

—Sí. Lo cierto es que es parte de mi encanto —sonrió—. A Mark le gustó. Dijo que era inteligente y hábil.

—Lo eres.

—Y tú también.

Logró esbozar una sonrisa débil.

—Gracias.

Pero no se sentía ni inteligente ni hábil. De hecho, se sentía como un globo desinflado. Y todo por culpa de Adam... Por entrar de nuevo en su vida con esa sonrisa tan sexy y esos ojos tan azules y todo lo que lo volvía irresistible, reencendiéndole los sentimientos que había considerado enterrados, para marcharse otra vez, dejándola tambaleante como si sus emociones se hubieran visto sacudidas por una tormenta.

Bueno, se había ido y no había nada que pudiera hacer al respecto.

«¿O sí?», se preguntó.

Adam caminaba por la cocina de Nick, sintiéndose como un animal grande en una jaula pequeña.

—Tío, llevas aquí diez minutos y no has hecho otra cosa que caminar —comentó Nick—. Mirarte me está dando dolor de cuello. Es evidente que algo te molesta, así que ¿por qué no lo sueltas antes de que necesite ver a un fisioterapeuta?

Adam se detuvo y esbozó una sonrisa arrepentida.

—Lo siento.

Nick descartó la disculpa con un gesto de la botella de cerveza.

—No pasa nada. Pero mi falta de sueño ha reducido mi umbral de atención a unos tres minutos, así que si quieres hablar, será mejor que empieces.

Adam respiró hondo y soltó el aire despacio.

—Realmente, no sé qué decirte, porque no sé muy bien qué no funciona.

—Es sencillo. Si sabes que algo va mal, pero no terminas de averiguar de qué se trata...

—Exacto.

—Entonces, es por una mujer —lo estudió y enarcó las cejas al llegar a las manchas de césped en las rodillas de sus vaqueros—. No parece que hayas dormido mucho anoche.

—Pasé la noche con Mallory.

—Ah. No puedo decir que me sorprenda. Por tu aspecto, o fue asombrosamente bien o asombrosamente mal.

—No hubo nada malo —exceptuando el hecho de que había terminado.

—Para un tipo que ha pasado una noche tan asombrosamente buena, no se te ve muy feliz, ¿sabes?

—Imagino que el problema es que me gustaría pasar otra noche asombrosamente buena.

—Estoy seguro de que encontrarás a unas europeas preciosas que estarán encantadas de complacerte.

—Me refería a Mallory.

—Oh —se encogió de hombros y bebió otro trago de cerveza—. Entonces, llámala. No te vas hasta mañana.

—Lo he pensado, pero... —se pasó las manos por el pelo. No había pensado en nada más.

—Pero necesitas un poco de espacio.

—Sí. Necesito pensar...

—Y puedes pensar más allá de ella.

Miró a su amigo de ojos cansados.

—¿Desde cuándo eres adivino?

—No lo soy. Pero conozco los síntomas. Tengo algo de experiencia con mujeres... De hecho, me casé con una. Además, eres

transparente.

—¿De verdad? Bueno. Dime lo que estoy pensando, porque yo no tengo ni idea y me está volviendo loco.

—De acuerdo. Esa chica te tiene encendido y te gusta, pero el momento no es el apropiado porque te vas mañana.

—Todo ello cierto. Pero es algo más complicado.

—Escucha, sitúalo en perspectiva, amigo. Te vas a Europa... Así que disfrútalo y llama a Mallory cuando vuelvas.

—Puede que no esté disponible dentro de tres meses.

—¿Se va a caer de la faz de la Tierra?

—Puede conocer a otro en mi ausencia.

—Y tú puedes conocer a otra en tu viaje. En cuanto a Mallory, mantente en contacto con ella mientras estés fuera, para que el fuego no se apague. Llámala desde Italia. Mándale un correo electrónico desde Francia. Escucha, lo más probable es que cuando hayas pasado por esos dos países, ya no la recuerdes.

Adam negó con la cabeza.

—No creo que eso sea muy factible.

—Oh. Entonces, estás perdido.

—¿Qué significa eso?

Nick se llevó la mano a la oreja.

—¿Qué es ese sonido que oigo? Oh, sí. Las campanadas mortuorias de tus días de soltería. Créeme, lo sé. Yo oí el mismo sonido. Annie y yo nos casamos seis meses después.

Adam frunció el ceño.

—Hablo en serio.

—Y yo. ¿Y sabes una cosa? Ese sonido fue lo mejor que me ocurrió jamás.

—Pero no estoy preparado para eso. Se supone que debo descansar. Relajarme. Disfrutar de mi soltería. Salir con un montón de mujeres preciosas. Descubrir qué quiero hacer con mi vida y dónde.

—Me alegro por ti. Nadie te detiene.

Adam asintió.

—Eso es cierto.

—En tu cabeza reina el caos por la mezcla de poco sueño y mucho sexo.

—Es cierto —suspiró—. Mallory jamás se irá de Long Island.

—¿De modo que tienes que descartar el bar en Hawái?

—Me temo que sí.

—Quizá Long Island necesite un bar hawaiano.

—Quizá —estudió a su amigo durante varios segundos.

—Esta mujer te asusta.

—Sí. También me asustó hace nueve años.

—Y la dejaste escapar. Quizá quieras reflexionar si deseas repetir lo mismo. Aunque tienes los próximos tres meses para pensarlo.

—Cierto. ¿Algún consejo?

—¿Sobre las mujeres? Sí. Después de dos años de matrimonio, puedo decir con cierta autoridad que quieren a un hombre que proporcione chocolate y que se calle cuando están hablando. Aparte de eso, no tengo ni idea.

Adam enarcó las cejas.

—¿Es lo que has descubierto después de dos años de casado?

—Créeme, hay tipos que llevan casados veinte años y aún no han descubierto las perlas que acabo de darte.

—Creo que podría haber deducido esas dos joyas por mi propia cuenta.

—No lo sé. Las mujeres... es complicado entenderlas —con la cabeza indicó una foto de Annie con Caroline en brazos—. Pero cuando encuentras a la adecuada, vale la pena el esfuerzo. Todo se reduce a decidir qué es lo que de verdad quieres. Lo que va a hacerte feliz —le dio una palmada en la espalda y lo guio hacia la puerta—. Ahora vete a casa a hacer la maleta para que yo pueda echar una cabezadita con mi mujer antes de que nuestra hija despierte. Que

tengas un viaje estupendo y que metas algún gol de vez en cuando, ¿de acuerdo?

Adam se fue y dedicó todo el trayecto de regreso a Manhattan y la noche entera a reflexionar en las palabras de Nick. «Todo se reduce a decidir qué es lo que de verdad quieres. Lo que va a hacerte feliz».

Lo único que tenía que hacer era decidir.

Y después de horas de bucear en su alma, finalmente lo supo.

Cuando el amanecer se asomó sobre la ciudad, tornando el cielo en malva y oro, se hallaba ante la puerta de su apartamento, con el asa de su maleta de ruedas en la mano. Echó un último vistazo alrededor y luego fue hasta el coche para conducir al aeropuerto.

Capítulo 15

Lunes, 11:55 horas

Mallory miró el reloj de la pared de su oficina y fingió que no pensaba en Adam. Menos mal que su madre iba a llegar en unos minutos. Comer con ella y contarle lo que había decidido haría que las horas hasta que fuera al aeropuerto pasaran más deprisa. Tenía unas cosas que decirle a él antes de que despegara el avión.

No había dormido mucho la noche anterior, pero al menos había buceado en su interior y descubierto al fin lo que quería. Lo único que le quedaba era contárselo a él.

Al ser la única agente en la oficina, apoyó el bolso en la mesa y hurgó en busca de las llaves para cerrar cuando se fuera a comer. Acababa de encontrarlas en el fondo del bolso cuando sonó la campanilla que había sobre la puerta de cristal.

Pensando que sería su madre, alzó la vista con una amplia sonrisa en la cara.

Y se quedó completamente quieta.

Adam se hallaba en el umbral. Grande, fuerte, magnífico, con un traje azul marino de rayas finas, camisa blanca y corbata ocre. Portaba un ramo enorme que como mínimo debía de contener tres docenas de rosas lavanda, del mismo tono delicado que le había regalado el sábado por la noche.

Tuvo que tragar saliva para encontrar la voz.

—Hola.

—Hola —fue hacia ella.

Como las rodillas habían empezado a aflojarse, apoyó las caderas en el escritorio y luchó por parecer exactamente lo que no se

sentía: serena y ecuánime.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, orgullosa por lo normal que le sonó la voz.

Él se detuvo a medio metro y le entregó las flores.

—Quería dártelas.

Sus dedos se tocaron cuando ella aceptó el ramo y un hormiguelo le subió por el brazo.

—Son preciosas —acercó la cara para olerlas. Luego alzó la cabeza y lo miró—. Faltan meses para mi cumpleaños.

—Son para darte las gracias. Por una noche hermosa.

—En ese caso, yo debería haberte comprado flores a ti.

—Y también quería verte otra vez.

—¿Cómo sabías dónde estaba mi oficina?

—Llamé a tu madre.

—¿A mi madre? Yo te lo habría dicho.

—¿Y qué clase de sorpresa habría sido ésa? Además, tu madre y yo mantuvimos una buena charla.

Su radar cobró vida al instante. ¿Una charla? ¿Con su madre? ¿Su madre, que sabía que Adam había pasado la noche del apagón con ella? ¿Su madre, que era una experta en sonsacar detalles sin que uno siquiera lo sospechara?

—La verás de un momento a otro —le dijo, tratando de no sonar cautelosa—. La espero para ir a comer —miró su traje—. Pareces más preparado para una reunión de negocios que para un vuelo.

—Espero mantener una reunión de negocios.

—¿Antes de que despegue tu avión? Cielos, sí que tienes una agenda apretada.

—De hecho, lo que tengo es mucho tiempo —la miró con una sonrisa juvenil en el rostro.

—¿Qué? —preguntó Mallory.

—He de hacer una confesión.

—No soy sacerdote.

Miró alrededor de la oficina vacía.

—Como parece que no hay ninguno disponible, imagino que tendrás que servirme. Me he apropiado de tu cita para comer. Tu madre no va a venir.

—¿Cómo lo sabes?

—Cuando le dije que esperaba llevarte a comer, con amabilidad se ofreció a reprogramar su almuerzo. Te llamará más tarde para averiguar qué día de la semana te va mejor.

—¿De modo que ahora eres tú mi cita para comer?

—Si a ti te parece bien.

Temía considerar de cuántas maneras le iba bien.

—Claro —sonrió—. Pero tenía ganas de mantener una charla de chicas con mi madre acerca de las rebajas de Victoria's Secret.

—Será un placer hablar de lencería. ¿Sujetadores y braguitas? Soy tu hombre.

«Si de verdad lo fuera...».

—Bueno, ya que estamos en un momento de confesiones, yo tengo otra que hacerte —respiró hondo antes de continuar—: Dijiste que querías volver a verme, y lo habrías hecho. Aunque no te hubieras presentado aquí.

—Oh. ¿Y eso?

—Esta noche pensaba ir al aeropuerto a despedirte. A desearte buen viaje —«a contarte que me había quedado despierta toda la noche pensando en ello».

Algo titiló en los ojos de él.

—Me siento halagado.

—Bueno, ¿adónde quieres ir a comer?

—¿Qué te parece tu casa?

Brrroooooom. Su libido, que se había puesto firme nada más verlo, se revolucionó como un coche de carreras. Y de pronto las piezas del rompecabezas encajaron. Vestido con un traje, reunión de negocios, ir a su casa...

¿Intentaba hacerle realidad aquella fantasía que le había contado?
Se preguntó quién diablos había subido la temperatura.

Cruzó los brazos, más que nada para no agarrarlo, y enarcó las cejas.

—¿Así que «almuerzo» es la palabra clave para «cama»? —«eso espero, eso espero».

—No —contradijo con expresión seria—. Hay algunas cosas que me gustaría hablar contigo y prefiero hacerlo en privado.

La decepción de que no tuviera en mente su fantasía, se vio sustituida por la curiosidad. ¿De qué querría hablar? Fuera lo que fuere, era perfecto. También ella tenía una lista de cosas para decirle y prefería hacerlo en la intimidad de su casa antes que en un aeropuerto atestado.

—Me temo que tengo la nevera bastante vacía.

—No hay problema. El almuerzo está en mi coche. Dos menús para llevar de «lo de siempre» del Stardust Diner —sonrió—. Por los viejos tiempos.

—Vaya. Desde luego, sabes cómo sobornar a una chica.

La sonrisa de él se amplió.

—Eso espero. Entonces... ¿tenemos una cita?

—Tenemos una cita.

Se acercó y le tomó la cara entre las manos. La respiración de Mallory se volvió entrecortada. Acariciándole las mejillas con los dedos pulgares, musitó:

—¿Alguna posibilidad de que pueda darle a mi cita un beso de bienvenida?

Ella se preguntó si llegó a asentir. Quería hacerlo, pero no estaba segura de poder lograr algo tan complicado. Debió de hacerlo, porque él bajó la cabeza y le rozó los labios con los suyos. Suave, gentilmente, de un modo que hizo que todo el cuerpo le suspirara de placer. Y anhelara más.

Finalizó el beso y Mallory tuvo que apretar los hormigueantes

labios para evitar pedirle que volviera a besarla.

—¿Lista? —preguntó Adam.

¿Es que no se daba cuenta? Si prácticamente la tenía jadeando.

—¿Necesitas ayuda con tus flores? —añadió él.

Mallory parpadeó y recobró la cordura. Dios santo, un beso y le había desenchufado todos sus circuitos. ¿Cómo podía esperar contarle todo lo que quería decirle si la dejaba incoherente con un simple beso?

—Eh, no. Me arreglo, gracias —recogió el bolso y las flores y caminó con paso vivo a la puerta.

Cuando diez minutos después llegaron a la casa, Mallory encendió el aire acondicionado para refrescar el interior, y luego se dirigió a la cocina, donde sacó su jarrón predilecto de cristal.

—¿Mesa o barra? —preguntó él.

Sus ojos se encontraron y durante varios segundos se miraron. Por la mente de ella pasaron varias diapositivas de imágenes sensuales.

—Barra —dijo ella.

Él le dedicó una sonrisa.

—Gallina.

«Y con G mayúscula». Después de añadirle agua al jarrón, comenzó a arreglar los capullos en flor.

—Son preciosas, Adam.

—Me alegro de que te gusten. Como ya he dicho, me recuerdan a ti.

La atención de ella se vio distraída cuando por el rabillo del ojo captó que se quitaba la chaqueta. Las manos le temblaron y el corazón le dio un vuelco antes de desbocársele. Lanzándole miradas furtivas, lo observó sacar con una mano los recipientes del almuerzo, mientras con la otra se aflojaba la corbata y se desabrochaba el botón superior de la camisa.

En ese instante las manos se le paralizaron y tuvo que tragar

saliva. Él no dijo nada, no la miró, simplemente continuó sacando la comida. Si se remangaba la camisa, no estuvo segura de que pudiera mantener las manos alejadas de él.

Volvió a centrarse en arreglar las flores, pero sin quitarle un ojo de encima. Después de que terminara de colocar el almuerzo, la miró y despacio se subió las mangas de la camisa, revelando unos antebrazos fuertes con un vello oscuro.

Dándose una sacudida mental que no le sirvió para nada, añadió al ramo la flor solitaria que le había dado antes, y puso el jarrón en el centro de la mesa.

Se sentó en el taburete y estudió la corbata floja y las mangas subidas y le costó mucho no gemir. Era obvio que en todo momento él había sabido lo que hacía. ¿Cómo se suponía que podía concentrarse en la comida, en lo que quería decirle, cuando se lo veía tan delicioso? No lo sabía. Le había mencionado que quería hablar algo con ella. ¿Sería cierto? ¿O simplemente lo había dicho para preparar ese escenario para una ronda de sexo de despedida? Fuera como fuere, no pensaba precipitar las cosas diciendo «desnudémonos».

Quizá lo sugiriera después de comer.

Levantó la tapa del contenedor de su almuerzo y aspiró la deliciosa combinación de beicon, *cheeseburger* y aros de cebolla, contenta de poder centrarse en otra cosa que no fuera él. Se llevó la pajita del batido de chocolate para beber un buen sorbo de algo fresco.

El silencio creció entre ellos, vacío que, debido a los nervios que le atenazaban el estómago, Mallory se vio impulsada a llenar. Decidida a continuar con el juego planteado por él, preguntó:

— ¿Qué clase de reunión de negocios tienes?

— Una concerniente a mi carrera.

— Oh. ¿Dónde? ¿Haciendo qué?

— Aquí. En Long Island. Haciendo exactamente lo que tú

mencionaste. Comprando casas necesitadas de arreglos serios para revenderlas luego. De hecho, ésta... —agitó la mano entre ambos — es la reunión que esperaba tener. Para hablar de los detalles contigo. Ver si estarías interesada en mostrarme algunas casas.

Ella dejó el batido y giró en el taburete para mirarlo.

—¿Hablas en serio?

—Muy en serio. ¿Estás interesada en mostrarme casas?

—Me encantará. ¿Cuándo lo decidiste?

Hizo a un lado la comida que no había tocado y también giró para mirarla.

—Ayer por la noche. Durante toda la noche. Estuve reflexionando mucho. ¿Quieres saber qué decidí?

—Si quieres contármelo —manifestó con una indiferencia calculada que merecía un premio de la Academia de Cine.

Él le tomó las manos. El corazón de Mallory aleteó ante el contacto, una sensación que se intensificó con la expresión seria de Adam.

—Decidí que quiero ser feliz.

Ella parpadeó.

—No te ofendas, pero ésa es una deducción muy fácil. Todo el mundo quiere ser feliz.

—Estoy de acuerdo. Pero yo tuve que descubrir qué me iba a hacer feliz. Verás, creía saberlo. Pensé que viajar por Europa y exprimir mi soltería era lo que quería. Resulta que estaba equivocado. Trabajar con mis manos, construir cosas, arreglar cosas... eso me hace feliz. Me relaja. Invertir dinero y ver unos beneficios... eso me hace feliz. Y también es un campo en el que tengo mucha experiencia. La idea de comprar una casa destartada y arreglarla para revenderla me hace feliz. De un modo carente de estrés que mi médico aprobaría. Así que voy a hacerlo.

Ella le apretó las manos.

—Creo que eso es estupendo, Adam. No me cabe ninguna duda

de que lograrás un gran éxito.

—Muchas gracias. Pero no es todo —bajó la vista a sus manos unidas, y la miró a los ojos—. Tú me haces feliz, Mallory. Estar contigo. Hablar contigo. Reír contigo. En la cama, fuera de la cama. Simplemente mirarte me hace feliz. Siempre lo ha hecho. Desde el primer día que te conocí.

El corazón no dejó de aletearle. Santo cielo, como eso continuara, iba a tener que pedir cita con un cardiólogo. Supuso que debería decir algo, tipo «a mí me sucede lo mismo», pero la emoción le atenazaba la garganta y las palabras no quisieron salir.

—Todo eso me lleva a lo que no quiero. A lo que no me hace feliz. No quiero poner un océano entre nosotros. No quiero estar tres meses sin verte. Resumiendo, ya una vez dejé que la vida nos separara y fue un gran error. Quiero quedarme aquí. Contigo. Entre nosotros hay algo. Bueno y especial y quiero ver adónde conduce. Ahora. No dentro de tres meses.

El corazón le latía con tanta fuerza, que podía oír la sangre correr por sus venas. Después de carraspear, logró decir:

—Pero ¿y tu viaje?

—No lo haré.

Santo cielo, necesitaba sentarse.

—Abandonas tu sueño...

—No, no lo abandono. Solo lo reviso. En cuanto dejé de engañarme acerca de mi capacidad de alejarme de ti, todo encajó en su sitio.

Se levantó y fue a la silla donde había colocado la chaqueta; luego sacó un sobre del bolsillo interior. Se plantó delante de ella y extendió el sobre.

—De camino aquí, pasé por el aeropuerto. Cambié mi billete por dos abiertos. La idea de pasar tres meses solo en Europa ya no tiene ningún atractivo. Pero ir de visita durante una o dos semanas, contigo, sí.

—¿Quieres que vaya a Europa contigo?

—Sí. Cuando podamos hacerlo encajar en nuestras agendas.

—¿Estás seguro?

—Decididamente. ¿Conoces la antorcha olímpica? Es una cerilla comparada con lo que porto yo por ti —alargó las manos y la tomó por los hombros, notando que no tenía las manos muy firmes. Nervioso, carraspeó y dijo—: Estás inusualmente silenciosa. ¿Quieres contarme qué piensas?

Ella parpadeó varias veces, y luego lo miró con esos ojos enormes y líquidos que jamás dejaban de provocar un impacto visceral.

—Pensaba que resulta más bien... irónico.

—¿Irónico? ¿Eso es... bueno? Porque he de reconocer que yo esperaba algo más próximo a «fabuloso» o «magnífico».

En el rostro serio de ella no se vio ni un rastro de diversión, y Adam sintió un nudo muy desagradable en el estómago.

—Igual que tú —comenzó ella en voz baja—, pasé toda la noche pensando. Explorando mi alma. Tratando de descubrir exactamente lo que quería. E igual que tú, al final lo averigüé, y pensaba decírtelo esta noche en el aeropuerto. Hace nueve años, cometí un error al no poner todas mis cartas sobre la mesa, y ahora no quiero cometer el mismo error —respiró hondo y continuó—: Entonces, me hiciste sentir cosas que no había soñado que fueran posibles. Cosas que nunca había sentido hasta ese punto con nadie más. Y que no pensé que alguna vez pudiera volver a experimentar. Casi llegué a creer que había imaginado semejante... magia. Pero lo de anoche me demostró sin lugar a dudas que no había sido un invento de mi imaginación.

Le apretó las manos y él le devolvió el gesto.

—Lo que me acabas de decir me resulta irónico porque se aproxima mucho a lo que yo quiero decirte. Quiero comprobar adónde puede llevar esa magia, y estoy dispuesta a hacer lo que sea necesario para darle una oportunidad.

—¿Qué significan esas palabras?

—Entiendo que quieras y necesites dejar Manhattan, y si lo nuestro muestra señales de funcionar, bueno, no permitiría que una casa se interpusiera entre nosotros.

Él se quedó completamente quieto.

—¿Estás diciendo que venderías tu casa? ¿Qué te trasladarías?

—Si llegara a eso, sí. No quiero dejar que la vida vuelva a separarnos sin saber con certeza lo que podríamos tener juntos. Porque deseo, y mucho, ver adónde puede llevarnos. Porque me haces feliz. En la cama, fuera de la cama. El solo hecho de mirarte me hace feliz. Siempre lo ha hecho. Desde el día que te conocí.

Lo invadió una oleada de alivio y soltó el aire que no sabía que había estado conteniendo. Soltó una risa de júbilo y la tomó en brazos, abrazándola fuerte.

—¿Sabes?, desde el primer día de nuestra amistad, era casi sobrenatural lo a menudo que funcionábamos en la misma onda.

—Es evidente que seguimos haciéndolo —convino ella con una sonrisa radiante.

—Gracias a Dios —le dio un beso profundo y posesivo, sintiendo vivas todas las células del cuerpo. Una vez que satisfizo su necesidad de explorarle esa boca lujuriosa, abandonó los labios para darle besos encendidos por el cuello suave.

Ella lo arqueó para brindarle mejor acceso y gimió. Le pasó los dedos por el pelo y susurró con voz ronca:

—Te voy a dar cinco horas para parar eso.

—¿Cinco?

—De acuerdo, seis. Pero ni un minuto más.

—Estupendo —dobló las rodillas, la alzó en brazos y avanzó con celeridad por el pasillo—. Voto porque sellemos esta ocasión con otra de tus fantasías.

Su sonrisa podría haber iluminado una habitación durante el apagón.

—Volvemos a estar en la misma onda.

Epílogo

Tres meses después...

Mallory usó su llave para abrir la puerta de la casa que Adam había comprado hacía poco. Se trataba de la segunda operación en la nueva carrera elegida por él, después de que la primera saliera muy bien y le dejara un sustancial beneficio al revenderla una semana atrás... a la vez que a ella le aportaba una agradable comisión.

Desde el sótano le llegó el sonido rítmico de una clavadora industrial. Sonrió. Sabía exactamente el aspecto que tendría Adam: lleno de polvo, el pelo revuelto y un aire maravilloso y sexy. El corazón se le aceleró al pensar que en menos de un minuto estaría en sus brazos.

Cuando tres meses atrás decidieron comprobar adónde los conducía la atracción que sentían el uno por el otro, ella había esperado que las cosas salieran bien. Pero no había imaginado que podrían ir tan extraordinariamente bien. La relación había florecido en una unión de respeto y admiración mutuos. La percepción y fuego sexuales que ardían entre ambos seguían tan encendidos como siempre. Jamás había sabido que podría ser tan feliz. Estar tan satisfecha. O que se enamoraría tan profundamente. Una vez más. Del mismo hombre. Con la salvedad que en ese momento lo amaba aún más que la primera vez.

Abrió la puerta del sótano y bajó las escaleras. El ruido de la clavadora cesó y Adam debió de oír sus pisadas, porque fue al pie de los escalones. El corazón se inflamó de placer al verlo.

—Hola, preciosa —le sonrió.

Pero ella notó que la sonrisa no le llegó a los ojos.

—Estaba a punto de decirte lo mismo.

Él enarcó las cejas y bajó la vista a la camiseta llena de polvo y a los viejos vaqueros con multitud de manchas.

—Estoy hecho un desastre.

Bajó el último escalón y, sin pensar en su traje negro, le rodeó el cuello con los brazos y se pegó contra él.

—Un desastre magnífico y sexy al que más le vale besarme ahora. Si no, desconozco las consecuencias.

Le dio un beso de esos que nunca fallaba en dejarla sin aliento. Pero había algo... diferente. Como si estuviera distraído. Sus sospechas se confirmaron cuando él se echó para atrás y las miradas se encontraron. Por lo general, cuando ella lo saludaba, Adam la miraba o bien con cálida diversión o bien con manifiesta pasión. En ese momento, no vio ninguna de esas cosas. De hecho, parecía muy serio.

—¿Estás bien? —le preguntó.

Algo centelleó en sus ojos que Mallory no descifró. Tampoco la alivió que él la soltara y retrocediera un paso.

—Tenemos que hablar —dijo él.

Por lo general, esas palabras no la habrían preocupado, pero algo en su actitud le produjo un escalofrío por la espalda.

Apoyó una mano en su brazo.

—¿Qué sucede, Adam?

Él se mesó el pelo polvoriento.

—He estado pensando... en nosotros. Y la cuestión es, Mallory... que ya no soy feliz.

Todo en ella pareció detenerse. Su respiración, su corazón, su sangre. Las rodillas se le aflojaron.

Se preguntó cómo era posible que ya no fuera feliz. ¿Desde cuándo? Deseó hacerle ésas y más preguntas, pero no pudo expresarse. Lo miró fijamente mientras las palabras de él reverberaban en su mente. Cuando al fin consiguió hablar, solo

consiguió murmurar:

— ¿No eres feliz?

Él movió la cabeza.

— No. Y necesito hacer algo al respecto. Es por lo que te he traído eso — con la cabeza indicó el rincón lejano del sótano a medio acabar.

Mallory se volvió y frunció el ceño en expresión desconcertada.

— ¿Una maleta? — musitó.

¿Era su modo de decirle que se marchara? ¿O lo había malinterpretado? Quizá la maleta estaba llena de ropa... ¿su forma de decirle que quería establecer una fecha para su viaje a Europa? Se aferró a ello, ya que la alternativa le impedía respirar.

Él fue al rincón, agarró el asa de la maleta y la llevó hasta dejarla frente a ella.

— Ábrela — se puso de cuclillas y con suavidad tiró de su mano.

Mallory se agachó junto a él y con manos trémulas tiró de la cremallera de la maleta. Respiró hondo y al final no le quedó más remedio que abrirla.

Y se quedó mirando el interior fijamente.

Una maleta entera llena de...

— ¿Bombones? — observó con asombro las delicias envueltas en papel de plata—. Tiene que haber cientos.

— Diez mil — aclaró él.

— ¿Diez mil? — lo miró y vio que la observaba con la misma expresión seria—. ¿Me das diez mil bombones?

— Sí — la tomó de las manos y la ayudó a ponerse de pie—. Y a cambio te pido diez mil besos. Si me das uno cada día, tardarás un millón de años en pagarme. En ese punto, supongo que rellenaré la maleta con otros diez mil bombones y podremos volver a empezar.

Muda, lo miró. La garganta se le había cerrado y las lágrimas querían salir, y no estuvo segura de lo que haría primero... si reír o llorar. Antes de poder descubrirlo, él le tomó la cara entre las manos con suma gentileza.

—Te amo, Mallory. Y ya no soy feliz siendo solo tu novio. Quiero más. Te quiero a ti. Para el resto de mi vida. ¿Te casarás conmigo?

Lo rodeó con los brazos y le llenó la cara de besos, riendo y llorando al mismo tiempo. Luego se echó para atrás y lo miró con ojos centelleantes.

—Me has dado un susto de muerte.

—¿Yo asustarte a ti? —le pasó los dedos pulgares por las mejillas húmedas—. ¿Tienes idea de lo estresante que llega a ser pedir en matrimonio?

—Ninguna. Así que deja que lo pruebe. ¿Te casarás conmigo?

Él enarcó las cejas.

—Yo te lo pedí primero.

—¿Eso significa que yo no te lo puedo pedir?

—No, significa que se supone que debes contestar antes de pedirlo tú.

—¿Y si te dijera que sí y tú me dijeras que no?

Le rodeó la cintura con los brazos y la pegó a su cuerpo.

—No es posible, cariño.

—Muy bien, entonces, sí. Me casaré contigo.

—Muy bien, entonces, sí. Yo también me casaré contigo —riendo, la alzó del suelo y le hizo dar vueltas hasta que la mareó y la dejó riendo entre dientes—. Parece que nuestra sincronización al fin ha funcionado a la perfección.

—A la perfección.

La dejó otra vez de pie, bajó la cabeza y le dio un beso ardiente que la mareó aún más.

Cuando terminó, dijo:

—Ya sé lo que quiero que me des como regalo de bodas.

—¿Regalo? ¿Qué te hace pensar que vas a recibir un regalo? —suspiró con gesto exagerado—. Santo cielo, llevamos prometidos dos minutos y ya estás pidiendo.

—Quiero un *book* de fotos de dormitorio de mi hermosa y sexy

esposa.

—Ah. ¿Y tú serás el fotógrafo?

—Diablos, sí. Como si fuera a dejar que otro te sacara esas fotos.

—Parece apropiado, y más cuando fue mi entrada en Picture This lo que nos reunió —sonrió y añadió—: ¿Qué te parece si vamos a comprar un helado *Rocky Road* para celebrar nuestro compromiso?

Él sonrió, volvió a alzarla en vilo y comenzó a subir los escalones.

—Otra vez en la misma onda.

Fin